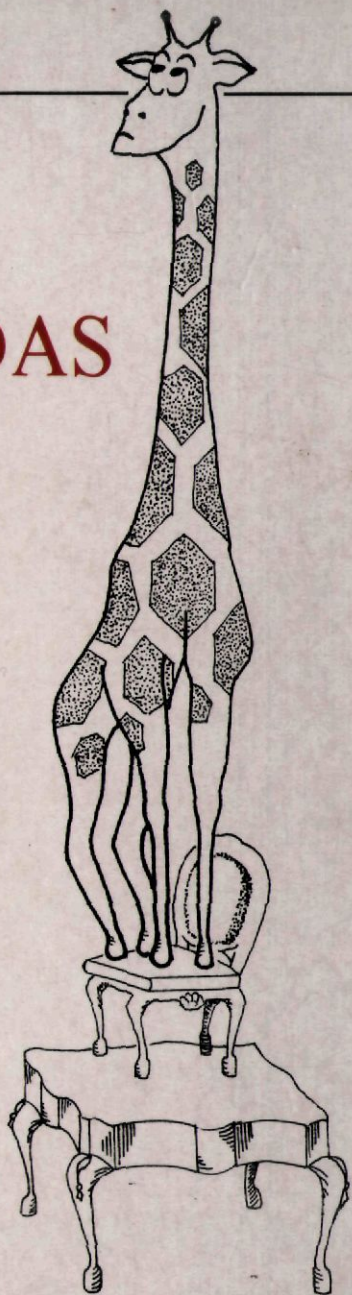


José M.^a Cabodevilla

LA JIRAFÁ TIENE IDEAS MUY ELEVADAS

*Para una teoría
cristiana
del humor*



EDICIONES PAULINÁS

ALBA

JOSÉ MARÍA CABODEVILLA

**LA JIRAFÁ
TIENE IDEAS
MUY ELEVADAS**

Para una teoría cristiana del humor

3.^a edición

EDICIONES PAULINAS

Colección ALBA
Serie «Maior», n.º 14

Para GIORGIO LA PIRA *Jr.*,
en memoria
de GIORGIO LA PIRA

© Ediciones Paulinas 1989 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
© José María Cabodevilla 1989

Dibujo de portada: *María Quiroga de la Válgoma*

Fotocomposición: Grafília, S. L. Hnos. García Noblejas, 41. 28037 Madrid

Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28960 Humanes (Madrid)

ISBN: 84-285-1270-1

Depósito legal: M. 41.847-1989

Impreso en España. Printed in Spain

Nota preliminar

Este no es propiamente un libro sobre el humor, sino más bien sobre la extraña condición humana, motivo irremediable y constante de humor.

Durante el trayecto Madrid-Barcelona, un viajero propenso al asombro mantiene un largo y obstinado discurso, apenas interrumpido por algunas leves dudas, quizá puramente metódicas, acerca de su propia teoría. Según él, sentido del humor no sería otra cosa que sentido de la realidad. No se trata, pues, de explicar el humor, es éste el que explica y aclara todo lo demás. Homo est risibilis. Basta detener la moviola en cualquier escena de la vida; el humor es tan sólo una foto fija. Basta aislar cualquier frase y ponerla entre signos de exclamación; el humor es nada más un cierto énfasis. Desde luego, hay algunas cosas que parecen más ridículas que otras (la vanidad, los celos, las excepciones a las reglas de ortografía, el fanatismo, las carreras de sacos), pero esto no quiere decir que su ridiculez sea mayor, sino únicamente más explícita.

Sin embargo, hay algo en el hombre que lo hace especialmente vulnerable al humor, y es su naturaleza pensante. Hijo rebelde y aventajado de la inteligencia, el humor se vuelve contra ella, la desarma y pone de manifiesto la ambigüedad de todos sus enunciados. El humor consiste en llevar la razón un poco más allá de lo que se considera razonable, justo hasta ese límite de los cien grados, en que el agua empieza a hervir y se evapora.

La jirafa tiene ideas muy elevadas. Parece un chiste contra las jirafas, pero fácilmente puede convertirse en un chiste contra las ideas. A fuerza de estirar el cuello durante muchos milenios, llegó la jirafa a comer el follaje de los árboles y el hombre a alimentarse de abstracciones. ¿Cuál es el valor real de nuestras ideas? El hombre tiene ideas muy elevadas:

he aquí una afirmación que seguramente en algún sitio causa gran regocijo. Podría aducirse como prueba de ello aquel viejo proverbio judío: «El hombre piensa, Dios ríe».

A juicio del viajero, el sentido del humor representa en Dios un atributo fundamental, y esto por dos motivos: porque relativiza todos los demás atributos divinos que el hombre ha conseguido catalogar y porque constituye la modalidad concreta del amor de Dios hacia sus criaturas. La fe en ese Dios permitirá luego a los creyentes adoptar el mismo punto de vista frente a su propia vida, frente a las cosas de este mundo y del mundo venidero. Por supuesto, el viajero se refiere a los verdaderos creyentes, ya que los otros, los creyentes puritanos, sólo se dejan ganar en seriedad por los ateos puritanos.

1

Y ése es el Henares. Hace un momento hemos dejado atrás el Jarama. Afluentes del Tajo, como usted sabe. Jarama, Guadarrama, Alberche, Guadiela, Tiétar... ¿Que si soy geógrafo? ¡Oh, no! Solamente profesor de geografía. No quisiera incurrir en la ridícula arrogancia de aquel profesor de filosofía que se tenía por filósofo. ¿Se imagina a un modesto empleado de Banca haciéndose llamar banquero? Ni siquiera soy ya profesor; lo fui. Abandoné mi profesión el día en que me percaté de que la geografía remite necesariamente a la geología, y ésta a la astronomía. Digamos que fue una cuestión de conciencia, de honestidad intelectual. La primera lección de curso tenía que haber empezado así: la Tierra es uno de los nueve planetas que giran alrededor del Sol, el cual forma parte de una galaxia integrada por cien mil millones de estrellas, la cual pertenece a un conjunto de varios miles de millones de galaxias, las cuales... Ya comprende usted, mi ignorancia tenía el tamaño del universo. O más exactamente, el tamaño del universo menos esa parte infinitesimal que llamamos Tierra, precisión esta que significaría algo así como la eternidad menos un día. No pude soportar la evidencia de tal contraste entre mi ciencia y mi ignorancia; renuncié a la cátedra. Mi mujer trató de disuadirme, no sé si porque sobrestimaba mis conocimientos o porque dudaba de mi aptitud para conseguir un nuevo trabajo. Al fin, todo se arregló satisfactoriamente.

¿De verdad le interesa la astronomía? Es fácil imaginar un discurso al revés, un *cosmic zoom* que arrancase desde el otro extremo del mundo, que va atravesando las sucesivas nebulosas, se introduce al fin en nuestra galaxia, y luego en el sistema solar, y acaba enfocando este mínimo planeta, este continente que es Eurasia, esta península que es España, esta fértil vega del Henares, que nosotros estamos cruzando ahora

en tren a 90 kilómetros por hora. Imaginemos alguien que viniera desde aquel remotísimo lugar moviéndose a una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo; sólo en atravesar la Vía Láctea ha tardado cien mil años. No tengo inconveniente en concederle una resistencia perfecta al vértigo, al envejecimiento y a los delirios de la vanidad. Concedámosle también una inteligencia notablemente superior a la nuestra. Pero me pregunto: ¿cuál sería su primera impresión sobre la Tierra, qué podría conocer de sus habitantes, qué concepto se formaría de los seres humanos? Conste, a este respecto, que mis exigencias para una adecuada información sobre el hombre son también muy severas: la psicología remite a la neurología, ésta a la biología, ésta a la química y a la física, ésta a la astrofísica. Supongo que el camino inverso de conocimiento no resulta menos largo ni menos tortuoso. Insisto, ¿qué idea se formaría de los terrícolas nuestro visitante? Sólo después de algún tiempo lograría distinguir entre un hombre y una mujer; ¿cuánto tiempo iba a necesitar para distinguir a un chino de otro chino? Tras una investigación muy minuciosa acabaría estableciendo alguna de esas aberrantes clasificaciones que tanto nos escandalizan. Los seres humanos se dividen en: *a)* iracundos; *b)* ciclistas; *c)* los que se levantan muy temprano; *d)* los que forman parte de una manifestación; *e)* los mono-teístas; *f)* los que cita Balzac; *g)* los de mediana edad; *h)* los editores; *i)* los nacidos en la provincia de Valladolid.

Como puede ver, semejante clasificación, más que revelar algo acerca de los hombres, sólo expresa el desconcierto de quien la formuló. En ella se ha limitado a enumerar particularidades, a destacar lo particular, justamente porque lo general le resulta demasiado extraño, porque lo que no puede entender es la condición humana como tal. Quiero decir que nuestro viajero quedaría más estupefacto ante lo que nosotros llamamos común que ante aquello otro que es singular, anormal o extraordinario; encontraría mucho más sorprendente el hecho de que existan hombres que la supervivencia de un hombre nacido al sexto mes de gestación. Y en cierto modo no le falta razón: debemos reconocer que es más asombroso hablar que hablar correctamente; es más trágica la muerte en sí misma que la muerte en carretera. «El simple hecho de tener narices —afirmaba Chesterton— es de por sí más cómico que el tener una nariz de berenjena». No me negará usted, señor, que nuestra constitución facial corre parejas con nuestra debilidad mental, dicho sea con el debido respeto y

salvando todas las excepciones. Algún visitante con mayor capacidad de síntesis podría catalogar a los humanos en tres grandes grupos: los que son tontos, los que tienen cara de tontos y los que parece que tienen cara de tontos. Pero esto es lo de menos. Yo quería ahora resaltar otra cosa, yo quería señalar que lo individual, antes que nada, remite necesariamente a lo genérico. Por ejemplo, ¿cómo entender el cambio de mentalidad del presidente González, que ha evolucionado desde su rechazo a la OTAN hasta la más fervorosa adhesión, sin antes comprender la evolución del género humano, aquella evolución desde la infalibilidad de los instintos animales hasta los titubeos propios de la razón?

Por favor, entiéndame, nada más lejos de mí que el deseo de entablar una discusión política; como entretenimiento prefiero el parchís, por su mayor carga emocional. Tampoco quisiera parecer que me desintereso del tema, sólo trato de ser objetivo, sólo intento recuperar nuestro punto de vista sideral. ¿No cree usted que nos haría falta a todos una mayor amplitud de miras? Tanto la OTAN como el pacto de Varsovia, antes que alianzas convenientes o nefastas, son simplemente fenómenos muy aldeanos, muy municipales. Pongámonos en el lugar de nuestro observador extraterrestre. Fíjese, una palabra que es toda una definición, pero no una definición sobre él, que sería muy pobre, pues equivaldría a definir a un español como no canadiense, sino principalmente una definición involuntaria acerca de nosotros mismos: la voz «extraterrestre», más que expresar su identidad, revela la nuestra, revela nuestra dependencia del planeta Tierra. Se trata de un planeta menor que gira en torno a un sol secundario situado en la periferia de una galaxia insignificante... Ahora trate de localizar ahí el margen de actuación que corresponde al presidente González.

Pero permítame que me presente. Mi nombre es Javier Montesinos Olcoz, para servirle. ¿Deiró, ha dicho? Encantado. Usted sabe, señor Deiró, que la circunferencia terrestre mide apenas cuarenta mil kilómetros. No digo que sea una cantidad pequeña, ni tampoco grande. Todo es relativo. ¿Australia es una isla o un continente? Todo es relativo. Cualquier distancia entre dos puntos de la Tierra puede resultar enorme para un exiliado, para un usuario de la Renfe o para un enamorado que fuera al encuentro de su amada. De Madrid a Barcelona tenemos más de seiscientos kilómetros; una enormidad, efectivamente. ¿Recuerda cuánto mide nuestra galaxia? Cien mil

años luz. Y el sistema de galaxias al que ella pertenece, tres mil millones de años luz. Traducidas a kilómetros, estas cifras suelen constituir un buen test; quienes no se marean ante ellas, como los que no se asustan ante la idea de la muerte, no es por entereza de espíritu, sino por falta de imaginación. Pues bien; nosotros, confinados en un planeta menor que gira alrededor de una minúscula estrella, hemos dado en definir la astronomía como ciencia que tiene por objeto el estudio del universo. Mi pregunta es la siguiente: ¿qué puede saber del arte gótico una hormiga que vive alojada entre dos sillares del pórtico de la catedral de Reims?

La misma pregunta cabría hacer referida a nuestro visitante extraterrestre, y lo más probable es que cometiera un error de carácter inverso. Tendería a creer que el gótico de Reims pertenece a la Edad de Piedra. Imaginemos que ha sido comisionado para redactar un informe sobre los habitantes de este planeta. Inevitablemente pensamos en el clásico libro de viajes, cuya nota más destacada suele ser el asombro, la sorpresa del viajero ante los usos y costumbres del país que visita. Tal asombro, en cuanto revelador de una falta de experiencia, denota siempre una cierta ingenuidad. ¿Real o fingida? Acuérdesse de Voltaire, acuérdesse de *Cándido*. Cuidado con la candidez. Una revista satírica de gran difusión en Alemania llevaba por título *Simplicissimus*. El viajero no debe limitarse a observar y anotar; a menudo tendrá que hacer preguntas, que necesariamente han de resultar ingenuas. ¿Eran ingenuas las preguntas que hacía Sócrates por la calle? Decimos que Sócrates practicaba la ironía, y la palabra «ironía» significa literalmente simulación: ocultar que se sabe, fingir que no se sabe. Pero el asombro del filósofo ¿era fingido o era sincero? Me gustaría tenerlo como compañero de vagón, sentado ahí enfrente. ¿Por qué están ustedes tan ansiosos de llegar a su destino?, ¿qué significa ganar tiempo?, ¿es el tiempo algo real o nada más una connotación de lo real?, ¿y por qué llevan esos tres botones en la bocamanga de la chaqueta? Mucho me temo, que el asombro sea no sólo el principio de la filosofía, sino también el final.

Se supone que el visitante marciano quedaría anonadado por el asombro. Su estupor sería absoluto, total, mucho mayor que el que pudo sentir Sócrates al visitar Corinto por primera vez. ¿Por qué ingieren ustedes objetos crudos o cocidos por la boca?, ¿por qué se pasan la noche con los ojos cerrados si la habitación está a oscuras?, ¿por qué siempre

que once individuos desean meter un balón en una portería, inmediatamente acuden otros once para impedirlo? Prefiero imaginármelo cuando llevase ya quince o veinte días viviendo entre nosotros. Ya ha intuido oscuramente la relación que media entre causa y efecto, pero no siempre acierta a colocar las fichas. Sabe que la desigualdad económica origina disturbios, sabe que los disturbios no están permitidos y sabe que los hombres se reproducen sexualmente; de estos tres datos extrae enseguida una conclusión: para evitar dichos disturbios, para suprimir esa desigualdad económica, bastaría que los pobres engendraran sólo varones y los ricos sólo hembras. ¿Y qué decir del problema de la sanidad pública? A nuestro atónito observador se le ocurren inmediatamente dos medidas muy elementales: que el gobierno prohíba a los ciudadanos caer enfermos o que dé trabajo a los médicos en paro.

Es evidente que, sin querer o queriendo, el visitante acabará elaborando un informe humorístico. Sólo hace falta que su testimonio sea veraz. ¿Comprende, Sr. Deiró, lo que quiero decirle? El humor no es otra cosa que objetividad, con tal que la observación de los fenómenos humanos se lleve a cabo desde una distancia suficiente. Siempre es menester cierta perspectiva para abarcar bien un asunto, para verlo de manera adecuada. No se puede escribir correctamente sobre el vino cuando uno está borracho, ni sobre el matrimonio cuando uno está casado. El género de humor exige su propia distancia. Nadie mejor dotado para esta especialidad que un extraterrestre, un eremita o un sujeto dedicado a meditar sobre la fugacidad de las cosas humanas. Dígame, ¿qué significa la gestión actual del alcalde de Jaén dentro de la historia de Occidente?, ¿cuál ha sido la influencia del liberalismo alemán en la evolución de la galaxia solar? He aquí dos posibles páginas de humor. El humor como catalejo. Entiéndame, no se trata de quitar importancia, sino al revés, de conceder a cada cosa exactamente la importancia que merece, si bien dentro de un contexto lo bastante amplio. Lejos de menospreciar nada, hay que justipreciarlo todo. Sentido del humor equivale a sentido de la exactitud. Si calculamos en un año la edad de la Tierra, la historia del género humano no llega a ciento veinte minutos y, por tanto, la vida de cualquier hombre apenas representa una fracción de milésimas de segundo. Pues bien, el humor nunca desdeñará esa fracción como insignificante, antes al contrario intentará apreciarla lo más rigurosamente posible. Tenía razón Perich: es preferible caerse del

piso veinticinco de un edificio a caerse del piso quince, se vive más tiempo.

Reconozco que el humor supone casi siempre una depreciación o rebajamiento, pero esto sucede precisamente porque antes se ha dado una inflación indebida. El hombre, centro del cosmos... No me extraña que Pirandello considerase a Copérnico como uno de los mayores humoristas. Sin embargo, éste se limitó a tirar de regla y cartabón y a registrar lo que veía; sólo a base de números, mediante una gran precisión, desmontó la orgullosa imagen que el hombre se había forjado de sí mismo. Lo que ocurre es que todos seguimos siendo, en lo íntimo del corazón, tolemaicos impenitentes. La moral católica ganaría un gran prestigio si se atreviera a denunciar las muchas herejías cosmológicas que infectan nuestra sociedad. Usted sin duda conoce las obras de Swift, celebrado mundialmente como maestro de la sátira. ¿Qué hizo para merecer semejante fama? No hizo otra cosa que proseguir la tarea iniciada por Copérnico: en *Los viajes de Gulliver* describe las luchas intestinas de su tiempo como lo que en realidad eran, como ridículas peleas entre liliputienses. El humor posee el sentido de la medida. Dios mío, tú sabes que soy un pobre liliputiense. ¡Oh, qué magnífica plegaria!

El humor fustiga nuestra *hybrys*, el pecado nefando, el pecado de soberbia. El humor restablece las auténticas dimensiones de lo humano. ¿Qué es una bandera? Una pieza de tela de dos metros por uno veinte. ¿Qué es el honor? Una palabra bisílaba. ¿Qué es el parlamento? Un lugar donde se habla. ¿Qué es un canciller? El encargado de la cancela o portal. Con frecuencia las etimologías nos revelan la pobreza de los orígenes, la miseria de una cuna deliberadamente olvidada. Pero el proceso es mucho más general y más radical. ¿Qué es un planeta? Un cuerpo celeste no luminoso que gira alrededor del Sol. Normalmente, pues, resultará un humor deflacionista y castigador, ya que marca el contraste entre lo ideal y lo real, efectúa la transición de lo astronómico a lo municipal, señala una incongruencia de carácter descendente. Nuestra sorpresa, esencial al ejercicio humorístico, es casi siempre hacia abajo: nos hace asistir al parto de los montes. El humor desmitifica, practica el realismo. Me gusta este tipo de humor, seco, lúcido y lacónico. No he dicho amargo, sino seco, como el jerez.

Observe usted que el verdadero humor, el humor eficaz, dice la verdad y nada más que la verdad. Nunca exagera, no

tiene necesidad de hacerlo. Si lo hiciera, se desacreditaría. Es el flaco servicio de algunos superlativos: cuando se dice de un objeto que es *muy* redondo, deducimos que no es propiamente redondo; si alguien se presenta como Ilustrísimo, deducimos que no llega a ilustre. El humor dice sólo la verdad, se limita a despojar las cosas de sus ropajes para mostrarlas tal y como son. Amor se escribe sin hache. Quevedo definía la sátira como «simple enunciación de verdades desnudas». Tampoco hay por qué llegar a tales extremos. ¿Desnudez total? El humor ama los matices. Le voy a contar una anécdota de Juan XXIII, aquel Papa con alma de campesino socarrón, aquel aldeano con alma de párroco universal. En una audiencia concedida a la plana mayor del ejército italiano estaba presente monseñor Pintonello, obispo castrense con rango de general; cuando éste iba a arrodillarse para besarle el anillo, el Papa lo impidió, se cuadró ante él y saludó: «Sargento Roncalli. A sus órdenes, mi general». El Papa podía haberse presentado como simple mortal, incluso como pecador, lo cual era también cierto y hubiese demostrado una mayor humildad, una renuncia completa a todos sus títulos de vanagloria; sin embargo, prefirió exhibir públicamente su título de sargento. Este matiz, estos decimales, pertenecen a la minuciosa evaluación del humor.

El humor, repito, consiste en decir la verdad. Usted sabe que hay individuos a quienes no hace falta insultarlos, basta con describirlos. No creo que tenga nada que ver el humor con los insultos, salvo el uso insultante que se quiera hacer de él, cosa tan impropia y a la vez tan posible como usar un catalejo para golpear a alguien. Por otra parte, no se puede restringir el humor a la descripción de unos pocos individuos especialmente expuestos al ridículo. Miradas a una distancia suficiente, sideral, las diferencias se desvanecen hasta fundirse en unas cualidades genéricas, comunes, propias de la especie. El verdadero blanco del humor será siempre el ser humano como tal, y su verdadero tema, la condición humana como tal. Hay un humor rastrero que emplea el microscopio: sólo nos permite ver la berruga del señor Ramírez; en cambio, el humor genuino, después de situarse a la debida distancia, utilizará el telescopio para revelarnos la estatura completa del señor Ramírez, que es exactamente la misma del Papa de Roma. El hombre, un bípedo implume, racional, locuaz, melancólico y jactancioso, capaz de robar el fuego a los dioses para luego incendiar su propio pajar.

La caricatura me parece un arte nobilísimo. Ha existido siempre. Se conservan excelentes muestras de la época romana y otras pertenecientes a las tumbas egipcias de Luxor. El arte de la caricatura consiste en simplificar, eliminando lo accesorio y resaltando lo principal. Por su propia naturaleza tan diversa, un extraterrestre está singularmente capacitado para percibir aquello que en el ser humano es más característico, haciendo caso omiso de los detalles secundarios. Para producir humor no necesitará exagerar o recargar por su cuenta el informe, sólo debe suprimir lo accesorio. El resultado tendrá cierto énfasis, lo sé, pero ello contribuirá a una mayor objetividad, a una mayor fidelidad, lo mismo que cuando se consigue liberar de todo *ruido* la información grabada en una cinta. ¿Ha observado usted que la caricatura de un pato se le parece más que cualquier fotografía? El humor es lo contrario de la desfiguración. Si alguien describe las cosas humanas tal y como son, inevitablemente hará humor.

Un humorista se quejaba de que nuestro mundo actual es tan disparatado, que resulta muy difícil competir con él. ¿Y por qué habría de competir? Que se limite a dar testimonio de lo que ve. Debe saber que todo cuanto él pueda imaginar ha ocurrido ya. «Todo cuanto sucede en la película es fruto de la imaginación; lo cual quiere decir que todo ello es perfectamente imaginable».

2

¿Un cigarrillo? No me parece mal esta norma de reservar algunos vagones del tren para fumadores. Todavía no me avergüenzo de fumar hasta el punto de sentirme discriminado, como si se tratara de departamentos destinados a gente de una raza inferior. Es mucho más probable que los otros, los que no fuman, sucumban antes a la tentación de considerarse una raza superior. ¿Superior en qué? En el aspecto espiritual, a juzgar por los daños con que nos amenazan, nuestra vida resulta más mortificada, más meritoria, ¿no cree?; por otra parte, tengo entendido que el espíritu de pobreza evangélica no se quebranta fumando, sino dejando las colillas largas. Y en lo tocante a la salud, conviene recordar que un peatón circulando en horas punta por Atocha o Alcalá sufre una intoxicación pulmonar equivalente a diecisiete cigarrillos. Ya ve usted cómo una vez más el humor, es decir, un punto de vista ni siquiera sideral, solamente relativo al área metropolitana, acabaría suprimiendo enseguida las diferencias particulares y englobándonos a todos, fumadores y no fumadores, en un mismo destino de vida efímera y precaria. ¿Un cigarrillo?

Todos los humanos somos iguales. Por supuesto, hay algunos que son más iguales que otros; por supuesto, hay ciertos tipos y ciertos grupos sociales que se prestan más fácilmente al humor, que han llegado a ser, no sé por qué, paradigmas de la humanidad: escoceses, brigadas, cornudos, suegras, leperos, rabinos... Pero recuerde que lo verdaderamente cómico no es tener una nariz de berenjena, sino el simple hecho de tener narices. Insisto, el gran tema del humor será siempre la condición humana como tal, la naturaleza humana observada a ese nivel donde escoceses, brigadas y cornudos no resultan más ridículos, más vulnerables que los ingleses, los mariscales y los adúlteros.

Para cumplir con éxito su misión deflacionista, devolviendo

a las cosas su exacto valor, al humor le bastaría describir la humanidad en conjunto tras haber comprobado su inmenso orgullo corporativo, mucho mayor que el orgullo particular de los ingleses, de los mariscales o de los amantes más famosos. ¿Se ha fijado? Si algo caracteriza a los seres humanos es su insoportable conciencia de superioridad, su conciencia de especie biológica dominadora del mundo. Todos son iguales. Mírelos: prepotentes, avasalladores, hoy falsamente modestos. Ya saben que la Tierra no es, como se pensaba antes, el centro del universo. ¿Usted cree que eso ha quebrantado su soberbia? Resulta muy curiosa la coincidencia histórica entre el desarrollo de la teoría heliocéntrica y la expansión del racionalismo. Hasta entonces el hombre medieval, sumido en el error pero imbuido de fe, se creía colocado por Dios en el centro de la creación. Cuando los nuevos descubrimientos científicos le hayan demostrado que eso es objetivamente falso, el hombre moderno se dedicará a fundamentar subjetivamente la existencia del mundo en su propia existencia, y ésta en su propio pensamiento. Pienso, luego existo. Pienso cosas, luego existen cosas. Todo lo real es racional y todo lo racional es real. El hombre piensa. ¿Qué ocurriría con el universo si no estuviera ahí el hombre para contemplarlo e interpretarlo? Lo mismo que con un libro metido en un baúl: mientras nadie lo lee, no existe; sin un lector, el libro no existe. En otras palabras, quien hasta entonces había creído estar en el centro del mundo, ahora se erige él mismo en centro de todo, en fundamento de todo. Hay algo más glorioso que ocupar la cabecera de una mesa, es establecer la cabecera allí donde uno se sienta.

Perdón, señor Deiró, ¿le molesta tal vez que hable de los hombres en tercera persona, como si yo fuese un marciano? Comprendo que puede resultar afectada esta manera de expresarse, tan distante o más que el plural mayestático de los obispos. No lo tome así, se lo ruego. También los médicos, aunque sean artríticos, suelen hablar de la artritis con aparente indiferencia, y hasta los moralistas, aunque sean pecadores, se refieren al pecado como si fuese una realidad ajena o exclusiva de los países nórdicos. Yo, que no soy médico ni moralista, me consideraría más cerca de esa otra clase de expertos en humanidad que son los zoólogos, los cuales, aunque son hombres, hablan de vertebrados y mamíferos en general con notable desapego.

La Tierra no es el centro del mundo. Pero el hombre no

se resigna fácilmente a esta verdad y añade a continuación: la Tierra es el único lugar del mundo donde hay seres inteligentes. La arrogancia de tal afirmación sólo podría atenuarse mediante una segunda afirmación, aparentemente más neutra pero en el fondo más pretenciosa aún: la Tierra es el único lugar del mundo donde hay seres vivos. Porque la vida, afirman los científicos, resulta imposible en las condiciones ambientales de cualquier otro planeta. Usted siente deseos de replicar: «Tal vez no sea la Tierra la que está especialmente acondicionada para la vida, sino que la única vida por nosotros conocida es la que se adaptó a las condiciones de la Tierra. Decir que la vida es imposible en Mercurio porque su temperatura media es de cuatrocientos grados denota más bien el estrecho concepto que tienen ustedes de la vida». El científico de guardia respondería de manera inapelable: «Los conceptos no son estrechos ni amplios, sino verdaderos o erróneos». Tímidamente, usted pregunta: «¿Y una vida similar a la nuestra en algún lugar de otra galaxia similar al nuestro?» Es una hipótesis discreta, aunque se podría enriquecer indefinidamente hasta imaginar en ese planeta una historia del todo paralela a la que aquí se ha dado, con el mismo progreso y los mismos avatares, con habitantes idénticos a nosotros. Imagine usted, si así lo desea, dos señores que están ahora allí dialogando sobre la posibilidad de que haya vida en la Tierra, dos señores que viajan en tren hacia una ciudad cuyo nombre sería para nosotros perfectamente pronunciable. Tiene usted que desistir, amigo. Los científicos han averiguado que la aparición de la vida se debió a una portentosa casualidad química; fue algo tan improbable, tan extraordinario, tan imposible estadísticamente, que nunca jamás pudo ni podrá repetirse.

Somos humanos, somos engreídos. No obstante, en momentos excepcionales de gran humildad, algún día de cuaresma, hemos llegado a formular esta tremenda hipótesis: la posibilidad de una vida superior que nada tenga que ver con el hidrógeno y miserias afines, unos seres vivos tan evolucionados, tan distintos originalmente de nosotros o tantos trillones de años por delante de nosotros, que en sus eventuales visitas a la Tierra nunca se les haya ocurrido entablar contacto con nosotros por una sola razón, por la misma razón por la cual nosotros no tenemos ningún interés en relacionarnos con una colonia de insectos. Pues bien, aun en este caso tenemos fatalmente a atribuir a dichos seres algún parecido con nosotros. Nuestra imaginación es casi tan limitada como nues-

tra inteligencia. Admitimos que su cuerpo sea enteramente diverso, quizá piramidal, quizá invisible e inasible, pero se trata sin duda de seres que piensan y codician, que son crueles o bondadosos. De modo inevitable les atribuimos nuestros deseos y pasiones, si bien corregidos y aumentados. Su campo de operaciones es más amplio, sus máquinas más perfectas, su lenguaje más polisémico: hasta ahí llega nuestra fantasía. Pero sus manías son las mismas: hasta aquí llega nuestra simpleza. Nuestra simpleza y a la vez nuestra vanidad, como si por encima del hombre sólo pudiese existir algo semejante al hombre, como si el argumento de la comedia humana fuese tan importante que exigiera nuevos espacios donde poder prolongarse. He ahí, señor Deiró, lo que yo llamo orgullo corporativo. He ahí el tema básico del humor. Las modalidades de este humor son múltiples; por ejemplo, el humor cínico de Ceronetti: «Desde el momento en que el hombre es un cáncer, no resulta tan improbable su metástasis en otros planetas».

Pero volvamos a la Tierra. ¿Qué es la Tierra? «La Tierra es el planeta que habitamos». Esta es, textualmente, la primera definición que da el diccionario. Las otras definiciones serán secundarias y derivadas. ¿Le interesa a alguien que la Tierra sea el tercer planeta en orden creciente de distancia respecto del Sol?, ¿le interesa a alguien que sea un planeta elipsoidal, no esférico? La Tierra es el planeta que habitamos, y punto. La Tierra es nada más nuestro granero, la plaza del mercado, el campo de batalla, la tumba de nuestros muertos, un conjunto de zonas fértiles o desérticas, áreas edificables y aguas jurisdiccionales. Dígame, ¿no se siente usted descorazonado? Solamente los poetas han llegado a insinuar ciertas definiciones menos mezquinas: la Tierra es una guardería de niños extraviados, el purgatorio de otra vida anterior, un barco navegando a la deriva o tal vez atracado temporalmente mientras dura el período de cuarentena... Pero el poeta sólo deseaba llevarse las treinta mil pesetas del certamen convocado por el Ayuntamiento de Béjar.

Recuerde: si tomamos el año civil como medida de edad de la Tierra, la edad del género humano apenas llega a las dos últimas horas del último día de diciembre; el *homo sapiens* no hace su aparición hasta la última media hora y su historia propiamente dicha sólo abarca el último minuto y medio. Pues bien, únicamente estos noventa segundos ofrecen verdadero interés; todo lo demás, todo cuanto precede a la historia humana, será calificado desdeñosamente de prehistoria. Protá-

goras lo dejó escrito: «El hombre es la medida de todas las cosas».

Llevado de una delirante megalomanía, el hombre atribuye efectos cósmicos a cualquier obra suya, incluso a sus pecados: durante el diluvio decretado por Dios en castigo de las prevaricaciones humanas, la catástrofe fue tan completa, tuvo que ser necesariamente tan completa, que hasta los peces que no pudieron entrar en el Arca de Noé murieron ahogados. El hombre se ha erigido en medida y canon de todo lo existente. Decimos que es grande un autobús de dos pisos, un edificio de sesenta plantas, un libro de mil quinientas páginas. Pero un elefante no es grande, es desmesurado. ¿Hay algo más arbitrario que nuestros criterios de belleza y fealdad? Sólo en ciertos instantes de gran lucidez, algún profesor de estética especialmente comprensivo ha sabido ampliar su criterio al percatarse de que lo más hermoso del mundo, para un sapo, es una sapa. El hombre domina y dictamina. Decide lo que es justo o injusto; determina incluso lo que es verdad y lo que no lo es. Señor Deiró, le ruego que me crea: el hombre ha llegado a afirmar que las lágrimas de los cocodrilos son falsas.

«El hombre es la medida de todas las cosas». Sería una excelente frase de humor si fuera una broma sarcástica. Por desgracia, Protágoras hablaba en serio. Lo que pudo haber sido un rasgo muy meritorio de humor negro se convierte en pretexto para el humor más flagelador, porque esa frase fue pronunciada con absoluta seriedad, porque esa frase era y sigue siendo la divisa exacta de nuestro orgullo, justamente ridículo en la medida en que es sincero. El hombre se ha constituido en centro y eje del universo mundo. Efectivamente, nuestro mundo es un orbe antropocéntrico. La llamada Historia Universal narra tan sólo la historia de la humanidad. La Biología, con visión algo más amplia, estudia la vida del hombre y también de sus antepasados, incluidos los monocefálicos. La Lógica ha decretado cuándo dos cosas son imposibles: cuando no caben juntas en la cabeza de un filósofo. La Moral fijó taxativamente las fronteras entre el bien y el mal: lo que es bueno o malo para el hombre. La Religión, cuando no ha divinizado al hombre, ha humanizado a Dios.

Todo cuanto carece de denominación humana carece de existencia. No existe lo que está más allá de eso que llamamos el firmamento, ni lo que está por debajo de eso que llamamos el subconsciente, ni lo que está por encima de eso que llamamos Dios. Distintas maneras de nombrar el finis terre.

Porque alejarse de la Tierra es penetrar en la nada, probablemente a través de la demencia. Cuando la Luna era lo más remoto que podíamos concebir, llamábamos lunáticos a los locos, y todavía en Inglaterra al manicomio se le llama *State Lunatic Asylum*. Si en algo estamos de acuerdo los humanos es en proclamar la excelsa dignidad del hombre y los principios sacrosantos del humanismo. ¿Humanismo? Sucede que el hombre es humanista de modo tan irremediable como el buey es bovino, pero también con la misma parcialidad con que un catalán suele ser catalanista y hasta con la misma obcecación con que un madrileño es partidario del Real Madrid.

El humor, decíamos, viene a restablecer las verdaderas dimensiones de lo humano, a castigar nuestro orgullo y des-templanza. Sentido del humor equivale a sentido de la realidad. Para cumplir tal menester, nadie mejor dotado que un extraterrestre, alguien que viniera de otro mundo, desde más allá de la Luna, y para el cual ésta no pasaría de ser un apeadero innecesario. Imagínesse usted un informe suscrito por dicho viajero, redactado de la manera más objetiva, del modo más veraz y desapasionado. Imagínesse un escueto comentario suyo a la frase de Protágoras.

3

Habría observado, señor, que hablo demasiado. ¿De verdad que no le molesto? Es usted muy amable. Confieso que a veces hablo incluso cuando estoy solo; lo hago por dos razones: porque me gusta hablar con alguien inteligente y porque me gusta oír hablar a alguien inteligente. Olvídelo. Le estaba diciendo que el informe elaborado por un alienígena sobre la vida de los humanos sería un dechado de humor. El humor brota inconteniblemente de esa mirada distante, de ese asombro, de ese escándalo.

Desde luego, las cosas se agravarían aún más si hiciésemos de nuestro visitante un ángel o emisario celeste, eso que suele decirse un espíritu puro. Lo mismo que en el caso de los extraterrestres, también esta expresión, más que definirlos a ellos, nos define a nosotros, nos define como espíritus no puros, espíritus dependientes de un cuerpo. Los aspectos propios de la conducta humana, que a un marciano pueden resultarle más o menos extravagantes, serían sin duda para el ángel sencillamente incomprensibles. Al fin y al cabo, todos los seres corpóreos estamos en cierta medida emparentados, pues todos estamos compuestos de átomos de carbono que provienen de remotas explosiones astrales. Un ángel, en cambio, un espíritu puro, es tan ajeno a lo astronómico como a lo geográfico, tan independiente de la física como de la fisiología. ¿Qué concepto se formaría de nosotros, espíritus enredados en la materia, cuerpos alborotados por el alma, criaturas averiadas y fluctuantes? Una máquina compuesta de treinta mil millones de células que un día, inesperadamente, empezó a pensar, empezó a preguntarse quién era, cómo tenía que funcionar, cuál era su finalidad y por qué le faltaba un tornillo.

La estupefacción del ángel no sería menor que la del extraterrestre, por supuesto. Si imaginamos a éste viajando a una velocidad equivalente a la de la luz, al ángel hay que

imaginarlo en un espacio sin espacio, allí donde los adverbios de lugar carecen de toda significación; por eso resultaba absurda y a la vez ilustrativa aquella vieja disputa sobre el número de millones de ángeles que caben en la punta de un alfiler. Repito, ¿qué idea se haría de nosotros un ser de tal naturaleza? Nosotros estamos sujetos al espacio no menos que al tiempo. Somos cuerpo. La vida entera, incluida la vida mística, se expresa en un encefalograma.

El hombre es corporal, pero también orgulloso, al menos hasta que el humor no acabe doblegándolo. Y ya se sabe que el orgulloso tiende a convertir en estandartes sus propios harapos. Según un mito antiguo, el cuerpo de Adán fue creado con cinco elementos diversos: una parte de barro, que sirvió para modelar su carne; una parte de fuego, y por eso la sangre es roja y caliente; una parte de aire, con la cual se le dio el aliento; una parte de flores, y por eso hay tantos colores de ojos; una parte de sal, y por eso las lágrimas son saladas. ¿No le parece un mito hermoso? Hermoso, pero no lo bastante halagador para la vanidad humana. Otro mito posterior vino a corregir esa insuficiencia invirtiendo los términos: del corazón del hombre salió la palabra y de la palabra procede el fuego; de su boca salió el aliento y así nacieron la brisa y el huracán; sus ojos despidieron un rayo luminoso y este rayo engendró el sol; de su órgano reproductor manó la simiente y de ésta deriva la fecundidad de las aguas; de su piel brotó el pelo, materia original de las hierbas y de las nubes. Querido Deiró, ¿no le parece un magnífico discurso humorístico en boca de un hombre calvo, bizco, taciturno y aquejado de gonorreya?

Mi pregunta sería si podemos estar mínimamente satisfechos de nuestro cuerpo. Hablo del cuerpo humano como tal, del cuerpo humano en general, ese biotipo que puede resultar más o menos lindo en cada caso pero que el humor preferirá siempre considerar en abstracto, reflejado en una lámina de Ciencias Naturales. A mi juicio, lo de menos es que la máquina tenga frecuentes fallos en su funcionamiento. Tampoco importa mucho que ostente notables defectos de fabricación: por qué, verbigracia, puede cerrar los ojos y no puede cerrar los oídos. Vivimos abrumados por el ruido y no tenemos párpados en las orejas. A propósito, ha sido un detalle delicado por parte de la Renfe, ¿no cree? Me refiero al mozo que pasó hace un momento preguntando si queríamos auriculares para seguir la película; cobraba trescientas pesetas por el alquiler,

cuando muy bien podía haber sido al revés, dar la imagen con sonido y cobrar la misma cantidad por alquilarnos unos tapones de cera. Bien; reconozco que nuestros oídos están indefensos, los huesos se rompen, los músculos se atrofian, la sangre fluye y mancha la moqueta. Pero esto es lo de menos. Lo grave es que se trata de un cuerpo, digámoslo así, pesado.

Durante los vuelos espaciales, los astronautas han podido experimentar cómo se comportaba su cuerpo en condiciones de ingravidez. Dicen que es una experiencia fascinante. Hay que añadir: tan fascinante como precaria, tan maravillosa como ilusoria. Esos hombres continuaban férreamente atados al cordón umbilical del planeta. Sus cuerpos seguían dependiendo de las reservas que llevaban a bordo. ¿Y sus almas? El señor Armstrong pensaba en la señora Armstrong, el señor Collins pensaba en la señora Collins o tal vez en la cajera del supermercado. Porque también sus almas eran corporales. Según estos astronautas, la sensación de ingravidez constituye una «experiencia de liberación». ¿Qué diría de ello un espíritu puro? Recuerdo aquellas elocuentes páginas de Kafka, aquel discurso que pronunció un mono ante la Academia de Ciencias contando sus impresiones sobre la especie humana. Al contemplar en el gimnasio los saltos de unos atletas, había observado que esto les producía una gran satisfacción, un sentimiento de triunfo; y él, que sabía con cuánta facilidad, con cuánta indiferencia incluso, sus congéneres realizan ejercicios mucho más difíciles, confesó haber quedado muy sorprendido ante semejante fatuidad humana.

La ley de gravedad nos afecta profundamente. Anote esto: el hígado pesa más que el cerebro. En otros términos, el hígado nos esclaviza más de lo que el cerebro nos permite liberarnos. Hoy decimos que todo depende del cerebro, pero no es menos cierto que el cerebro depende de todo. ¿Una continua sucesión de victorias pírricas! Victoria pírrica no significa precisamente un éxito desdeñable; puede ser un éxito muy importante, puede ser una victoria muy estimable, sólo que es una victoria ganada dentro de una guerra perdida. Pues todo obedece a la misma ley de gravitación. Mientras el hígado segrega bilis, el cerebro segrega ideas: «Los grandes adelantos de nuestra civilización técnica nos han permitido superar...» Lo ridículo no es que alguien tropiece y caiga, sino que otro se eche a reír cuando él mismo está pisando una cáscara de plátano.

El humor funciona como correctivo, como un llamamiento a la sensatez.

Me gustaría extenderme en eso que los analistas del humor han denominado «estructura de discordancia». Consiste en el encuentro o colisión de dos elementos pertenecientes a campos muy distintos. A veces he soñado con un portaviones pintado de rosa... Según Richter, el humor viene a ser como un cura empeñado en casar a cualquier pareja, y preferentemente a aquellas parejas cuyo matrimonio menos tolerarían sus respectivas familias. Pero ahora sólo quiero resaltar el hecho de que en una forma u otra, de esos dos elementos que el humor pone en contacto, casi siempre el primero dice relación al espíritu y el segundo al cuerpo. ¿Se imagina usted un héroe romántico que padeciera de hemorroides?, ¿se imagina un cuartel donde se tocara a rancho con arpa? «Nuestro amadísimo señor obispo poseía cinco doctorados y pesaba ciento veinte kilos». Figúrese que esta frase es pronunciada, desde un púlpito engalanado, durante las solemnes exequias de monseñor. De repente, el fervor y seriedad que había esperar de una oración fúnebre se vienen abajo por efecto de la *discordancia*, por efecto de esa yuxtaposición de elementos, espiritual el primero y material el segundo. Tal vez por separado los dos datos podrían considerarse elogiosos, aptos para ser citados en un panegírico, ya que las dos cosas merecen de suyo admiración, tanto una inteligencia brillante como un cuerpo voluminoso. Pero el imprevisto contacto entre ambos elementos hace que se fundan los plomos.

Antes hemos hablado de una técnica habitual del humor, consistente en ir retirando coberturas y ropajes a fin de ofrecernos una visión más objetiva de la realidad, más desnuda. Los ingleses distinguen muy bien entre *nudity* (el desnudo) y *nakedness* (el desnudado), dos situaciones completamente diversas: mientras la primera se refiere al desnudo artístico y pertenece al dominio de la belleza, la segunda en cambio resulta cómica, grotesca y mortificante. Creo que el humor encontraría ahí materia abundante en que ejercitarse, simplemente marcando el desnivel entre una cosa y otra dondequiera que se haya producido una falsa sublimación. Le bastaría poner, junto a un desnudo griego, un griego desnudo.

Desnudar significa casi siempre desenmascarar. Por eso, antiguamente las sátiras se llamaban también «anatomías», y ya sabemos que la intención de una sátira suele ser mordaz, burlesca, tiende a rebajar. Ahora bien, ¿a quién podría reba-

jar esa desnudez, esa pública evidencia de que posee un cuerpo? El cuerpo y sus debilidades constituyen el patrimonio universal de todos los mortales; por consiguiente, rebajará a aquellos que se tienen o son tenidos por encima del común de los mortales. Cuando un señor importante se ve obligado a interrumpir alguna ceremonia oficial porque debe cumplir con urgencia cierta función íntima, normal a la vez que inconfesable, está demostrando del modo más fehaciente su pertenencia al común de los mortales. Lo cual, a pesar de ser algo perfectamente obvio, perfectamente consabido, nunca deja de resultar sorprendente. Por eso mismo es tema constante de humor, ya que éste, como usted sabe, prefiere demorarse en la consideración de la naturaleza humana como tal. En las películas de Charlot siempre son representantes de la autoridad los que tropiezan con una farola o se caen en una alcantarilla. ¿Por qué? Porque ellos, según explicaba el mismo Charlot, ostentan la dignidad del poder y sus desventuras hacen reír mucho más que si se tratara de simples ciudadanos.

Pienso que ahí, como en tantos casos similares, la risa es un efecto primario. El humor sería la reflexión que subyace o que se impone. ¿Quiere que le cuente otra anécdota de Juan XXIII? Acababa de ser nombrado Papa. Tenía que salir al balcón, para bendecir por vez primera a la cristiandad, vestido ya con sotana blanca. Pero ninguna de las tres tallas que había preparadas le estaba bien; incluso la más ancha le venía estrecha. Mientras a toda prisa soltaban las costuras y hacían un arreglo de emergencia, él suspiró compungido: «Todos me han elegido Papa menos el sastre.» Pocos días más tarde dio orden de elevar el sueldo a los funcionarios del Vaticano. La inflación, la política salarial italiana, el encarecimiento de los precios, etc., todas eran razones más que suficientes. Sin embargo, a los encargados de llevar la silla gestatoria él les dio esta otra razón, que también concernía a la justicia: «Es lógico que ahora cobréis más; yo peso el doble que Pío XII».

Querido Deiró, no somos nadie. Los hombres nacen, crecen y mueren. Pero el estribillo completo dice que nacen, crecen, se reproducen y mueren. Su condición corporal, a la vez que les impone un fatal desenlace, les permite perpetuarse de algún modo en sus propios hijos. No todos tienen hijos, pero todos tenemos padres, de los cuales hemos heredado unos genes, un apellido, tal vez algunas hectáreas de olivar, y un largo pasado. En la memoria de cada uno de nosotros, en el subsuelo, por debajo del inconsciente personal, late un inconsciente colectivo donde hay huellas pertenecientes a los albores de la historia. Los recuerdos del individuo se sustentan sobre los recuerdos de la humanidad. Porque la vida es acumulativa. Vivimos en la azotea de un edificio cuyo primer piso es de estilo gótico, construido sobre una planta baja románica, la cual fue trazada aprovechando unos cimientos ibéricos. Estos cimientos se apoyan sobre la roca donde un día vinieron a guarecerse, tras ser expulsados de alguna parte, Adán y Eva.

Pero quiero decirle algo más. Desde esa cueva que sirvió de asilo a nuestros primeros padres podríamos descender, a través de unos corredores que sólo a primera vista parecen intransitables, hasta aquella madriguera donde se cobijaron otras criaturas más antiguas que el hombre. La memoria de la especie humana se remonta a un pasado inmemorial. En lo más hondo de nuestro corazón resuena el eco de un lejano clamor, el rumor amortiguado del sufrimiento animal, del placer animal, del miedo animal. Debajo de la memoria humana hay una memoria insondable que acaba en el *engrama* o memoria matriz, común a toda materia orgánica. La historia del hombre es una rama de la historia animal, y ésta una rama de la historia del planeta. No sólo la geografía remite a la astronomía, también el psicoanálisis.

Todo ello explica muchas cosas. Por ejemplo, el hecho de

que yo vaya a Barcelona en tren y no en avión. Siento hacia el avión una especie de miedo atávico. ¿Usted también? Me alegro, así comprenderá mejor lo que quiero decirle. Yo sé perfectamente que el avión es el medio de locomoción más seguro; las estadísticas lo han demostrado de sobra y alguna compañía de aviación supo expresarlo en un texto publicitario muy elocuente: «Todavía no podemos ofrecer a nuestros viajeros la seguridad absoluta porque todavía hay que ir al aeropuerto en coche». ¿Entonces? Observe que he hablado de miedo atávico; los atavismos no se curan con razonamientos. Ocurre sencillamente que yo tengo los ancestros animales muy activos dentro de mí o quizá más próximos, genealógicamente hablando, que el común de la gente. Desciendo, por vía directa, de especies biológicas habituadas a vivir en tierra firme. ¿Quiere otra prueba? Cualquier ruido artificial, por leve que sea, interrumpe indefectiblemente mi sueño, que jamás es turbado por la más fragorosa de las tormentas. No estoy aún bien adaptado a vivir fuera de la selva. En cambio, tengo un amigo que es todo lo contrario, un modelo de humanidad sumamente evolucionada. Al revés que los monos, él tiene unos brazos muy cortos, yo diría que demasiado cortos, no hasta tal punto que se note a primera vista, pero sí lo suficiente para que necesiten arreglo todas las prendas que compra confeccionadas. Lejos de lamentarlo, se vanagloria: eso demuestra, según él, que se halla en un estadio superior de evolución.

Pero lo cierto es que tanto mi amigo como yo tenemos los dos, en última instancia, los mismos antepasados. Lo cierto es que el hombre, todo hombre, gracias a su larga ascendencia, ostenta una ristra de títulos ilustres: es metazoario, artiozoario, cordado, vertebrado y mamífero. Para una historia familiar más detallada, le diré que pertenecemos al orden de los primates, suborden de los homínidos. Pero aquí se impone una precisión que ningún paleontólogo, y mucho menos un moralista, dejaría de consignar: no todos los homínidos somos iguales. Efectivamente, aun las mentes más abiertas, más liberales y ecuménicas, que siempre preferirán destacar los elementos comunes sobre las diferencias, no pueden menos de reconocer que el mono es prognato y el hombre ortognato. No se trata de una cuestión estética, no se trata de mera apariencia facial. ¡Estoy hablando del cerebro! Usted sabe muy bien que la historia del desarrollo biológico es la historia de una cerebración creciente. Hace muchos millones de años

hubo un homínido mejor dotado, o simplemente más obstinado, que consiguió estabilizar su posición vertical; dicha posición dejaba libres las manos y éstas podían realizar ya ciertas funciones antes encomendadas a la mandíbula; la relativa inactividad de la mandíbula permitió un aumento de la caja craneal y de la masa encefálica. He aquí un dato importante: el volumen del cerebro humano alcanza los 1.500 centímetros cúbicos, mientras que el de un simio nunca sobrepasa los 700. Dígame en confianza, señor Deiró, ¿acaso no despierta esto en usted cierto orgullo muy comprensible? Al fin, ocurrió lo que tenía que ocurrir, el suceso más glorioso que vieron los siglos: en aquella masa encefálica, cada vez mayor y más compleja, acabó un día brotando la primera chispa, la primera idea. Había nacido el primer hombre. Sucedió a finales del Terciario. Luego vendría todo lo demás, el cazador, el agricultor y el ganadero, y después el herrero, a continuación el científico, y mucho después Darwin. Aquel día empezó todo. El cerebro había segregado la primera idea. Desde entonces ya todo es posible. El pájaro vuela, el mono camina, el hombre piensa. Repito, a partir de ahí todo es posible y todo es también lógico, no sólo que el hombre se envanezca de sus pensamientos, sino incluso que se ría de ellos.

Pero le advierto, querido amigo, que la evolución del cerebro humano no ha llegado todavía a su meta. Sabemos que la zona del córtex continúa presionando sobre las paredes del cráneo en busca de una mayor expansión. Algún día el cerebro ocupará tal espacio, que llegue a configurar un organismo totalmente distinto del nuestro, dando lugar a otro ser diferente, un mutante, al que sin embargo se le seguirá llamando hombre, tal vez por inercia o tal vez por ese sentimiento de autosuficiencia que induce a algunas personas a presumir de su modesta extracción social.

¿De qué será capaz el hombre del futuro? Sin manos, pues sus operaciones las realizará por telemando mental; sin aparato locomotor, pues sus desplazamientos serán innecesarios; sin órganos de nutrición, pues se alimentará por ósmosis; sin sexo, ya que tanto la función reproductora como sus placeres anejos podrán obtenerse por otros medios no digo más acordes con la dignidad humana, pero sí más asépticos y menos complicados. ¿A qué se dedicará ese hombre los domingos por la tarde? ¿Y cómo será su sentido del humor? Usted sabe que existe un humor ingenuo, complaciente, trivial, que se ríe del pasado para halagar al presente, que se ríe de los viajes en

diligencia para divertir a quienes viajan en avión. Probablemente entonces ocurrirá lo mismo. No faltará un humorista con fama de erudito que haga chistes sobre los aviones a reacción, extraños aparatos que cubrían el puente aéreo Madrid-Barcelona; se necesitará casi un humorista arqueólogo para hablar del ferrocarril, un medio de transporte antiquísimo que solían usar algunos viajeros subdesarrollados económica o biológicamente, algunos animales terrestres todavía inadaptados al vuelo. Pero espero que entonces haya también otra clase de humor, un humor más clarividente, más adulto, un humor objetivo y deflacionista, apto para rebajar las ínfulas de quienes viajen en naves interplanetarias, homologándolos masivamente con sus padres y abuelos: les dará a conocer su irremediable condición humana, su arraigada tendencia a la vanidad, su irrisoria pasión por lo que siempre se llamó y se seguirá llamando, bastante impropriadamente, el progreso.

¿Es que acaso existe el progreso? Hay quien afirma que cada avance supone un retroceso, que cada conquista significa una decepción, pero dicho así parece más bien la tesis de un fraile predicador exhortando a sus oyentes a abandonar el mundo. Yo me refiero a otra cosa. Y no pienso tampoco en eso que constituiría el reverso inevitable, propio de toda situación nueva; no pienso en las inundaciones causadas por los bomberos al apagar un incendio, ni en el aburrimiento de la convivencia matrimonial soñada para resarcirnos del aburrimiento de la soledad célibe, ni en las enfermedades que origina una terapéutica destinada a vencer otras enfermedades. Pienso simplemente que después de todos los males que ha eliminado el progreso, nuestra vulnerabilidad ante el mal sigue siendo la misma, y que después de todos los descubrimientos científicos que ha traído el progreso, nuestra estupidez no ha disminuído un ápice. Paul Tabori escribió un grueso volumen titulado «Historia de la estupidez humana». En él expresaba el temor de que tanta insensatez acabe algún día con la humanidad; sin embargo, encaraba el desenlace con optimismo: acabando con la especie humana, la estupidez acabaría también con la estupidez misma, un resultado altamente deseable que la ciencia nunca pudo conseguir. Demasiado optimismo. En los próximos milenios ocurrirá como ha venido ocurriendo hasta hoy. Porque sólo crece la masa encefálica del cerebro, sólo aumenta el número de eufemismos para nombrar nuestros viejos males y la sofisticación de los argumentos

para negar nuestra incurable estupidez. El hombre sigue siendo un ser que piensa.

¿Es cierto que, a medida que la humanidad se perfecciona, el individuo se degrada? Juegos de palabras, una monótona operación de suma y resta. Digamos que el progreso consiste en añadir cada siglo una nueva planta a la torre de Babel. O en agregar un nuevo vagón al tren, hasta obtener el tren perfecto, es decir, el viaje instantáneo. La locomotora de ese tren estará en el lugar de destino y el último vagón en el punto de partida, con lo cual se habrá conseguido que los viajeros lleguen instantáneamente a Barcelona en el momento mismo de subir al vagón de cola en Madrid; lo único que deberán hacer luego es ir con sus maletas hasta el primer vagón por el interior del tren. Nicanor Parra hablaba del trayecto Santiago-Puerto Montt, pero es igual.

Usted recuerda sin duda aquella famosa serie de dibujos que publicó Mingote, cuyos protagonistas eran hombres y mujeres pertenecientes al Paleolítico. No se trataba de ilustraciones para un texto de prehistoria, sino de comentarios gráficos a nuestra historia más actual, simples y escuetas notas de sociedad. Mañana sucederá otro tanto. Los humoristas de la época galáctica utilizarán monigotes comunistas y democristianos para denunciar la estupidez de su tiempo.

Pero volvamos a nuestros modestos orígenes. Hablábamos del mono, animal arborícola del cual se ha dicho que habita sobre todo en los árboles genealógicos. ¿Hay que remontarse mucho para llegar hasta él? Estoy preocupado. No quiero ocultarle que últimamente están proliferando algunas doctrinas muy extrañas. Hay quien sostiene que gran parte de la humanidad debe su origen a una alianza inconfesable: se dice que un hijo de Adán tuvo relaciones con una mona antropoide. ¿Por qué motivo cometió tal aberración? La pregunta no es baladí; tiene, a mi juicio, una trascendencia inmensa. En efecto, si fue propiamente un pecado de bestialidad, sus descendientes sólo poseerían un cincuenta por ciento de alma humana; si se debió a una razón noble, para evitar el pecado de incesto, esos hombres conservarían un cincuenta por ciento de inocencia. ¿Qué pensar de todo ello? Sé que es sólo un rumor, pero no deja de ser un rumor inquietante. Acerca de la raza negra, tal vez conozca usted la teoría que recientemente han difundido las universidades de Pretoria y Johannesburgo; según ella, los negros fueron directamente creados por Dios, junto con los otros animales, para que ya en el paraíso sirvie-

ran a los blancos como chóferes y cocineras. El argumento no carece de cierta fuerza persuasiva: si Dios hubiera querido que los negros fuesen libres, los habría creado blancos.

Y luego está el asunto del diluvio... ¿De verdad todos los hombres actuales proceden de Noé, el único justo, el único que se salvó? No se descarta que algunos desciendan, por una evolución más rápida, de aquellos animales que fueron metidos en el Arca para asegurar la supervivencia de las especies. No olvide que el mono de Kafka sólo tardó cinco años en asimilar la cultura de un europeo medio. Sin embargo, considero más probable que algunos contemporáneos de Noé, pecadores y por tanto destinados a perecer en el diluvio, consiguieron entrar en el Arca como polizones disfrazados de animales. ¿Osaremos afirmar que los descendientes de esos polizones son los heresiarcas, los profanadores de tumbas, los culpables de soberbia satánica, los marcionitas, los falsificadores de bulas pontificias, en una palabra, todos cuantos se distinguen por alguna perversión fuera de lo común? Hay otra cuestión que nos afecta más inmediatamente a todos. ¿Qué sucedería hoy si Dios, a la vista de este mundo empecatado, decidiera enviar un segundo diluvio sobre la Tierra? No hablo de aquellas personas que por su profesión pudieran verse en condiciones privilegiadas, tales como los astronautas o los submarinistas; hablo de toda esa gente que más o menos conoce la biblia y conoce las obras de Darwin, y que ha sacado sus consecuencias. Dígame, ¿qué sucedería? De un cuervo se cuenta que estaba en el tejado devorando un gran trozo de carne; pasó por allí un zorro, olió, miró hacia arriba y exclamó: «¡Oh cuervo sin par! Tu plumaje es el más brillante de todos, pero sin duda tu voz no es menos hermosa. ¡Canta, que yo te oiga!» Cuando acabó de tragar, el cuervo se limitó a responder: «He leído a La Fontaine».

Creo, mi estimado señor, que la frontera entre hombres y animales no está clara; es imperceptible, quizá sea incluso móvil o permeable. ¿Está usted seguro de que todos los seres humanos son racionales? ¿Está seguro de que todos los animales carecen de razón? Pero prefiero no pensar en casos individuales. Me refiero a la especie humana en general, que es una de las novecientas veinte mil que pueblan hoy el planeta. El hombre es un animal que después de tropezar dos veces en la misma piedra, se vuelve y le da una patada. Imagine la impresión tan tremenda que esto debe de causar en los demás animales. ¿Compasión?, ¿escándalo?, ¿risa? Se dice que el

hombre es el único animal que ríe. ¿La hiena también? La hiena duerme a la intemperie, come carroña y copula una vez al año, ¿de qué se ríe, pues? Lo que pasa es que su aullido se asemeja a la risa del hombre. El hombre ha dictaminado cómo hay que reírse, y todos aquellos seres que no aceptan este patrón quedan automáticamente excluidos de la capacidad de reír. Pero sucede que el asno, al ver tropezar por segunda vez al hombre, ríe sordamente. Y el buho, acostumbrado a ver en la oscuridad, lee entre líneas. Y los gatos y ratones no juegan al ratón y al gato, sino a policías y ladrones.

El hombre se ha dedicado a estudiar concienzudamente el comportamiento animal. Ha observado cómo un ciervo, cuando avista de lejos alguna fiera, lanza un grito que permite huir inmediatamente a todos los miembros de la manada. Después el hombre explica lo ocurrido: no es que ese ciervo haya dado una voz de alarma para salvar al grupo, sino que ha sido una reacción suya instintiva, involuntaria, una mera reacción de espanto ante el peligro. ¿De veras es así? Aparentemente al menos, el científico actual se está haciendo más comprensivo; admite que puede darse cierta comunicación intencionada entre los animales, no sólo entre congéneres, sino también entre individuos pertenecientes a especies muy diversas, por ejemplo entre una ballena y un pez piloto. Existe ya una disciplina llamada zoosemiótica, consagrada a estudiar el lenguaje animal, ese código de señales que ellos utilizan para llamar a su pareja, para congregarse a sus hijos o para avisar dónde hay alimento. Sin embargo, hasta los científicos más cautos y avisados siguen negando al animal la facultad de hablar y de reír; se trata, dicen, de dos funciones reservadas al hombre, de dos atributos privativos de la especie humana. Yo me pregunto: ¿qué significa la voz de reclamo con que tantos animales atraen a sus presas? Me parece que eso es más que hablar, eso es mentir, lo cual constituye la forma más evolucionada del lenguaje. ¿Y cómo no va a reírse —entre dientes— el que engaña del que es engañado?

Imaginemos una banda de hombres prehistóricos atravesando un bosque. De pronto, se oye un ruido de ramas y quedan sobrecogidos de terror: alguna fiera va a abalanzarse sobre ellos de un momento a otro. Transcurren quince segundos interminables. Hasta que divisan un mono en lo alto de un árbol. El mono salta y se pierde de vista. En ese instante ocurre algo trascendental en la historia del mundo, ocurre lo

nunca visto ni oído: aquellos hombres estallan en carcajadas. Era la primera manifestación del *animal risibile*. Así empezó la risa. Por la noche recuerdan lo sucedido, lo cuentan con todo lujo de detalles, quizá exagerando un poco, y el relato provoca de nuevo la risa. Así empezó el género cómico.

Más o menos, es la célebre teoría de Konrad Lorenz. A pesar de su gran amor a los animales, este zoólogo vienés no puede evitar pensar como un hombre, es decir, con prejuicios. ¿En qué se basa para decir que entonces empezó la risa?, ¿con qué derecho descarta cualquier otra hipótesis? No es imposible que el mono haya reído antes. No es imposible que aquel mono hubiese movido las ramas para asustar a los hombres, para reírse de ellos. En cuyo caso su risa no sólo sería anterior, sino también superior, más sutil, más próxima a la ironía. Distaría de la risa de aquellos hombres casi tanto como el humor dista del género cómico. El humor es posterior, ya que exige otra vuelta de tuerca, ya que supone haberse percatado no sólo de nuestra grandeza sino también de la pequeñez de nuestra grandeza. El humor restablece las verdaderas dimensiones del hombre colocándolo de nuevo dentro de las tablas del reino animal.

Querido Deiró: los humanos somos arrogantes, injustos y propensos al error. Por eso, el Libro de Job recomienda encarecidamente: «Pregunta a las bestias y te instruirán, a las aves y te informarán, a los reptiles y te darán lecciones». Sería necesaria una conversión, sería preciso sustituir cuanto antes la mentalidad de dominio por la de fraternidad. Hay una frase en el salmo 35 sobre la que he reflexionado largamente; dice que Yahvé «salvará a los hombres y a las bestias». Es una promesa magnífica, pues así la misericordia de Dios resulta mucho más creíble, más verosímil. Con esta promesa se relaciona estrechamente una exhortación contenida en el salmo 148, donde somos convocados para alabar a Dios «tanto los hijos de los hombres como las fieras y animales domésticos». Es, sobre todo, una exhortación a la solidaridad entre las diversas clases de vertebrados.

Lo ridículo, lo que el humor está llamado a castigar, no es ser animal, sino renegar de la familia. Tampoco hay que excederse hasta el punto de estar uno a todas horas presumiendo de su linaje. Todos somos metazoarios, mamíferos y

primates, y nadie tiene por qué mostrarse especialmente orgulloso de ello; mucho menos, desde luego, sentirse por ello humillado. Lo correcto sería una modestia digna o, si acaso, un discreto entusiasmo.

Usted sabe que el instinto de los animales es siempre certero, aunque restringido, mientras que la inteligencia del hombre es de suyo ilimitada pero expuesta al error. ¿Le parece que hemos salido ganando? Pienso en una paloma mensajera empeñada en aprender geografía: o no llegará nunca a su destino o llegará con mucho retraso y después de mil rodeos. El humor surge, según Freud, a la vista de un gran esfuerzo inútil, siempre que movemos el piano en lugar de mover el taburete.

Considere, señor, que nuestra inteligencia funciona a partir de los sentidos, que todas las ideas y elucubraciones arrancan de eso que perciben los sentidos. Porque no somos espíritus puros. Verdaderamente, nuestros sentidos abarcan un campo muy pequeño; los ojos sólo captan una gama de colores bastante pobre, el oído sólo registra aquellos sonidos que no son ni demasiado agudos ni demasiado graves. Luego viene el trabajo de la inteligencia, que es capaz de añadir al color violeta el ultravioleta y al rojo el infrarrojo, y que, tras haber oído campanas, se pregunta dónde. Nuestros sentidos, repito, son muy limitados. Cinco angostas ventanas, situadas casi al ras del suelo, para otear el mundo; cinco conchillas con las que ir recogiendo el agua del océano. Pero esto es lo de menos. Al fin y al cabo, los sentidos de los animales adolecen de parecida estrechez. Lo grave en nuestro caso no es que sean limitados, es que son falaces. Entre las llamadas ilusiones ópticas goza de gran renombre el fenómeno del espejismo; conviene advertir que dicho fenómeno reviste formas muy variadas y se da con igual frecuencia en la ciudad que en el desierto. En realidad no percibimos lo que vemos, sino lo que esperamos o tememos ver. No vemos con el ojo, sino a través del ojo. Nuestro aparato perceptivo es ya un aparato inter-

pretativo. Pues bien, a estas ilusiones de los sentidos hay que sumar luego las ilusiones propias de la razón, la cual se comporta con la misma o mayor arbitrariedad. Generalmente, nuestros juicios no vienen determinados por los datos que recogemos, sino por el esquema ideológico previo con que examinamos dichos datos. Nuestros juicios dependen de nuestros prejuicios. Ya sé, usted me responderá que el hecho de hablar de tales ilusiones demuestra que han sido detectadas, que su falsedad ha sido advertida y corregida. Pero ¿cómo saber si los instrumentos de rectificación no son también defectuosos? Lo que difiere de un error no es necesariamente verdad, quizá sea otro error distinto. ¿Y cuando esos instrumentos corroboran lo que nosotros ya teníamos por cierto pero hemos querido someter a comprobación? Bien podría tratarse de algo así como una división equivocada que luego viniese a ratificar una prueba del nueve igualmente equivocada.

Desde luego, nada de esto impide que en nuestra vida cotidiana nos vayamos arreglando mejor o peor a base de verdades que, aunque hipotéticas, son útiles, son funcionales. Sin embargo, no debe ignorarse que el valor práctico de una certidumbre no garantiza en absoluto su verdad teórica. ¿Qué hacer? Por fortuna, disponemos de la filosofía. La filosofía va al fondo del problema, preguntándose del modo más radical sobre las posibilidades de la mente humana para aprehender la verdad. ¿Cómo dice? Muchas gracias, señor Deiró. Yo no diría que soy un hombre culto, sino solamente curioso. Hubo un tiempo en que leía desafortadamente, devorando cada año centenares de libros, y los años bisiestos alguno más. Después paré en seco, convencido de que no valía la pena leer, convencido de que un libro de cuatrocientas páginas sólo sirve para hacer doscientas pajaritas de papel. Hoy creo que esa opinión es profundamente injusta, pues con un libro no sólo se pueden hacer pajaritas, sino también barcos, aviones y rinocerontes.

Sucede que las ciencias son múltiples y necesitan lenguajes diversos; por lo cual cada especialidad ha creado su propio código, su propio idioma. La confusión resultante se llama Babel. Lo de menos fue que en un momento dado los constructores de aquella torre empezaran a hablar sumerio, babilonio o egipcio. El verdadero desastre consistió en que cada oficio estableció un lenguaje diferente, y ya no podían entenderse los albañiles con los plomeros, los arquitectos con los ecologistas, los políticos con los maestros de moral, hasta tal punto

que empezaron a discrepar no sólo sobre el objetivo de la construcción de dicha torre, sino incluso sobre si aquello era una torre o era otra cosa. Fue entonces cuando se hizo necesaria la presencia del filósofo.

Entonces, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Ahora también el filósofo aparece en nuestra convulsa sociedad, convoca a los científicos y empieza contándoles una instructiva historia. Cierta santón hindú trajo a la plaza pública un elefante y luego mandó venir a tres hombres con los ojos vendados, para preguntarles qué era lo que había allí. Se acerca el primero de los tres, toca la oreja del animal y dice: «Es una hoja de higuera». El segundo toca una pata y afirma sin vacilar: «Es el tronco de un castaño». Acude el tercero, coge la trompa y la suelta espantado: «Es una serpiente». He aquí un viejo chiste que vendría a confirmar aquel principio que hace rato expuse ante usted: el humor como distanciamiento, como sabiduría inspirada en un contexto siempre más amplio. Se trata de un chiste muy del gusto de los filósofos y de los profesores dedicados a estudios interdisciplinarios.

Créame, también el filósofo caería muy pronto víctima del humor. Su tentación específica es el eclecticismo. Ante una disputa en la cual alguien afirma que las urracas son blancas y otro que son negras, el ecléctico resuelve la situación diciendo que son grises. A fin de no caer en los excesos de la extrema derecha o de la extrema izquierda, él ha abrazado el extremo centro. En su opinión, la verdad es siempre un equilibrio, una maroma de funambulista que divide el error en dos partes iguales. Hay que discernir y luego conciliar; sólo así puede llegarse al conocimiento de la realidad. Está convencido de que abriendo alternativamente uno y otro ojo se obtiene una visión completa. Desprecia al científico, especializado en un único ramo del saber: todo especialista, limitándose cada vez más a su propio tema, cada vez sabe más de menos cosas, hasta que llega a saber todo de nada. El filósofo no incurrirá en semejante disparate. El filósofo ha averiguado que por encima de los conocimientos concretos, y frecuentemente contra ellos, existe un conocimiento superior caracterizado por la abstracción. Cuando se han dejado de lado todos los datos exteriores, de naturaleza siempre impura, la mente empieza a trabajar exclusivamente con sus propios materiales. De este modo, lo que se obtenga será una verdad del todo incontaminada, incorpórea, una verdad intachable. *¿Cogito, ergo sum?* Descartes resultaba aún demasiado grosero. Pienso que

pienso, luego pienso que existo; esto está mejor. El filósofo contempla embelesado cómo las ruedas de su maquinaria mental giran cada vez más deprisa, a un ritmo acelerado que nada perturba. ¿Qué ha sucedido? Las ruedas giran en el vacío, no muelen nada. El filósofo es un especialista en generalidades: cada vez sabe menos de más cosas, hasta que llega a no saber nada de todo. He ahí la síntesis última de los grandes sistemas, el puro caldo de cabeza, lo que queda en el filtro después de colar una sopa de unicornio. Apoteosis de la razón.

Chesterton se indignaba contra aquellos que definen la locura como pérdida de la razón. En realidad, loco no es quien ha perdido la razón, sino quien ha perdido todo menos la razón. Su razón funciona impecablemente, sólo que dentro de una campana neumática. El loco que se considera rey, ¿cómo podría ser convencido de lo contrario? Si lo meten en un manicomio, eso fortalece su creencia: lo han encerrado para impedirle recuperar el trono. ¿No es lógica tal deducción?

No niego que algunos de estos filósofos vuelvan sus ojos de vez en cuando a la realidad exterior con objeto de revisar sus presuntas certezas. Pero ¿qué ocurre? A las ilusiones ópticas se suman las otras, mucho más obstinadas. Lo único que ellos ven es lo que esperaban ver, lo único que hallan es una confirmación de sus ideas. Los principios teóricos distorsionan los datos objetivos a fin de que éstos puedan sancionar la validez de aquéllos. Para transformar en tesis una hipótesis sólo hace falta un hecho empírico, que indefectiblemente será contemplado y analizado desde los presupuestos dictados por dicha hipótesis. Cabría esperar que así como el razonamiento está llamado a detectar las ilusiones de los sentidos, éstos sirvieran para denunciar los extravíos del razonamiento. Pues bien, a menudo sucede todo lo contrario: como ya advirtió Pascal, además de equivocarse cada cual por separado, la razón y los sentidos tienden a engañarse mutuamente. No me negará usted que se trata de una escena hilarante, un excelente montaje del humor para ludibrio y enmienda de filósofos: un diálogo en que los interlocutores, además de mentirosos, fueran sordos.

Pero el verdadero filósofo no tiene enmienda. Es un pensador obstinado, pertinaz, y continuará impertérrito en su trabajo sin desfallecer jamás; cualquier observación que se le haga es sólo una objeción que él está obligado a rebatir. Así como a los verdaderos creyentes la persecución los reafirma en su fe, así también el filósofo halla en la impugnación un

estímulo y un acicate. El filósofo es un hombre inasequible al desaliento. Hay que argüir y redargüir, inferir, colegir, elucubrar. Se trata de una actividad sin fin, porque se trata de un camino sin meta. Demócrito afirma que los griegos son mentirosos; ahora bien, Demócrito es griego; por consiguiente, Demócrito miente; por consiguiente, es falso que los griegos sean mentirosos; por consiguiente, Demócrito no miente; por consiguiente, es cierto que los griegos son mentirosos; por consiguiente, Demócrito miente; por consiguiente... He aquí el famoso silogismo llamado bicornuto. Y yo me pregunto: si pusiéramos en fila todos los silogismos que se han ido elaborando a lo largo de los siglos, ¿no resultaría un único y colosal silogismo bicornuto? Cada capítulo de la Historia de la Filosofía refuta el anterior y es refutado por el siguiente. El silogismo bicornuto es sólo una página de humor en los tratados de lógica, pero la lógica es un tema muy frecuente en las antologías del humor.

Demócrito miente, Demócrito no miente... Nunca jamás se parará el disco, porque se trata de un disco rayado. El filósofo seguirá argumentando ininterrumpidamente, pedaleando sin pausa, ya que en el momento en que dejase de pedalear se caería de la bicicleta, sería fulminado por el resplandor de la evidencia.

Pero el filósofo es sólo un caso extremo, señor Deiró. ¿Qué decir del resto de los humanos?

El hombre piensa y el filósofo es sólo un ser pensante en estado de gravedad. Mejor dicho, es un arquetipo, un paradigma de la humanidad, como en otro sentido lo son también el soldado, el peregrino y el comediante, imágenes estilizadas del hombre, ese ser cuya vida constituye una lucha continua, un azaroso viaje y una farsa casi constante. El filósofo es otro arquetipo del hombre, ese ser cuya vida constituye también, y sobre todo, una incesante máquina de pensar. Dígase, pues, del hombre en general cuanto quedó dicho del filósofo en particular.

El hombre piensa, creyendo así alcanzar la verdad. ¿Qué clase de verdad? Ni siquiera podemos imaginar otra verdad que no sea humana. Esa verdad inimaginable, superior, incondicional, distaría probablemente de la verdad humana casi tanto como del error humano. A menudo nuestra verdad resulta humana en el sentido más exagerado del término, en cuanto verdad subjetiva, en cuanto opuesta a la objetividad de lo real. A menudo la observación de un hecho no pasa de

ser un mero proceso mental, y lo que llamamos relación causal entre dos hechos se reduce frecuentemente a una simple asociación de ideas. Insisto, loco es quien ha perdido todo menos la razón, menos el uso y abuso de razón. «Sólo un loco puede decir la verdad», exclamó el sabio; pero otro, mucho más sabio, respondió: «Sólo un loco puede estar convencido de que posee la verdad».

El hombre piensa, el hombre es una caña que piensa. Curiosa facultad esta del entendimiento humano, cuya misión parece que es no tanto obtener la verdad cuanto simplemente pensar, girar alrededor de la verdad. Lo cual nos revela de paso la utilidad de las palabras humanas: aunque no sirvan para contener la verdad y consiguiéntenos tampoco para comunicarla, sirven al menos para ejercitar los órganos de fonación. ¿Sólo para eso? También para componer sistemas filosóficos. También para hacer más soportable un viaje en ferrocarril. «Ha empezado a llover», «La próxima estación es Calatayud», «El filósofo es un arquetipo del hombre». Muchas veces hablamos sólo para evitar el horror al vacío, que es miedo a la soledad y miedo a la oscuridad. Tal vez hablar sea el único consuelo que nos queda a los humanos ante la imposibilidad de comprender. Sinceramente, dígame, ¿le parece que hablo demasiado? Gracias, es usted muy generoso.

Sin embargo, cabría otro consuelo, y es afirmar que nuestro destino no consiste en hallar la verdad, sino en buscarla. Imagine una vasta biblioteca con un millón de libros y cada libro con mil páginas; en una de esas páginas de uno de esos libros hay una línea donde se contiene la fórmula mágica para alcanzar la felicidad. Exactamente, usted lo ha dicho: después de gastar la vida consultando ansiosamente libros y más libros, cuando está a punto de terminar sus días, el hombre da por fin con la misteriosa fórmula, el hombre se entera de que su felicidad consistía en hacer lo que ha hecho, es decir, en perseguir incansablemente la felicidad. Sustitúyase, en este caso, felicidad por verdad.

El humor es pródigo en consuelos.

La jirafa tiene ideas muy elevadas. Lo concibo como un chiste más bien pedagógico. *La mula come con el rabo.* Son viejos recursos encaminados a conseguir que los escolares discurren. En efecto, la mula no se quita el rabo para comer y la jirafa levanta su cabeza cinco o seis metros sobre el nivel del suelo. Pero el enunciado relativo a la jirafa se presta además a otra lección sumamente útil; sería un pretexto muy

oportuno para instruir en ese momento a los niños sobre algo importantísimo, sobre la incomparable dignidad del ser humano, el cual —nunca deberán olvidarlo— es el único ser en el mundo capaz de tener ideas. El pájaro vuela, el pez nada, el hombre piensa.

La jirafa tiene ideas muy elevadas. Resulta un chiste contra las jirafas. Sin embargo, mucho me temo, señor Deiró, que pueda convertirse en un chiste contra las ideas. ¿Qué clase de elevación poseen realmente nuestras ideas? Al desarrollar su inteligencia, el hombre apenas ha hecho otra cosa que estirar el cuello, alargar las siete vértebras que son comunes a todos los mamíferos. A fuerza de estirar el cuello durante muchos milenios, pudo la jirafa comer el follaje de los árboles y el hombre alimentarse de abstracciones.

El hombre tiene ideas muy elevadas. Sospecho que en algún sitio esta frase es un chiste.

Se diría, pues, que no hay otra salida sino el escepticismo. Es una salida por la tangente, lo sé. Además, ¿qué significa eso que dicen los escépticos, que nadie puede estar seguro de nada? Al menos ellos parecen estar seguros de eso que dicen. Es muy frecuente esta clase de contradicciones. Todos estamos de acuerdo en que resulta imposible ponernos todos de acuerdo. Es enteramente cierto que no existe nada enteramente cierto. Si es verdad que no hay regla sin excepción, también tendrá excepciones esa que afirma no haber regla sin excepción. Si es cierto que todo cambia, también cambiará la certeza de que todo cambia. Etc., etc. ¿Se da cuenta? Parecen juegos de palabras, pero son juegos mortales. El poder de persuasión de la mente no desaparece, se transforma: se ha convertido en poder de disuasión.

El escéptico total está condenado a la contradicción o al silencio. Mejor dicho, si fuera de veras total se salvaría. Lo que ocurre es que se ha quedado a medio camino: le falta todavía negar su propia negación, dudar de su propia convicción. Según Santayana, el escepticismo es la castidad de la mente. Pero este tipo de escéptico no es casto, sólo es monógamo, aunque casado con una mujer frígida.

¿En qué se distingue el hombre del animal? El animal únicamente sabe, el hombre sabe que sabe. Parece ser, no obstante, que esto es sólo una etapa del proceso evolutivo. La plena madurez viene marcada por otro tipo de conocimiento, por una averiguación diferente y opuesta, cuando el hombre, al fin, sabe que no sabe. ¿Le sorprende? Usted mismo lo habrá observado alguna vez: cuanto más sabio es alguien tanto más ignorante se considera, ya que a medida que crecen sus conocimientos aumenta también la comprobación de su ignorancia, la evidencia de lo mucho que le resta por conocer, la amarga evidencia de que es infinitamente más lo que ignora

que lo que sabe. Por eso, la modestia de los sabios constituye un fenómeno tan natural, tan inevitable como la humildad de los santos. He ahí, pues, el ápice de la sabiduría: el hombre sabe que no sabe. Sin embargo, ¿no le parece que también esto supone una afirmación demasiado rotunda, demasiado categórica? Quien es verdaderamente humilde nunca dirá que posee la virtud de la humildad; quien es realmente sabio acabará reconociendo que ignora cuánta es su ignorancia. ¿Es posible romper este círculo de hierro o de humo? Paradójicamente, sólo dentro de la duda cabría alguna certeza donde reposar: puede dudarse de todo excepto de que se duda de que se duda. ¿Será ésta la meta del verdadero escepticismo? Prefiero la solución dada por Ramón: «Se llega al verdadero escepticismo cuando por fin se sabe que escepticismo no se escribe con x».

Hoy nadie se atreve a componer uno de aquellos enormes tratados de metafísica que se componían antiguamente. Ello se debe, en opinión de Jaspers, a que los filósofos han perdido la ingenuidad. Pero, dígame, esos libros que ahora se escriben para demostrar que la metafísica es imposible, ¿qué otra cosa son sino obras de metafísica, si bien dotadas de una ingenuidad de segundo grado? *Se moquer de la philosophie c'est vraiment philosopher*. Hasta el hombre menos ingenuo conserva todavía una ilusión: la de creer que no tiene ninguna. En sus horas altas, el pensador más escéptico todavía cree que es posible un sistema filosófico donde se diera razón y explicación del fracaso de la inteligencia y, por consiguiente, donde este fracaso quedara absorbido dentro del sistema. ¿No sería una manera de superar el fracaso? Sería un remedio demasiado ingenuo contra la ingenuidad. Al fin y al cabo, toda filosofía es filosofía humana, operación humana, explicación de unas palabras mediante otras palabras, mientras el polvo que quitamos de la mesa va a parar a las sillas. Ni siquiera con el pensamiento podemos saltar por encima de nuestra propia sombra, ya que el pensamiento no deja de ser una actividad más que, como todas, se ejerce bajo el sol.

Las jirafas poseen un cuello larguísimo. «¿Por qué es tan largo el cuello de las jirafas?» «Porque tiene que llegar desde el cuerpo hasta la cabeza». Efectivamente, las únicas respuestas del todo acertadas son las tautológicas. Efectivamente, las únicas teorías aceptables son aquellas donde el hombre confiesa más o menos voluntariamente su ignorancia.

Ha sido una respuesta aportada por el humor, desde

luego. Si el sentido del humor es un sexto sentido, a él no le basta con reírse de los otros cinco, de sus fallos y errores. Él se ríe sobre todo de la razón, la cual sólo sabe reírse de los sentidos mientras ella se tiene por infalible y a salvo de todo reproche. El humor demuestra que esta pretendida clarividencia es todavía bastante miope, que esta ironía resulta también irrisoria. Hijo díscolo y aventajado de la razón, se vuelve contra ella, denuncia sus falacias y pone de manifiesto la fragilidad de su poder. El humor consiste en llevar la razón un poco más allá de lo que se considera razonable, justo hasta ese límite de los cien grados en que el agua empieza a hervir y se evapora. Lo cual no significa la destrucción de la inteligencia sino todo lo contrario, su redención, su recuperación en cuerpo glorioso, y a la vez el regreso de esta desorbitada facultad a sus límites naturales, una llamada a la sensatez tanto o más que a la modestia.

Pero desde hace rato usted está deseando hacerme una pregunta: por qué me interesa tanto el tema del humor. Créame, señor Deiró, no es eso. El humor en sí mismo no me atrae más que la aeronáutica o cualquier otra aventura del espíritu. Me ocurre con este tema igual que con el tema de la poesía. Lo que me interesa no son precisamente los dactilos, hemistiquios y sinalefas, sino aquello sobre lo cual versa la poesía y acerca de lo cual sólo la poesía sabe hablar profunda y certeramente, el crepúsculo, los laberintos del amor o la amenaza de la muerte. Lo que me interesa no es la mecánica del humor, sino el ser humano y su extraña naturaleza, motivo irremediable y constante de humor.

Se ha dicho que la verdadera filosofía, lejos de ser una materia más del conocimiento, es un modo de conocimiento sobre cualquier materia. Se hace filosofía cuando se hace historia filosóficamente, cuando se estudia economía filosóficamente, cuando se investiga en el lenguaje filosóficamente. ¿Cabe decir lo mismo del humor? Es indudable que todas las disciplinas se solapan y se implican mutuamente. También la filosofía puede ser considerada desde un punto de vista histórico, económico o lingüístico. Se trataría de distintos enfoques de la misma realidad. ¿Cabe decir otro tanto del humor? Hay una diferencia fundamental, y es que todos esos enfoques dependen de una postura previa, responden a la actitud que haya tomado de antemano el observador. Son enfoques deliberados o al menos dictados inconscientemente por una formación o deformación profesional. El humor, en cambio,

vendría a ser un resultado. Un resultado a la vez inmediato y global, inevitable y evasivo, jubiloso y melancólico.

Me interesa, por consiguiente, el humor como resultado del discurso, no como objeto del mismo. Pues no se trata de explicar el humor, es él quien explica todo lo demás. Tal vez usted me responderá que esta interpretación humorística no pasa de ser una de tantas, lo mismo que cualquier otra, y en cierto sentido así es, no lo niego. Frente a la misma extensión de terreno, un agricultor, un pintor y un urbanista ven tres cosas diferentes. El humorista no ve una cuarta cosa, sino a tres hombres que están contemplando lo mismo y sufren distintas ilusiones ópticas. Por supuesto que también cabe concebir el humor como otro punto de vista cualquiera, quizá de perspectiva más amplia, el punto de vista de alguien que sobrevuela el terreno en helicóptero y que luego se reunirá con los otros tres hombres en un restaurante próximo para compartir una fuente de tallarines. Sin embargo, aun en este caso cabría después la contemplación irónica de esos cuatro comensales a cargo del humor, de un humor *semper maior*, haciendo humor sobre el humor, de la misma manera que una conciencia englobante analiza la conciencia englobada. Recuerdo ahora aquella célebre propuesta de cierto filólogo francés del siglo pasado, que sugería la conveniencia de emplear un signo de puntuación especial siempre que se escribiera irónicamente. Ya comprende usted que desde ese momento la ironía consistiría en usar dicho signo de manera irónica, en usarlo cuando las palabras tuvieran un sentido recto o cada vez que al escritor le acometiera la tos.

Detrás de todo estará siempre el humor, reductor e irreductible, porque humor equivale a sentido de la relatividad. Lo que sí conviene saber es que nadie puede libremente elegir el humor como clave de interpretación del mundo: o se ignora o se impone de manera imperiosa, al margen de nuestra voluntad.

Repito, no me interesa el humor en sí mismo, el humor como tema, sino aquello que puede ser tema de humor. ¿Qué es? Todo. Fíjese cómo al hilo de la conversación se han ido empalmando unas cuestiones con otras, por simple asociación de ideas, igual que las fichas de dominó; una llama a la otra. Pues bien, las fichas dobles representarían el momento del humor: el humor es nada más un cierto énfasis, una cierta insistencia. (El humor es la gravedad extremada de Buster Keaton que intuimos bajo la gravedad de cualquier rostro. El

humor es repetir dos veces seguidas esa enternecedora definición del hombre como *homo sapiens*.) En dominó existe la blanca doble, el cuatro doble, el cinco doble, etc. Todos los números tienen su doble. Todos los temas humanos acaban siendo inevitablemente humorísticos. Basta orientar el foco sobre cualquier aspecto de nuestra vida para que resulte asombroso. Basta detener la moviola en cualquier imagen de la cinta; el humor es una foto fija. Basta aislar una frase cualquiera y ponerla entre signos de exclamación. Sucede igual que en una representación de teatro clásico: de repente nos sentimos estupefactos al darnos cuenta de que la gente está hablando en verso. La vida humana se revela como parodia de sí misma en cuanto la miramos con un *minimum* de atención.

A veces se dan escenas de una cierta intensidad que nos sirven para entender mejor otras escenas afines, menos intensas o más habituales. Por ejemplo: un invitado en casa ajena pregunta por el cuarto de baño; va hacia donde le han dicho, pero se confunde y abre la puerta de un armario; en ese momento oye unos pasos y, temiendo que alguna persona note su equivocación, se mete dentro del armario; tras unos instantes de silencio, cuando cree que la persona ya ha desaparecido, sale y se encuentra a la anfitriona esperándole para conducirlo de nuevo al comedor. Otro ejemplo: «Hija mía, esta tarde iremos a visitar a tía Merceditas; no se te ocurra decirle que está gorda». Esta vez la intensificación no consistirá en que la niña exagere y le diga a su tía que está como una vaca, sino en que obedezca más allá de lo previsible y diga: «Mamá me ha dicho que no te diga que estás gorda».

Ciertamente, hay algunas cosas que parecen más ridículas que otras (las condecoraciones, los celos, las objeciones filosóficas a los principios filosóficos, el fanatismo, las carreras de sacos), pero esto no quiere decir que su ridiculez sea mayor, sino únicamente más explícita. No sólo son ridículos los avaros o los pedantes, lo son también todos los hombres, todas las mujeres y todos los soldados.

Querría ahora, si usted me lo permite, traer a colación un antiguo proverbio judío. Lo citó Milan Kundera en sus palabras de agradecimiento al recibir el Premio Jerusalén 1985. Dice así: *El hombre piensa, Dios ríe*. Yo creo que esta especie de dístico expresa algo más que una simple contraposición, algo más que el contraste obvio entre la felicidad propia del Eterno y las laboriosas cavilaciones del hombre. ¿No le

parece que ahí se insinúa un cierto orden de causa y efecto? Dios ríe porque el hombre piensa, Dios ríe contemplando al hombre que piensa. ¿Y por qué? Porque el hombre piensa y la verdad huye de él a la misma velocidad que el pensamiento; porque cuanto más piensan dos individuos, más discrepan entre sí; porque el hombre no es jamás aquello que piensa ser. El hombre piensa y la risa de Dios retumba en los cielos como un trueno inacabable.

¿De verdad que no le molestan las alusiones religiosas? Me alegro. Se lo preguntaba porque a veces tropieza uno con gente muy susceptible. Entre los ingleses hay dos temas de conversación tabú, la salud y la religión, pero conviene precisar que esta prohibición se refiere exclusivamente a las dolencias y creencias particulares de los contertulios; por el contrario, es lícito y frecuente allí hablar de la otitis en general y del cristianismo en general. Otra regla de buena educación vendría a confirmar lo que acabo de decirle: los criados hablan de los señores, los señores hablan de cosas. Omitiremos, pues, toda cuestión personal. Sean cualesquiera sus creencias, querido amigo, a usted le ha encantado eso de que el hombre piensa y Dios ríe. Admitido lo cual, al menos como figura literaria, convendrá usted conmigo en que Dios debe (de) reírse mucho más cuando los hombres se dedican a pensar precisamente en Él, cuando hacen de Él objeto de sus elucubraciones.

Parece inevitable que de una mente humana surja un concepto de Dios más o menos antropomórfico. Por eso, a toda teología se le podría hacer en cierto modo el reproche que se hizo a la teología jansenista: aplicar la lógica humana a las cosas divinas. Si un tren tarda siete horas y media en ir de Madrid a Barcelona, ¿cuánto tiempo tardarán dos trenes en hacer el mismo recorrido? Muchos teólogos incurren en el error de aplicar indebidamente la regla de tres.

A la hora de componer una imagen de Dios, el hombre se apresura a atribuirle las mejores cualidades que están a su alcance, tales como bondad, poder, justicia. En cambio, nunca dirá de Él que tiene cuernos, ni rabo, ni pezuñas, ni siquiera cuerpo, ya que estas cosas arguyen imperfección. Lo que sí debe tener Dios, ante todo y sobre todo, es inteligencia. ¿Por qué? Porque la inteligencia constituye la facultad más impor-

tante, la más excelsa, para un ser que a sí mismo se tiene por inteligente. El hombre piensa, Dios piensa. Claro está que la inteligencia divina dista mucho de la humana, reconoce el hombre en un arrebató de humildad: es una inteligencia infinita. Y esto, ¿qué quiere decir? Mucho me temo que se entienda algo así como una inteligencia humana elevada al infinito. Dicho de otra manera, una jirafa imaginaria necesariamente a Dios provisto de un largo cuello, pero no como el suyo, ¡oh, no!, sino de una longitud incommensurable.

La afirmación de que Dios posee una inteligencia infinita resulta admisible sólo si ponemos más énfasis en el adjetivo que en el sustantivo. Porque se trata de una palabra negativa, excluyente, una palabra que descarta cualquier restricción o limitación. No obstante, incluso esa palabra y otras similares, como insondable, inmortal, incomprensible, guardan siempre un resto de miseria, una pobre referencia muy difícil de eludir. Cuando se dice de Dios que es inmenso queremos decir que no puede ser medido, pero casi inevitablemente pensamos en nuestros instrumentos de medición, los que solemos usar para medir fincas, territorios o, a lo sumo, distancias intergalácticas. ¿Acaso no es también infinito el universo? Así pensaba Giordano Bruno, que lo definió como «el efecto infinito de una causa infinita». De ese modo, aplicando el mismo adjetivo al mundo y a su Creador, reducía lamentablemente su significación. Lo mismo sucede con todos los adjetivos, que siempre resultan humanos, demasiado humanos. ¿Qué significa que Dios es inefable? Más que decir algo sobre Dios, expresa nuestra impotencia para hablar de Él. Aquí también se cumple aquel viejo axioma: *Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*. Los conceptos, igual que los líquidos, reciben la forma del recipiente donde se alojan.

En definitiva, toda teología dice más acerca del hombre que acerca de Dios. Cuando los japoneses atribuyen al Sol naturaleza femenina, tal declaración no nos dice nada sobre el Sol, pero sí bastante sobre la cultura japonesa. Se trata de un procedimiento habitual: pedimos a las personas su opinión más para saber algo de ellas mismas que para saber del asunto sobre el que van a opinar. Todos los años voy por lo menos una vez a contemplar despacio las Meninas. Ya el tema mismo del cuadro constituye una ironía genial. Teóricamente, Velázquez se ha propuesto hacer un retrato de Felipe IV y de su esposa; de hecho acaba pintando un grupo cortesano dentro del cual se incluye a sí mismo en actitud de pintar.

Eso es exactamente lo que yo quería decir: en un libro de teología percibimos mucho más al teólogo que a Dios y al teólogo en su contexto, con su indumentaria de época, con los esquemas culturales de su tiempo y dentro del ambiente eclesiástico palaciego del cual él normalmente forma parte. Al fondo, reflejada en el espejo, vemos a la pareja real; es una imagen borrosa, casi desvanecida, en contraste con las sólidas figuras que aparecen en primer plano. Efectivamente, ya lo dijo San Pablo, vemos a Dios «como en un espejo».

Las cosas se agravan porque muchos teólogos suelen interesarse más por la teología que por la fe propiamente dicha, lo mismo que ocurre con los políticos, los cuales se ocupan de política más que del país propiamente dicho. Se han escrito miles y miles de obras teológicas, pero gran número de ellas no sobre Dios, sino sobre teología. No saben a café, saben a cafetera. Tomistas que comentan a santo Tomás, epígonos que comentan a los comentaristas, comentarios del P. Rodríguez a las glosas del P. Martínez sobre un texto siríaco recuperado por el P. Fernández. ¿Y qué ocurre? Le diré lo que ocurre. El simple fiel acude a los doctores de la Santa Madre Iglesia lamentándose de que no ve bien. Ellos le colocan unos lentes correctores. «¿No es cierto que ahora ve mucho mejor? Díganos qué ve». «Veo unos cristales».

Sin duda es bueno y necesario que la reflexión sobre la fe se articule en un cuerpo de doctrina, pero los excesos son temibles. Existe una arraigada manía de sistematizarlo todo, de dividir y subdividir, puntualizar y clasificar, la extraña manía de complicar las cosas. Chesterton cita el caso de alguien que tomó en sus manos un tratado de teología y empezó, con gran interés, por el capítulo titulado «De la simplicidad de Dios»; al poco rato abandonó la lectura y exclamó: «Si así es la simplicidad de Dios, ¿cómo será su complejidad?». Ya sé que existen predicadores capaces de conmover profundamente a sus oyentes empleando un lenguaje ininteligible, pero en tales casos la conmoción producida en las almas suele deberse a la potente, estentórea voz del orador.

Mala cosa es que los legos se metan a teólogos. Ambroise Paré, cirujano francés del siglo XVI y especialista en obstetricia, entreveraba sus saberes médicos con cierta afición a la teología. Para explicar por qué nacen hijos monstruosos enumeraba ocho posibles causas: 1) la gloria de Dios; 2) la ira de Dios; 3) una cantidad insuficiente de semen; 4) una cantidad excesiva de semen; 5) la imaginación; 6) la postura inconve-

niente de la madre al sentarse en la iglesia; 7) las artimañas de una comadrona maligna; y 8) la acción pérfida de los demonios. Mala cosa es, repito, que un lego se ponga a escribir teología. Pero Dios nos libre de los teólogos que padecen deformación profesional. Son los asesores del Altísimo. Una vez por semana se sientan a su mesa; luego descienden a este sucio mundo y se dignan revelarnos algunas de las interioridades divinas, clasificándolas en ocho o más apartados.

Por supuesto, no todos los teólogos son iguales. Aparte de aquellos que podríamos llamar sensatos, autores de una obra digna y austera, los hay que por ser muy dóciles al Magisterio se creen santos. Otros hay que por ser muy críticos se creen muy inteligentes; su talento se hace del todo evidente cuando sufren una amonestación de Roma. Se cuenta que un rabino, después de leer en el Talmud: «Yahvé guarda del peligro al ignorante», salió a pasear, preguntándose obsesivamente si él sería ignorante o inteligente; distraído con tales cavilaciones, tropezó, cayó a una zanja y se rompió una pierna; entonces dedujo, radiante de júbilo: ¡Soy inteligente!

A fin de evitar cualquier antropomorfismo en sus elucubraciones sobre Dios, miseria característica de la mente humana, algunos teólogos han recurrido a conceptos tales como el Absoluto, la Primera Causa, el Ser Subsistente, etc. ¿Es que estos conceptos, por muy sutiles y alquitarados que los imaginemos, dejan de ser humanos?, ¿no son tan humanos como todos los demás? El hombre piensa, el teólogo piensa. Depurando más y más la noción de Dios ocurre lo mismo que, según Bertrand Russell, ha ocurrido con el concepto actual de materia, reducida casi a mero movimiento sin soporte móvil. Como el gato de Alicia, Dios se vuelve inexistente de puro transparente, hasta que no queda de él sino una sonrisa irónica, provocada quizá por el ridículo de quienes todavía piensan que sigue ahí. Y, en efecto, los más cautos y escarmentados llegaron a una paradójica conclusión: el problema no es cómo hablar de Dios, sino cómo guardar silencio. Eran los teólogos de la «muerte de Dios». Ya han sido olvidados. También ellos eran ingenuos. Al fin y al cabo, Dios trasciende toda negación no menos que toda afirmación; si Él no cabe en ninguna palabra, tampoco cabrá en el vacío dejado por la supresión de una palabra. Ya pasó la moda. Vuelve la teología locuaz. Recuerdo que hace algún tiempo fue retirada la estatua de Montaigne que había en la plaza de la Sorbona, frente a la Universidad. Sobre el pedestal vacío apareció este cartel:

J'ai honte, je m'en vais (Me da vergüenza, me voy). Pero a las pocas semanas la estatua volvió a su sitio. Se la habían llevado sólo para repararla.

Lo propio de la teología convencional, tal como ha existido tradicionalmente, es hablar bastante, es dar un repertorio de respuestas lo más completo posible. Ahora bien, resulta que la fe, lejos de ser una teoría, es más bien un cuestionamiento de todas las teorías en las cuales el hombre tiende a refugiarse y encontrar seguridad. Más que una respuesta satisfactoria, vendría a ser una interpelación que no cesa, una pregunta inquietante detrás de todas las respuestas, incluidas las religiosas. Piense en el famoso diálogo que mantuvo Job con los teólogos de Ur. Éstos le habían dado una minuciosa explicación de los problemas espirituales por él planteados. Sin embargo, en vez de sentirse satisfecho con su respuesta, Job replicó con una nueva pregunta más radical, a la cual ya no supieron qué contestar. Y es que las respuestas teológicas sólo pueden ser, a lo sumo, respuestas penúltimas. Ya sabe usted: cuando un dedo señala la Luna, los imbéciles se quedan mirando el dedo. Las respuestas correctas son solamente el dedo que señala la buena dirección, orientando a los hombres hacia el misterio, hacia lo inexplicable. La pregunta tendrá siempre la última palabra.

¿Le sorprenderá, amigo Deiró, si le digo que la fe tiene mucho que ver con el humor? Kierkegaard, que distinguía en la vida del espíritu tres estadios, el estético, el ético y el religioso, afirmó que sólo se puede pasar del segundo al tercero por medio del humor. Humor y fe acaban revelándose, en términos generales, como grandes aliados. Pero de ello quizá le hable extensamente en otro momento, si tiene usted paciencia hasta entonces. Por ahora sólo quiero recordarle aquel procedimiento clásico del humor al que antes me referí, aquella íntima relación entre ironía y pregunta. Ya sabe cómo terminó el caso de Job. Fue Yahvé mismo quien cerró el proceso con un admirable discurso lleno de preguntas. La criatura es sometida a interrogatorio por su Creador acerca de los temas más dispares: cuánto mide la piedra angular del universo, a dónde van a parar las tinieblas cuando llega el día, por qué sopla el viento del Este, quién ató los lazos de Orión y cuánto dura la gestación de las ciervas. Al hombre le corresponde confesar su ignorancia y ejercitar la fe, creer lo que no ve, caminar en la oscuridad. El hombre busca respuestas y halla preguntas. En vez de resolver su problema,

Dios le invita a subir hasta un nivel donde el problema se convertirá felizmente en misterio.

El humor se hace eco de esa ironía divina formulando las preguntas que ningún escolástico podrá responder sin recurrir a argumentos demasiado irrisorios o a sofismas demasiado evidentes. En este sentido, el humor ayuda a mantener la fe en su esencia más genuina. Quienes prefieren vivir tranquilos en un mundo de respuestas, de fórmulas infalibles y recetas muy precisas, quienes están del todo satisfechos con las ideas establecidas, difícilmente toleran el humor; lo declaran subversivo. Y tienen toda la razón. El humor constituye una agresión no prevista contra la autoridad de los maestros, los cuales pretenden siempre un acatamiento silencioso, esos maestros que tan concienzudamente se han dedicado a tapar con papel impreso los enormes agujeros que hay en las paredes del mundo. El humor es subversivo porque hace preguntas impertinentes, porque señala los agujeros, porque muestra lo absurdo detrás de lo que parece razonable, lo ridículo detrás de lo más solemne, lo incierto detrás de lo más indiscutible. El humor resulta incómodo porque pone en entredicho cualquier respuesta que nosotros tendemos a considerar definitiva, es decir, definitivamente tranquilizadora.

Resulta incómodo, pero saludable. En materia de religión el humor viene a demostrar a los creyentes cuán frágil es, cuán inconsistente, no sólo la base de su montaje racional, sino también la techumbre de ese edificio donde ellos buscan vanamente protegerse contra el formidable estruendo de la risa de Dios. El hombre piensa, Dios ríe.

8

El humor derrama el tintero sobre un texto de apologética. Levanta con una mano el manto de San Nicolás y pone al descubierto los palitroques. Luego empalma dos citas pontificias atándolas por el rabo. A continuación da una pincelada de rojo al paño del catafalco. El humor trabuca las palabras del señor obispo en su discurso de presentación y le obliga a decir: «No he venido a servir, sino a ser servido». ¿Revela así las verdaderas intenciones del obispo? El humor siempre dice la verdad; aunque ese obispo fuera un santo, era también capaz de equivocarse, y su equivocación demostró nada más y nada menos que era un hombre como cualquier otro.

El más alto dignatario de la Iglesia no deja de ser hombre, sujeto a todas las debilidades y limitaciones humanas. Entre su humanidad y su papel de representante de la divinidad puede que no haya ninguna contradicción, pero al menos hay espacio suficiente para el humor.

Richter definía el humor como «lo sublime al revés». El revés de lo sublime es lo humano común, y el humor no hace sino mostrarnos lo sublime por el forro, el tapiz por la otra cara, *El primado de San Pedro* vuelto hacia la pared y ostentando un aviso escrito con rotulador: «¡Ojo!, frágil». Todos los seres humanos resultan vulnerables al humor, pero los eclesiásticos un poco más, puesto que en ellos es mayor la distancia entre lo sublime y lo cotidiano, entre lo que representan y lo que son. Tienen que fustigar los pecados y a la vez tienen que reconocerse pecadores. Están obligados a coger peces sin que se les moje la capamagna. El humor se limita a poner de manifiesto algo muy evidente: aunque el hombre se vista de seda, por cardenalicia que sea, hombre se queda.

Debo decirle, señor Deiró, que tengo un primo hermano que es obispo. No me envanezco de ello; mucha gente hay que tiene también algún pariente que es ciclista, cantautor o con-

cejal. Pero se lo digo para que vea cómo, gracias a este parentesco, he podido conocer de cerca a un tipo de personas que ordinariamente sólo son conocidas de lejos. Le voy a contar una anécdota muy ilustrativa. En cierta parroquia rural necesitaban un cristo para el altar mayor. Mejor que comprar una imagen de serie, prefirieron encomendar el trabajo a algún tallista de la ciudad, ya que uno de los feligreses había regalado para ello un magnífico tronco de ciruelo. Cuando trajeron el cristo al pueblo, fue entronizado solemnemente. Todos los fieles de la parroquia pasaron a adorarlo. Todos menos el donante. «Y tú ¿por qué no?» «Porque yo lo conocí ciruelo». Créame, yo siempre he sentido un gran respeto hacia mi pariente, a pesar de haberle conocido mozueto. Sin embargo, este respeto tampoco me ha hecho olvidar la madera común con que él y todos los obispos están fabricados. Son hombres, y también pecadores, quizá más menesterosos que nadie y más indefensos ante Dios. Por cierto, ¿usted se ha dado cuenta de que todos los Papas mueren sin recibir la bendición papal?

Los norteamericanos están muy orgullosos de su democracia y se precian de que en su país existen las mismas oportunidades para todos los ciudadanos: cualquiera puede llegar allí a ser incluso presidente del Gobierno; sin duda así es, y la mejor prueba de ello la tienen en su presidente actual. Pues bien, yo estoy pensando ahora en un Cónclave de cardenales reunido para elegir Papa. El Cónclave es un congreso de electores donde se supone que, además de una irreproachable democracia, hay un gran espíritu de fe. Los cardenales se han propuesto proceder en todo de acuerdo con los designios de Dios. Así se hace, y cuando las votaciones han designado por mayoría absoluta a uno de los candidatos, el cardenal camarlengo se levanta, pronuncia emocionado su nombre y añade a continuación estas palabras de san Pablo: «Dios ha escogido lo necio para humillar a los sabios». ¿De veras le parece una frase inoportuna? Todo lo contrario. Si los electores hubieran procedido de otra manera, si se hubieran esmerado en elegir al candidato de más talento, al de mejores cualidades, habrían demostrado ser hombres mundanos y de poca fe; peor aún, habrían caído en la misma contradicción de quienes estamparon en los billetes de dólar esta absurda divisa: *In God we trust* (Nosotros confiamos en Dios).

Pero estábamos hablando de otra cosa, estábamos hablando del humor. En tiempos de la dictadura, un humorista

español declaró en una entrevista que había dos instituciones de las cuales él nunca jamás se reiría: de la Iglesia, porque era católico, y del gobierno, porque era inteligente. En cuanto a esto último, me parece un motivo muy plausible, así como me hubiera parecido muy mal que la razón aducida, en lugar de su inteligencia, fuera su adhesión al régimen. De ahí que por eso mismo desaprobe el motivo que le llevaba a considerar intocable a la Iglesia. Justamente por ser católico, él podía y debía haberse reído de la Iglesia. ¿No es acaso el humor una modalidad de la *parresía*, «libertad de palabra» que compete a todos los cristianos? «La religión de un hombre —decía Bruce Marshall— no empieza a ser sincera hasta que es capaz de hacer chistes con ella». Ahí está la piedra de toque, ahí radica precisamente la diferencia. He observado que sobre Inglaterra hacen humor los ingleses constantemente, pero los anglófilos jamás. Le voy a contar un episodio de la vida de Cristo que tal vez usted no conozca. En cierta ocasión estaba con sus apóstoles jugando a la baraja. San Pedro sacó los cuatro ases, dando por terminada la partida; pero a continuación Jesús mostró cinco ases. «Como milagro está muy bien —comentó san Pedro—, pero como juego es pura chapuza». Lo cuenta el apóstol san Bartolomé, que presencié la escena. ¿Me comprende? Quiero decir que san Bartolomé era un cristiano, no un mero admirador del cristianismo.

Existe una larga lista de santos patronos. Patrón de los fruteros, santa Cerecita del Niño Jesús; de los chóferes, san Frenando; de los químicos, san Frasquito de Sales; de los atletas, san Gimnasio de Loyola; de los confiteros, santa Rosca de Lima; etc. Como ve, la letanía se hace más bien melancólica; nada tiene que ver con el humor. El humor no empieza hasta que no versa precisamente sobre aquellos severos censores que han puesto ahí el techo del humor católico. ¿Quiere otro ejemplo? La capa de ceremonia de los cardenales, que media ocho metros, era un motivo vulgar de humor; pero resultó un motivo mucho más excitante aquel decreto de Pío XII, dictado indudablemente para estimular la humildad de los cardenales, según el cual dicha capa quedaría en lo sucesivo recortada en cuarenta centímetros. La gente suele reírse con la clasificación que los curas mismos hacen del estamento clerical: parroquidermos, sotanosaurios, diaconodrilos, vicariópteros, canongiaros, pulpitudontes, mitrápodos y obispo-póamos; pero la gente no sabe que existe otra clasificación no menos humorística: cardenales, patriarcas, prelados domés-

ticos y no domésticos, deanes, arcedianos, magistrales, doctores, chantres y caudatarios.

Ordinariamente las incongruencias no suelen ser graves, sólo son regocijantes. Piense usted que santa Filomena fue eliminada del santoral porque consta que nunca existió; no obstante, consta asimismo que a san Juan María Vianney, cura de Ars, se le aparecía con frecuencia una santa llamada Filomena. Bien mirado, no creo que sea ninguna incongruencia el hecho de que san José, a pesar de ser un gran devoto de la Virgen, jamás rezase el rosario, pero sí encuentro bastante extraño el que muchos sacerdotes, panegiristas del celibato como estado muy superior al estado matrimonial y a la vez hijos amantísimos que para sus padres sólo desean lo mejor, estén encantados de que éstos no hubieran hecho voto de castidad. En cuanto al voto de pobreza, siempre llamó la atención la existencia de ciertos monasterios en los cuales no podían ingresar las muchachas que no tenían dote suficiente para formular dicho voto. Asimismo, resulta muy sorprendente la actitud de aquellos religiosos que ingresaron en el convento a fin de tener abundante tiempo libre para meditar sobre el vicio de la pereza. Etc., etc. Las incongruencias son muchas. ¿Qué me dice usted de esa curiosa contradicción, hoy bastante frecuente, entre una Iglesia triunfalista y unas estadísticas negativas?, ¿o de esa otra contradicción, no menos llamativa ni menos frecuente, entre una Iglesia angustiada y una interpretación evangélica de tales estadísticas? Por supuesto, el humor religioso estaría tan lejos del optimismo como del pesimismo. El humor nunca inspira actitudes tan extremas. Nunca dirá el humor que la película debe tener necesariamente un final feliz, ni tampoco que el techo del templo va a desplomarse cualquier día sepultando a Sansón con todos los feligreses; dice simplemente que la película es una película y que, cuando se termina, hay que coger el autobús para regresar a casa.

A veces es tachado de irreverente el humor que versa sobre ciertos temas. Los jesuitas acusaron en una ocasión a Pascal de haberse reído de las cosas santas y él contestó: «¿Es eso a lo que llamáis cosas santas? ¿No os dais cuenta de que al escandalizaros por haberme reído de ellas hacéis que me ría también de vosotros?» Realmente no se trataba de cosas santas, sino del contrato Mohatra y otras cosas igualmente insustanciales o ridículas. A decir verdad, siempre podrá respetar mejor lo esencial aquel que sepa distinguirlo de lo se-

cundario, el que sepa distinguir entre lo perenne y lo transitorio, entre lo divino y lo humano y, desde luego, entre lo que es importante y lo que es meramente personal. Para conseguir este minimum de discernimiento hace falta, claro está, un minimum de modestia. «No permitas, Señor, que me preocupe demasiado de mí mismo ni que me conceda una importancia indebida; Dios mío, dame sentido del humor». Así rezaba santo Tomás Moro, demostrando con ello dos cosas: que sabía muy bien cuál era la causa más frecuente de las tribulaciones humanas y que sabía muy bien cuál era el mejor modo de mitigarlas.

Uno de los mayores peligros para cualquiera que tenga responsabilidad en la Iglesia es tomarse a sí mismo demasiado en serio. No digo que sea un pecado, es algo casi peor, un error. Un error y una desgracia, porque eso origina muchos sufrimientos inútiles. Cuando Juan XXIII se sentía abrumado por su gran responsabilidad, le bastaba pensar «¡Pero si yo sólo soy el Papa!» para recobrar inmediatamente la alegría. Insisto, un error y una desgracia. A menudo se ven clérigos abatidos, inquietos o turbados. Y les sería bien fácil obtener, si no la alegría, al menos la paz. ¿Me permite un consejo, señor Deiró? Se trata de un método muy eficaz para sosegar el espíritu. Vaya usted al zoo y pregunte por la sección de hipopótamos. Siéntese donde pueda verlos bien y espere; tal vez tenga que esperar varias horas, pero después comprenderá que valía la pena: cualquier sacrificio resulta pequeño si a cambio conseguimos ver bostezar a un hipopótamo. ¡Qué espectáculo! Nada más admirable y nada más edificante, esa demostración que nos ofrece el hipopótamo de su profunda paz interior, ese tranquilo señorío de quien se sabe en posesión de sí mismo, esa soberana indiferencia suya hacia las cosas mundanas y contingentes por las que nosotros tanto nos afanamos. Los bostezos del hipopótamo no son frecuentes, pero son enormes. Después de asistir a uno de ellos será usted otro hombre distinto, con una gran serenidad de espíritu, con un convencimiento muy hondo de que todas sus impacencias, preocupaciones y angustias eran absolutamente fútiles. Muchas personas que, siguiendo mi consejo, pusieron en práctica este sencillo método me han llamado después para darme las gracias.

Pero volvamos al tema del humor. Parece lógico que la fe en Dios, concretamente en un Dios Padre, debería constituir una fuente inagotable de humor para los creyentes. Me re-

fiero, claro está, a los verdaderos creyentes, ya que los otros, los creyentes puritanos, sólo ceden en seriedad y rigidez ante los ateos puritanos. Hasta Moltmann ha reconocido que debería ejercitarse el humor frente al legalismo conservador o revolucionario de los viejos fariseos y de los nuevos zelotes, que habría que contraponer el gozo de la estética a la pretensión totalitaria de la ética. Mi pregunta es ésta: ¿cabe una teología aliada con el humor, corregida por el humor, inspirada en el humor?

Para hablar de Dios, los teólogos usan un lenguaje que ellos denominan analógico; significa que afirma y niega a la vez. Dios es justo, pero no es justo según nuestro concepto de justicia. Semejante lenguaje podría definirse como se define una red de pesca: una serie de agujeros cosidos con una cuerda. ¿Qué queda dentro después? Parece ser que en cualquier enunciado sobre Dios es mucho más importante y más cierto lo que se niega que lo que se afirma, lo que cae fuera que lo que queda dentro. De ahí que los mejores adjetivos aplicados a Dios sean aquellos que simplemente contienen una negación. De ahí también que sus descripciones más afortunadas sean todas negativas. La frase «Dios no tiene cuernos» resulta más verdadera que la frase «Dios tiene inteligencia». Lo cual explica muy bien en qué consiste la principal tarea de los teólogos: deberán limpiar esmeradamente el cristal de la ventana a fin de que no atribuyamos al paisaje el polvo que se deposita sobre el vidrio. Puesto que a la vez afirma y niega, el lenguaje analógico obliga a entrecomillar mentalmente todos los términos referidos a Dios, sobrentendiendo otro significado distinto bajo cada uno de ellos. ¿Hasta qué punto toleran nuestras palabras este uso traslaticio constante, esta distorsión continua? ¿Son lo bastante elásticas para conservar algo de su sentido original y a la vez decir algo acertado sobre Dios?

El resultado de todo ello tiene mucho que ver con el humor, necesariamente. Este cumple ahí una función semejante a la que desempeña la llamada filosofía lingüística respecto de la filosofía en general: le recuerda su indigencia verbal, no la invalida pero la reduce a palabras. Tampoco el humor destruye nada, sólo des-construye, desmonta, pone al descubierto lo mucho que en teología hay de ingenio mecánico. Es bien conocido el elemento irónico que implica toda paradoja; creo que habría que decir otro tanto del lenguaje analógico. Y tanto la paradoja como la analogía son las formas menos ina-

decuadas de hablar sobre Dios. Ahora bien, el humor que de aquí se deriva podrá ser advertido o no por el teólogo, y consiguientemente se dará en beneficio suyo o, por el contrario, a sus expensas. Eso ya es asunto de cada cual.

Desde siempre los teólogos se han reído de los predicadores, de las reliquias, de las devociones populares, de la apologética elemental. Como los escépticos dogmáticos, se quedaron a medio camino: les falta reírse de sí mismos. Dudan de todo menos de sí mismos. Y si alguna vez se interrogan a fondo sobre sus propias ideas, más de uno comienza a vacilar en la fe. Les ocurre lo mismo que a San Pedro cuando caminaba sobre las aguas del lago y de repente se preguntó: ¿cómo es posible que un cuerpo cuya densidad específica...?; en ese momento empezó a hundirse.

No niego que haya teólogos con sentido del humor. No niego que los haya capaces de desarrollar la significación religiosa del humor y de explicar su alta función higiénica para la salud del espíritu. Pero es menester también que soporten una actividad de signo inverso, que se sometan al tratamiento que el humor puede hacer de sus más caras teorías. En lugar de abarcar teológicamente el humor, que se dejen abarcar por él. Sería ésta una ascética muy adecuada para ellos, así como la ascética del trabajo manual resulta especialmente indicada para los contemplativos. Entonces verían cómo se derrumbaban, con qué maravilloso estrépito, esos ídolos intelectuales de los que ellos, sin darse cuenta, viven dependiendo. Porque el humor posee esencialmente la medida de lo relativo, porque impide confundir a Dios con nuestra idea acerca de Él, porque denuncia los disfraces con que el lenguaje teológico intenta cubrir la desnudez del entendimiento humano frente a Dios. La fórmula del humor sería un 10 por 100 de lucidez para percatarse de ese 90 por 100 de impotencia.

El teólogo piensa, Dios ríe. Desde luego, no le pedimos al teólogo que se prive de pensar. Sólo queremos que esté dispuesto a escuchar esa risa y que luego deje constancia de ella.

En fin, señor Deiró, ¿no le parece que ya es hora de ir a almorzar?

Usted primero. Sí, adelante, creo que el restaurante está dos vagones más allá. En contraste con nuestros escuálidos teólogos, santa Teresa era un prodigio de realismo; a sus monjas, cuando padecían languidez de espíritu, les recomendaba comer más. ¿No queda ninguna mesa libre? Vea cómo la necesidad de ingerir alimentos periódicamente funde en estrecha hermandad a todos los humanos, a teólogos y analfabetos, incluso a creyentes y no creyentes. Pero ¿acaso existen no creyentes? Entiéndame, no quiero decir que el Sr. Boadella no exista, que sea nada más una invención literaria de Els Joglars. Simplemente quiero decir que todos creemos en algo. Mire, aquella mesa acaba de desocuparse. Le decía que no hay nadie que no crea en algo. En definitiva, todo es fe. La ciencia misma, ¿qué otra cosa es? El científico cree en las leyes de la naturaleza, en la exactitud de sus propios análisis, en la capacidad de la inteligencia para descubrir la verdad. Aunque parezca un contrasentido, las ciencias están construidas con más candidez que rigor. Se empieza por un acto de fe, se empieza creyendo en el testimonio de los sentidos, y se acaba en la elaboración de un credo. ¿Qué diferencia hay entre creyentes religiosos y no creyentes? Unos creen lo que no ven, otros creen que ven. Por favor, no se le ocurra pedir paella; está bien que los viajeros crean en la Renfe, que tengan fe en su servicio de comedor, pero no hasta ese punto. ¿Qué diferencia hay, repito, entre creyentes y no creyentes? Unos y otros creen por igual, si bien en cosas distintas y a veces contrarias. Todos ellos son creyentes en el sentido en que podríamos decir también que todos los hombres, tanto los ricos como los pobres, son pobres, pues todos son indigentes y mortales. Todos creemos mucho más de lo que sabemos.

No hay descreído que no crea en algo. Ciertamente, los que profesan alguna religión tienden a pensar mal de los que no profesan ninguna; quien no tiene creencias, dicen, tiene supersticiones. Me parece excesivo. De hecho, sin embargo, siempre que decae lo religioso se desata la pasión por lo mágico, lo cabalístico o hermético, las alucinaciones artificiales, la astrología. El huérfano se ve obligado a llamar padre a su padrastro. Está escrito: nada más fácil que dar muerte a Dios, lo difícil es deshacerse del cadáver. Jean Rostand, biólogo y ateo, sostenía que los creyentes no piensan en la presencia de Dios con tanto ardor como ellos, los ateos, piensan en su ausencia. Seguramente hacía extensiva su propia conducta, un caso extremo de honestidad intelectual, al común de los no creyentes, mientras tomaba como modelo de creyentes al tendero de la esquina. Todos incurrimos fácilmente en ese mismo error metodológico, el de comparar un turco desnudo con un desnudo griego y no con un griego desnudo, que sería lo justo. La verdad sea dicha, tanto creyentes como no creyentes suelen pensar de ordinario en otras cosas, los tenderos en el inspector de Hacienda y los biólogos en la secretaria del departamento de Biología. El mundo es así. Por lo demás, ya se sabe que hoy predominan con mucho los agnósticos sobre los ateos, y que incluso algunos ateos prefieren llamarse agnósticos aunque sólo sea por amor a las palabras esdrújulas. Sin embargo, su inhibición respecto al problema de Dios, eso que ellos denominan suspensión de juicio, no significa simplemente una no-creencia; la no-creencia es un acto y, si persiste, si se convierte en actitud, acaba constituyendo una creencia: se cree firmemente que no es posible averiguar nada acerca de dicho asunto.

¿Qué vino prefiere usted? Yo también, tinto. Por cierto, ya conocerá el chiste de aquel comensal que, cuando le preguntaron si quería tinto o blanco, respondió: «Me da igual, soy daltónico». Me recuerda a ciertos agnósticos para los cuales resulta indiferente que Dios exista o no; según ellos, la inteligencia humana sería daltónica al respecto. No saben que la experiencia de Dios, como la del vino, afecta a otros órganos de percepción más profundos. No saben o no quieren saber. Porque los hay muy obstinados. Chu Fu Tze, sabio venerable que siempre había defendido la imposibilidad de los milagros, murió. A un discípulo suyo especialmente querido le cupo el honor de velar el cadáver durante la noche. De repente, en un momento dado, el ataúd se elevó medio metro y

quedó suspendido en el aire. El discípulo tembló, escandalizado. «¡Oh amado maestro! No destruyas mi fe en la imposibilidad de los milagros». Entonces el ataúd volvió lentamente al suelo y el discípulo recuperó su fe.

Ya ve, querido amigo, hay fe para todo y cualquier cosa puede confirmar cualquier forma de fe. ¿Ha pensado alguna vez en los misterios del azar? Para algunos el azar significa ese margen de maniobra que Dios se reserva a fin de poder intervenir a su gusto en la marcha del mundo. Para otros no es más que la convergencia de dos series de fenómenos aparentemente independientes, ese margen todavía no controlado por el hombre en las relaciones entre causa y efecto.

Se puede exagerar en ambos sentidos. Sin duda que Thomas Clay exageró su fe en la Providencia. Thomas Clay, mecánico de aviones en la factoría Douglas de Scranton, ideó y construyó un complicado artificio con el cual se proponía demostrar la existencia de Dios. El mecanismo constaba fundamentalmente de varias ruedas dentadas combinadas entre sí y que terminaban en un macillo encargado de golpear las telas de una máquina de escribir. La fuerza motriz de este artefacto iba a ser exclusivamente el viento, para lo cual nuestro mecánico había instalado unas grandes aspas en el tejado de su casa. Se trataba de una especie de molino de viento que, en vez de moler grano, estaba destinado a componer un tratado de apologética. No me pregunte de qué manera se conseguía que el macillo golpease una letra con preferencia a otra hasta obtener un determinado texto; desconozco los detalles. Sólo sé que el texto resultante dependía en último término de la dirección y velocidad del viento, por consiguiente de la voluntad de Dios, dueño y señor de los vientos. Está claro, pues, que dicho texto, dicho tratado de apologética, en cuanto obra directa del mismo Dios, tenía que ser absolutamente convincente.

Es evidente que Thomas Clay exageró su confianza en Dios. Es evidente asimismo que exageran su confianza en la razón humana quienes afirman que algún día la ciencia eliminará el azar y podrá prever todo, controlar todo, realizar todo. He aquí una afirmación que no pasa de ser un mero acto de fe. Cuando se la expulsa por la puerta, la fe regresa por la ventana. Con la ciencia ha ocurrido aquí lo mismo que con la llamada tecnocracia en materia política: oponiéndose desdenosamente a las ideologías, tras haber decretado el crepúsculo de todas ellas, se convirtió enseguida en una nueva

ideología, con los mismos propósitos y sin ningún pudor. Sólo por lo que tiene de creencia se atreve la ciencia a negar lo que ella es incapaz de probar. ¿Puede probarse acaso que sólo es verdad lo que se puede probar? Está visto, el racionalismo tiene razones que la razón ignora.

Los científicos de estricta observancia reprochan a los creyentes el hecho de recurrir a lo superrracional, en definitiva a lo irracional, para fundamentar su fe. Los creyentes contestan que el procedimiento seguido por tales científicos para justificar su increencia no es menos irracional, precisamente por ser racional en exceso. John estaba buscando algo bajo una farola. «¿Qué buscas?», le preguntó su mujer. «Busco las llaves del coche». «Pero si se te han caído en medio de la calzada». «Ya lo sé, pero aquí hay más luz». No faltan individuos empeñados en buscar bajo la farola, en ese pequeño círculo iluminado de lo racional, la demostración de que no existen tales llaves, la prueba apodíctica de que Dios no existe.

Por lo general, hoy la razón parece haber renunciado a meterse en camisa de once varas. Usted sabe que la ciencia actual es más bien modesta. Los nuevos descubrimientos, lejos de eliminar el azar, han confirmado la presencia de lo aleatorio como algo inherente a la naturaleza. Por eso, a la ley de causalidad ha sustituido la teoría de la probabilidad, a los esquemas deterministas el principio de indeterminación, a los axiomas las hipótesis. La ciencia moderna trabaja constantemente con hipótesis, que luego los hechos vendrán a corroborar o desmentir. Su éxito estriba precisamente en su relatividad, en su modestia; ya sólo establece leyes provisionales y cálculos aproximativos. El margen de actividad reservado al azar, bien sea éste un pseudónimo de la Providencia o de la Naturaleza, queda plenamente garantizado. Los hombres que cultivan este tipo de ciencia se han hecho también modestos: ya no creen que saben, ahora saben que creen. Diríase que se han hecho sensibles al humor.

La tentación hoy sería inversa, haciendo extensiva a todo nuestra desconfianza. No hay certezas absolutas, sólo existen certezas estadísticas. «Te lo advierto, la ruleta es un juego de azar; las estadísticas demuestran que un día se gana y veinte se pierde». «Muy bien —contestó el ingenioso—, entonces jugaré sólo cada veintiún días». Hasta los diplomados en estadística reconocen que sus sistemas sólo pueden prever el resultado global de una serie, cada uno de cuyos elementos

será siempre una incógnita. Dentro de la conducta predecible de una manada de búfalos, cada uno de ellos es un caso impredecible. En cualquier golpe de dados, en el milésimo igual que en el primero, las posibilidades de triunfo siguen siendo iguales, siguen siendo igualmente exiguas. Por lo tanto, la conclusión final será también muy modesta: sólo estadísticamente cabe decir que las estadísticas resultan fiables. ¿Qué luz podrían éstas aportar en el arduo problema de la existencia de Dios? Los creyentes afirman que Dios existe, los ateos lo niegan; estadísticamente, pues, Dios sólo existe en días alternos.

He aquí una norma de carácter general: la modestia ha de estar presente en todas las situaciones del hombre y presidir todas sus operaciones. Hay una modestia básica, imprescindible, que ordena al zapatero dedicarse a sus zapatos. Por consiguiente, el científico deberá atenerse a los hechos y el creyente no deberá extrapolar sus creencias. Los desmanes dan comienzo cuando alguien utiliza la biblia como un libro de ciencia o cuando otro invoca un libro de ciencia como si fuese una biblia. Tanto en un caso como en otro el humor tendría fácil su tarea: le bastaría pintar al zapatero dando betún a los pantalones y al sastre planchando la raya de los zapatos. Ambos se creen en poder de la verdad plena; lo menos que puede decirse de ellos es que les falta, además de discernimiento, modestia. Tal vez en algún momento les asalte la duda, pero la superarán enseguida recurriendo a aquello que indefectiblemente ha de confirmar sus ideas; para estar más seguros de lo que dice el periódico no se les ocurre otra cosa que comprar cinco ejemplares del mismo periódico.

El sastre y el zapatero. Son dos posturas radicales que, en vez de complementarse mediante el diálogo, cada vez se endurecen más a causa de ese enfrentamiento ciego. Un incrédulo vio a Jesús caminando sobre las aguas del lago y se afirmó aún más en su incredulidad: ¿cómo puede ser Hijo de Dios —pensó— alguien que ni siquiera sabe nadar? También muchos creyentes pecan de endurecimiento, confundiendo la lealtad a la fe con el apego a sus propias ideas sobre la fe. Pecan de exageración en sus creencias y pecan de animosidad contra quienes piensan de otra manera. Su pretendido amor a la verdad es nada más obstinación en su verdad, adhesión a su verdad particular, una verdad parcial y mixtificada, probablemente enconada.

La fe no consiste en anular la razón, sino en usar de ella

de un modo razonable, no empleándola allí donde ella misma aconseja abstenerse. Según la conocida observación de Chesterton, no hay por qué quitarse la cabeza al entrar en la iglesia, basta quitarse el sombrero. Digo esto porque es bien sabido que un hombre sin cabeza tiende a decapitar a todos los demás. No hace falta tomarlo en sentido literal, aunque también de ello tenemos una gran experiencia; la historia ha demostrado sobradamente que tanto los creyentes fanáticos como los descreídos fanáticos son gente dispuesta no sólo a morir, sino también a matar. Me refiero a otro tipo de decapitaciones menos cruentas. Negar a alguien la facultad de pensar y de expresar lo pensado es un modo de cortar la cabeza, operación esta que sólo puede llevarse a cabo desde una situación similar, cuando uno mismo ha perdido la cabeza.

Por supuesto que se dan excesos en ambos bandos. Lo mismo entre los creyentes que entre los llamados increyentes existen creencias desmedidas, fabulosas, infundadas. Tanto unos como otros poseen, además de su vulgata y sus reliquias, sus apócrifos y falsas reliquias. Según me han contado, hace unos años abundaban en Italia las reliquias con muelas de santa Apolonia, que, como usted sabe, es celestial valedora contra las enfermedades de la boca. En vista de lo cual, temiendo que alguna de esas reliquias no fuera completamente auténtica, la autoridad eclesiástica ordenó recoger, para su posterior análisis, todas las presuntas piezas dentarias de la santa. Pues bien, sólo en las diócesis del Sur se hizo tal acopio de ellas, que no cabían en un canasto. (En honor a la verdad debo añadir que los fieles reaccionaron con admirable discreción; no hubo ningún devoto tan fanático que respondiera alegando en favor de la santa una dentadura prodigiosa o descomunal.) Pero el caso de santa Apolonia no es ninguna excepción. Créame, con las reliquias procedentes de la barba de Marx se podría rellenar más de un tresillo. San Carlos Marx, ora pro nobis. También ellos tienen su liturgia, su parusia, sus santos doctores y sus herejes. ¿Conoce usted Leningrado? Le encantaría. Es una ciudad maravillosa. En la avenida Nevski, justamente en la antigua basilica de Santa María de Kazan, los rusos han montado su Museo de la Religión y del Ateísmo. «La religión es un mito», afirmaba el guía con gran convicción, y acto seguido nos mostró una estatua de Prometeo en alabastro: «Prometeo fue el fundador del ateísmo.» Aquel guía, efectivamente, era marxista del sector

Groucho. Tanto la fe como el humor acaban entrando por la ventana.

¿Un poco más de vino? Quien tiene vino, tiene vecino. El vino hace confraternizar a los hombres, incluso a creyentes y no creyentes; les permite olvidar sus diferencias. El vino y la modestia, desde luego. Permítame que insista una vez más en la importancia de esta virtud. Suele decirse que la filosofía es una reflexión sobre lo que conocemos y que la teología es una reflexión sobre lo que creemos. Me parecen dos definiciones un tanto eufóricas, que pecan de inmodestia. Pues a menudo la filosofía es una reflexión del hombre no sobre lo que conoce, sino sobre lo que cree conocer; asimismo, la teología suele ser una reflexión no sobre lo que el hombre cree, sino sobre lo que él cree que cree. Afirmación esta última bastante desalentadora para quienes tienen la misión de velar por la fe; no obstante, yo les sugeriría, para su consuelo, una sospecha muy legítima: si tantos creyentes sólo creen que creen, es lógico que haya también muchos ateos que sólo creen que no creen.

Ni la fe ni la increencia escapan a las limitaciones propias de todo lo humano, a su ambigüedad esencial. No escapan tampoco a esa fluida e imperceptible gradación de la conciencia. «Creo, Señor, pero ayúdame en mi incredulidad». He aquí dos conceptos que aparentemente se contradicen, pero que en la vida real andan siempre muy mezclados. ¿Cómo podríamos nosotros trazar una frontera nítida entre fe e increencia, entre creyentes e increyentes? ¿Acaso la fe religiosa es un sistema de ideas claras y distintas? Antes de ser Papa, Juan XXIII estuvo destinado como nuncio en París cuando Herriot ocupaba la presidencia de la República. Herriot era agnóstico. En el diálogo privado que siguió a la presentación de credenciales, el nuncio le dijo: «Tengo entendido que Vuestra Excelencia y yo no pensamos igual. Después de todo, señor presidente, lo único que nos separa son las ideas; ya ve, bien poca cosa». Le aseguro, amigo, que Juan XXIII no su-
bestimaba la fe; todo lo contrario, la tenía en tan alto aprecio que nunca se le hubiera ocurrido identificarla con una idea.

Repito, ¿dónde situar la raya divisoria entre creyentes e increyentes? Esa raya existe, tiene que existir, pero nadie sabría trazarla sobre el papel. Hay creyentes que sólo son crédulos y hay descreídos que sólo rechazan una falsa imagen de la divinidad; tal vez sin darse cuenta están con su rechazo abogando por una noción más elevada de Dios, ese Dios que

escapa a todo control y comprensión, ese Dios que supera cualquier fórmula de fe, cualquier imagen o concepto. El hombre piensa, pero la risa de Dios es inaccesible a los pensamientos humanos.

Señor Deiró, usted mismo habrá visto más de una vez a alguien que andaba buscando sus gafas y las tenía puestas. Es un chiste viejísimo, tal vez anterior a la invención de las gafas. Hasta el mismo Dios conoce ese chiste, a juzgar por aquella memorable sentencia suya que nos transmitió Pascal: «No me buscarías si no me hubieras encontrado ya». ¿Qué diferencia hay entre buscar a Dios y buscar la verdad? ¿Y qué diferencia hay entre buscar a Dios y encontrar a Dios? Lo mejor que pueden encontrar quienes le buscan es un aumento de fe para seguir buscándole más y más.

Le diré, sin embargo, que durante algún tiempo yo conviví con un incrédulo sumamente obstinado, quiero decir sumamente distraído. El también estaba en cierta ocasión buscando ansioso sus gafas. «Pero si las tienes en la nariz». Y contestó irritado, sin dejar de buscar: «Sí, pero ¿dónde he dejado la nariz?»

Sobre el humor de Dios habría que hablar largo rato. Tranquilícese, no es que yo conozca a Dios personalmente, pero sí conozco a sus panegiristas y a sus detractores. Curiosamente, hay una expresión del humor divino que a todos ellos los pone muy nerviosos. Me refiero al milagro, esa táctica de intimidación empleada por Dios frente a aquellos que, de una u otra manera, creían tenerlo todo atado y bien atado. A unos los confunde desbaratando por completo sus explicaciones científicas, a otros los desconcierta realizando el milagro fuera de contexto o contra todo lo previsto. Tanto para éstos como para aquéllos el milagro constituye hoy una anomalía molesta, un escándalo. Con razón se ha dicho que si los antiguos cristianos creían gracias a los milagros, los cristianos actuales siguen creyendo a pesar de ellos.

Ciertamente, ante un fenómeno extraordinario, irregular, digamos inexplicable si no queremos decir inexplicable, la actitud previa del creyente no suele ser la misma que la del no creyente; ambas responden a dos concepciones del mundo muy distintas. Por otra parte, el milagro es sólo un signo y todo signo exige cierta capacidad de interpretación. Ningún milagro hace evidente lo significado, simplemente lo hace creíble. Todo ello ha desplazado a segundo término aquella vieja definición que ponía el acento más en lo físico que en lo espiritual, el milagro entendido como violación de las leyes naturales, la cual sólo puede ser efectuada mediante poderes sobrenaturales. A dicha teoría, limitada a lo puramente excepcional, le ocurrió igual que al periodismo más pedestre, para el cual únicamente es noticia cuando un hombre muerde a un perro: por ignorar lo ordinario, ignoran lo fundamental. ¿Acaso es mayor milagro dar de comer a cinco mil hombres con cinco panes que mantener el universo en funcionamiento? No es un milagro mayor, es sólo un milagro más insólito.

Quienes exigen una infracción de las leyes de la naturaleza deberían tener presente que en su origen, etimológicamente, milagroso sólo quiere decir admirable, digno de admiración. ¿Acaso no es admirable la naturaleza entera con todas sus leyes?

Usted habrá oído hablar del maná, cómo los israelitas, en su viaje a través del desierto, fueron alimentados por Dios con maná. ¿Maná caído del cielo? El maná era el fruto de un tamarisco al cual después iba a dar nombre: *tamarix mannifera*. Lo cual no desmiente la información más importante de esa página del Éxodo: que aquellos hombres fueron alimentados realmente por Dios. Para un verdadero creyente, el pan de cada día es verdadero maná. «Dame, Señor, una buena digestión y algo que digerir». En vez de pedir a Dios un milagro (por ejemplo, el milagro de vivir sin comer, lo cual hubiera facilitado tal vez la conversión del impío Enrique VIII), santo Tomás Moro se limitaba a pedir una buena digestión y algo que digerir; porque era un hombre sensato y quizá también porque le gustaba el queso Cheshire. ¿Y qué me dice usted del paso del mar Rojo? En los libros de exégesis moderna se habla de bajamar, pleamar, simún, anemografía, etc. Pero ¿fue milagro o no? Mire usted, Don Quijote existe, exista o no don Alonso Quijano. Recuerdo una versión etíope de aquel pasaje evangélico donde se narra el milagro de Cristo caminando sobre las aguas. Cuando san Pedro lo ve caminar así, queda maravillado y ruega al Maestro poder seguirle, andando milagrosamente igual que él. Se adentra confiado en el agua, pero enseguida empieza a hundirse. Entonces Cristo le dice: «Ven por las piedras como yo».

Entiéndame bien, no es que yo niegue los milagros, tan sólo trato de decir cuán difícil resulta a veces identificarlos como tales. Especial dificultad ofrecen aquellos que Dios ejecuta por delegación y que, al parecer, son los más numerosos. He oído que en una oficina de Correos de Valencia se recibió, no hace mucho, una carta con este destinatario: «San Antonio de Padua, en el Cielo». Tal vez por un exceso de curiosidad, tal vez por si el contenido daba más detalles acerca de una dirección que no figuraba en ningún casillero, el oficial de turno decidió abrir el sobre. La carta venía firmada por un obrero en paro, el cual pedía al santo diez mil pesetas, que necesitaba urgentemente. Allí mismo los empleados de la oficina hicieron una colecta y recogieron ocho mil, que acto seguido fueron enviadas al remitente. Unos días más tarde llegó

otra carta con la misma dirección y la misma firma; decía así: «San Antonio bendito, yo sabía que tú me ayudarías, pero ten cuidado otra vez que te pidan dinero, porque en Correos se han quedado con dos mil pesetas de las diez mil que me enviaste». Verdaderamente, los milagros por delegación se prestan a muchos malentendidos, que incluso podrían afectar a su credibilidad. Recuerdo lo ocurrido con Isaac, cuando estaba a punto de ser sacrificado en la hoguera por orden divina; en ese momento se oyó una voz del cielo revocando la orden. Hay quien dice que no hubo tal voz celestial, sino que fue el propio Isaac, que era ventrílocuo, quien habló en tan crítico instante y pudo así salvar el pellejo; sin embargo, no dejó de haber intervención milagrosa de Dios, ya que fue éste quien movió a hablar al muchacho y le inspiró las palabras que tenía que decir. Ya sabemos que Dios dispone de ministros cualificados para manifestar su voluntad, pero a veces prefiere valerse de portavoces poco corrientes y hasta extravagantes. Piense, por ejemplo, en la burra de Balaán, la cual habló en nombre de Dios de manera muy persuasiva y, al parecer, sin defectos de pronunciación.

En fin, encomendémonos a santo Tomás Moro y que Dios nos conceda una buena digestión, ya que nos ha concedido algo que digerir. ¿Volvemos a nuestro vagón? Me gusta fumar el puro cómodamente sentado. Insisto, yo no niego los milagros; al revés, más bien tiendo a multiplicarlos. Le voy a contar algo muy personal. El mes pasado marchó mi mujer a Lourdes en busca de curación; padece una propensión crónica a los catarros. Yo traté de disuadirla. Pienso que a Dios hay que pedirle solamente cosas imposibles; no se le debe molestar con problemas fútiles o de fácil solución. Es cierto que antes habíamos acudido a los médicos. Enseguida se estableció la cadena fatal: así como el geógrafo remite al geólogo y éste al astrónomo, así también el otorrino nos remitió al especialista en vías respiratorias, y éste al especialista en alergia, y éste, si se lo hubiéramos permitido, habría acabado enviándonos a algún otro colega especializado en la indigencia metafísica del ser humano. Faltaba el recurso del milagro y mi mujer decidió viajar a Lourdes. En principio yo me opuse, ya le digo, pero no tanto porque la predisposición a los catarros me parezca un achaque sin importancia, indigno de una intervención celestial, sino sobre todo por esta tendencia mía a ver milagros en cualquier parte y consiguientemente a considerar milagroso cualquier tipo de agua, no sólo el agua de

Lourdes. Es verdad que Dios, antes de obrar un prodigio, está en su derecho de poner condiciones y exigir del beneficiario alguna colaboración. Si un contrabandista suplica a Dios que durante sus trajines se vuelva invisible para los carabineros, me parece justo que Dios le obligue a entregar de antemano a la parroquia un tercio de sus previsibles ganancias; sólo así demostraría que posee verdadera fe. Tal vez muchos milagros no llegan a realizarse por falta de cooperación humana, por la resistencia del hombre a dar una contraprestación congruente. Pero no era ése nuestro caso. Yo razonaba así: si el agua de un manantial es milagrosa, también lo será el agua del río adonde aquél vaya a parar y no menos el agua del mar donde desemboque dicho río. Esa regla litúrgica según la cual, para que permanezca bendita el agua de una vasija, es menester que la cantidad de agua añadida sea menor que la cantidad ya existente, siempre me ha parecido una regla inútil a la vez que mezquina: mezquina porque resulta impropia de la omnipotencia y magnanimidad de Dios, y además inútil porque nunca puede darse el supuesto contrario, ya que siempre será mayor la cantidad de agua bendecida que la que está cayendo del chorro en cada momento. De todas formas, yo no negaba la necesidad de alguna contraprestación por nuestra parte, sólo que no veía claro por qué esa contraprestación tenía que consistir precisamente en el precio de un viaje a Lourdes. Quizá lo que pedía Dios de nosotros fuera simplemente un plus de fe, la fe necesaria para curarse con agua del Manzanares o con cualquier otra agua carente de reputación milagrosa, que no de posibilidades milagrosas. Pero mi mujer no me hizo caso. ¿Que si se ha curado? Es difícil saberlo, pues no se trata de una enfermedad propiamente dicha, sino más bien de una propensión a la enfermedad o, si usted quiere, de una afección intermitente. Habrá de transcurrir algún tiempo. Mientras tanto, sobre el alma de mi esposa pende un grave interrogante: si antes del milagro necesitó creer que podía ser curada, ahora que el milagro no se ha hecho aún explícito, ¿necesita creer que ya está curada?

Por lo demás, cualquier milagro puede revestir la forma más inesperada. Ya le dije que Dios se complace en sorprender no sólo a sus adversarios, sino también a sus devotos. Un anciano que suplica ser curado de la artritis advierte una mañana que le han salido dos dientes nuevos; ¿no es esto un

verdadero milagro? La esposa de un jubilado en situación económica nada brillante, que no puede permitirse ningún gasto extraordinario, ha decidido peregrinar a Lourdes en busca de la salud; un día antes de partir, renuncia al viaje por amor a su marido; ¿no es esto un verdadero milagro? Según los maestros espirituales, el que un enfermo sepa aceptar su dolencia es mayor milagro que el hecho de ser curado milagrosamente. Parece ser que el gran portento, el milagro por antonomasia, no consiste en que Dios haga lo que quiere el hombre, sino en que éste haga lo que quiere Dios.

Todo es cuestión de fe, supongo, pero la fe no deja de ser un asunto arduo. El evangelio asegura que la fe puede mover montañas. Ahora bien, ¿qué es más difícil, mover una montaña con las manos o poseer la fe necesaria para que ella sola se mueva milagrosamente? No intente usted comprender el corazón del hombre. ¿Qué es más difícil, transformar el agua en vino o transformar ese corazón?, ¿sacar diez mil pesetas de la nada o sacar ocho mil del bolsillo de unos carteros?, ¿multiplicar los panes o repartir bien los que ya existen?

Evidentemente, corresponde al hombre repartir mejor la riqueza del mundo. Esta obligación se agrava en el caso de los cristianos, pues ellos tienen además el deber de hacer creíble la justicia divina que predicán, cosa que sólo podrán conseguir a través de la justicia humana que practiquen. Esto es cierto, pero no es menos cierto que la fe en Dios implica esencialmente confianza en la libre intervención de Dios. En la agenda de actividades de todo creyente debería haber cada día dos o tres renglones en blanco. A mí no me parece mal que la Conferencia Episcopal Española se esfuerece por realizar en televisión un programa religioso digno, con todos los medios a su alcance. Ahora bien; imagine que una noche, en mitad del telediario, aparece en pantalla san Juan Bautista anunciando a gritos que el Reino de Dios está cerca. ¿Qué ocurriría? La inmensa mayoría de los espectadores pensará que ha sido una absurda equivocación del montador, pero siempre habrá alguien —pues siempre hay alguien para todo— que interprete esa aparición como una revelación milagrosa y se sienta movido a la conversión. Sin embargo, a mí lo que más me interesaría es la primera reacción de los obispos, su reacción espontánea. ¿Qué sentirían? Lo lógico es que se asombraran, pero también sería lógico que no se asombraran demasiado. Porque también la fe en Dios tiene su lógica.

El tema es más importante de lo que a primera vista pa-

rece. Ahora que los científicos han reconocido que «la naturaleza es impredecible» y que no puede en absoluto descartarse la eventualidad de fenómenos extraordinarios, inexplicables, llámense como se quieran llamar, sucede que ahora muchos creyentes rechazan la hipótesis del milagro apelando precisamente a razones religiosas: dicen que atentaría contra la trascendencia de Dios y contra la libertad del hombre. Créame, el verdadero motivo es otro. No se trata de defender la libertad sino todo lo contrario, la seguridad. Sucede que lo que más amamos en esta vida, lo que de verdad amamos, es nuestra seguridad, y ésta peligra en cuanto se perturba el orden, ya sea económico, social o metafísico. El milagro supone la irrupción de lo imprevisto, y todos, incluidos los creyentes, vivimos apegados a nuestras ideas, a nuestros esquemas mentales, cómodamente instalados en la rutina de siempre. ¿Y Dios? A Dios se le concibe sobre todo como el supremo garante del orden. De esta manera, reduciéndolo a su papel de controlador, lo controlamos. ¿Y la libertad de Dios? Al distinguir entre su potencia absoluta y su potencia ordinaria, los teólogos hicieron de la primera un atributo casi puramente teórico, reservado a los días 30 y 31 de febrero. Por lo demás, los pocos milagros que puedan tener lugar el 29 de febrero deberán realizarse según las pautas establecidas, con arreglo a una prudente previsión, y siempre en condiciones que no perjudiquen a lo que entendemos como dignidad y respetabilidad de Dios.

Pero Dios no tiene muy clara esa distinción entre potencia absoluta y potencia ordinaria. El profeta Daniel fue arrojado a un foso de leones hambrientos y salió ileso. ¿Milagro? En la versión comic de Kenneth Mahood, uno de los leones explica lo sucedido: «No fue un milagro, es que nosotros somos vegetarianos». ¿Qué es más milagroso, qué es más difícil para Dios, burlar las intenciones homicidas de un rey perverso o trastornar las tablas del reino animal? Nada hay imposible para Dios, y nadie puede prohibirle el libre arbitrio de desconcertar a esos zoólogos dogmáticos que siguen empeñados en clasificar a todos los leones, sin excepción, como animales carnívoros.

El milagro, tradicionalmente entendido como una demostración muy singular de la omnipotencia y de la bondad divinas, ¿no puede ser también un ejercicio de humor por parte de Dios? En realidad, cualquier muestra de humor divino sería una mezcla de omnipotencia y bondad, pero agitando el

frasco. A menudo he imaginado a Dios recreándose en actividades insólitas, es decir, inadmisibles tanto para los científicos como para los teólogos. Me lo imagino vagando de noche, merodeando en torno a la tienda donde acampan unos paleontólogos y colocando en silencio junto a la tienda una mandíbula, un trozo de cráneo, algún hermoso hueso que sirviera para confirmar las laboriosas teorías de esos hombres o, por el contrario, para desmentirlas del modo más total; dos alternativas opuestas que no dependerían en absoluto de la santidad o iniquidad de dichos investigadores, sino únicamente del humor cambiante de Dios.

Dígame, señor Deiró, ¿es que Dios no puede crear ahora mismo un fósil, una chaqueta remendada, un nogal de cien años o un documento del siglo XIV? Sólo por piedad hacia los científicos se abstiene de crear documentos del siglo XXXII. «Señor, haz que Felipe V sea hijo de Carlos II, porque escribí eso en el examen». El niño que así reza demuestra tener una gran fe, una fe casi tan grande como el poder de Aquel a quien va dirigida la oración. Para satisfacer el deseo del niño, a Dios no le hace falta siquiera usar de su fuerza retroactiva, le basta modificar tan sólo el presente, corregir el manual de historia y las ideas del profesor, ya que a ese niño sólo le importa aprobar el examen, no tiene el menor interés en que Carlos II goce de una descendencia milagrosa.

Todo es posible. Incluso es posible algo que ya imaginaron otros grandes admiradores de la omnipotencia divina. Me refiero al hecho de que es posible, aunque quizá menos probable, que Dios haya sacado ahora mismo de la nada el universo, que nos haya creado a todos en este preciso momento, y que a nosotros nos haya metido ahora mismo dentro de un tren que acaba de salir de la nada y que se dirige hacia una ciudad que no existirá hasta dentro de cuatro horas, hasta que nosotros estemos a punto de llegar allí. Si así es, esa ciudad se llamará Barcelona y en ella encontrará usted las calles, los paisajes y los rostros que respondan exactamente a sus expectativas. Por supuesto, no presumo de adivino ni tampoco de imaginativo; sólo trato de ser lo más obsequioso posible con la omnipotencia divina. Repito, es posible que Dios nos haya sacado de la nada en este mismo instante, con la cabeza llena de ideas infusas y el corazón lleno de falsos recuerdos. Madrid, una ciudad inexistente donde no existe una mujer tosiendo; sólo existe mi evocación ilusoria, mi preocupación inmotivada. La memoria es una rama de la inven-

tiva, un abuso mayor de la inventiva. Si Dios puede crear un documento del siglo XIV, ¿por qué no va a poder crear de repente una multitud de hombres hechos y derechos, miles de millones de hombres y mujeres falsamente convencidos de que existió el siglo XIV?

¿Quién sería capaz de trazar una raya entre lo posible y lo imposible? Ya me dirá, pues, dónde colocamos la frontera entre lo ordinario y lo extraordinario. Por una parte, es muy probable que muchas cosas consideradas milagrosas no lo sean. Realmente el milagro, más que contradecir las leyes de la naturaleza, contradice nuestros conocimientos acerca de ella. Por otra parte, ya se lo dije, todo es milagro. «Todo es milagro —repetía Picasso—, milagro es no deshacerse uno en el baño como un terrón de azúcar». En cuanto a la diferencia entre lo real y lo imaginario, la línea divisoria no puede ser más imprecisa ni más móvil. Hubo un tiempo en que los dragones eran sólo fruto de la imaginación. Cuando se descubrieron los primeros restos petrificados de un animal prehistórico, la ciencia positivista de entonces los consideró simples piedras de forma caprichosa, producto de la erosión o de ciertos plegamientos de la corteza terrestre; era absurdo pensar que se tratara de restos de un animal quimérico. Al cabo de los años se supo que la fantasía, no la ciencia, estaba en lo cierto: los dragones habían existido. En otras palabras, los dinosaurios, los ictiosaurios, los diplodocus, eran animales nacidos de los huevos que aquellos terribles dragones de la antigüedad depositaron en los espíritus más imaginativos.

Imposible, pues, trazar una frontera entre lo real y lo imaginario. Pero ¿qué es real?, ¿en qué consiste la realidad? La respuesta viene dada siempre por la razón, asistida de la ciencia y de la lógica. Sin embargo, dicha facultad y dichos instrumentos sólo pueden juzgar sobre aquello que conocen, aquello que constituye su campo propio de operaciones. Son del todo incompetentes para decidir si ahí acaba o no la realidad. Ya la pregunta misma qué es real y qué es irreal resulta una pregunta mal hecha, cargada de prejuicios, impuesta por la razón.

Ocurre lo mismo con esa otra distinción entre el sueño y el estado de vigilia, una distinción que sólo establecemos en estado de vigilia, al dictado de una facultad que es juez y parte. La verdad global, la verdad de fondo, es que nuestras vidas y nuestros sueños están tejidos con el mismo hilo. Únicamente cabría preguntar: ¿el sueño es una parte de la realidad o la realidad es una parte del sueño? No hay inconveniente alguno en decir que todo es sueño, que el sueño abarca indistintamente las divagaciones de la noche y los raciocinios del día. Yo estoy soñando ahora que viajo en tren; si usted me contesta que eso no es cierto, que el viaje es real y no soñado, yo oigo su voz en sueños, lo cual viene a confirmarme en mi opinión. Reconozco que alguna diferencia existe entre el día y la noche, y es que durante el día soñamos que no estamos soñando. A mí me ocurre con frecuencia hallarme profundamente dormido y a la vez soñando que no puedo dormir. Por supuesto, amigo, con el mismo derecho cabría decir que todo es realidad, que nada es sueño, tampoco nuestros sueños nocturnos. No cambia nada, excepto la manera de expresarnos. Lo único que importa es percatarse de que todas nuestras horas, las del día y las de la noche, están hechas de la misma tela. Un pobre que soñara cada día doce horas que es rico sería tan feliz como un rico que durante ese mismo tiempo soñara que es pobre. ¿No lo cree usted así? Veo que le preocupan los problemas sociales, le felicito. Pero al menos una cosa tiene que concederme: que sería más prudente empezar a desconfiar de ese monopolio concedido a la razón, según el cual sólo tiene entidad real lo que ella controla, lo que acontece mientras ella está despierta.

Bajo el imperio de la razón, escuchando solamente los dictados de la ciencia y de la lógica, el hombre ha ido reduciendo su universo cada vez más, hasta el punto de confundir lo verdadero con lo verificable o con lo verosímil. Las consecuencias no han podido ser más desastrosas. Nos hemos cargado medio mundo. ¿Sabe usted lo que ocurrió hace unos meses en México? Un capitán de Policía fue al médico para decirle que sus noches eran insoportables: durante horas y horas oía como un batir de alas dentro del dormitorio; encendía la luz y no había nada. El doctor le recetó algunos calmantes. En vista de que la situación no mejoraba, en la siguiente visita le dijo a su paciente: «No existe tal batir de alas, no hay ningún pájaro en el dormitorio; de todas formas, para que se convenza usted, le sugiero que tenga a mano su pistola de reglamento y,

en cuanto comience a oír ese ruido sospechoso, dispare». Al día siguiente apareció la noticia en todos los periódicos de México: «Un capitán de Policía ha dado muerte a su Ángel de la Guarda».

Le juro, señor Deiró, que la realidad es mucho más vasta que el pequeño campo de lo visible y que ese otro campo ligeramente mayor de lo verosímil. Hay ocasiones en que notamos que se nos mueve el piso... Es como si despertáramos de repente en una habitación desconocida, o como si al salir del Metro nos encontráramos en una calle extraña entre gentes que hablan otro idioma. Es un aviso.

Junto a la razón, y a menudo frente a ella, hay que usar de la fantasía. Sin ésta, el pensamiento del hombre se moverá siempre dentro de un círculo cerrado. La fantasía es tan imprescindible como la segunda ala o el segundo remo. Con un único remo sólo podemos navegar en redondo, dando vueltas y más vueltas. Toda demostración teórica resulta autorreferente (pensar sobre el pensamiento) y lo mismo toda demostración empírica (experimentar sobre la materia con instrumentos materiales). El progreso meramente racional será siempre un círculo vicioso, tautológico. Está escrito: el hombre es un rey cuando sueña y un mendigo cuando piensa. Si se entiende lo real como contrapuesto a lo imaginario, la fantasía tiene ahí una función dialéctica, a fin de ir ampliando lo real hacia lo posible, hasta conseguir que otros nuevos dragones se conviertan en dinosaurios. La fantasía es una manera de combatir contra las limitaciones de lo real; en palabras de Camus, una forma de «rebeldía metafísica».

Si usted nota que se le mueve el piso u oye de noche un extraño batir de alas, no se alarme, por favor. Es un aviso, es una advertencia, pero no para que consulte al médico, sino para que abra sin temor su corazón a lo desconocido. Primero hay que empezar haciéndose receptivo y permeable, hay que aprender a asombrarse, a maravillarse de todo, aun de las cosas que nos parecen más naturales. Lichtenberg, por ejemplo, se maravillaba de que los niños nacieran con dos agujeros en la piel de la cara, justamente en el lugar preciso en que tienen los ojos. Repito, hay que aprender a asombrarse, hay que aprender de nuevo a mirar y a escuchar, a deletrear, hasta llegar a percibir en las cosas más comunes, en lo más cercano y cotidiano, la llamada del misterio. Después, una vez que ha sabido usted mirar lo ordinario como algo maravilloso, fácilmente acabará reconociendo lo maravilloso como algo bas-

tante habitual. Nada más sencillo que dar ese paso, tan fácil y a la vez tan decisivo. Mire, detrás de aquellos chopos va el Jalón, que verterá sus aguas, a través del Ebro, en el Mediterráneo; las del Henares desembocaban en el Atlántico. En algún momento hemos cruzado la raya de demarcación, hemos pasado de una vertiente a otra; ni siquiera nos hemos dado cuenta de ello, pero lo cierto es que el agua de un lado va hacia la Martinica y la del otro hacia el Peloponeso. Me estoy refiriendo a ese punto de inflexión, ese paso trascendental y a la vez casi imperceptible que permite al hombre franquear las puertas de un hemisferio distinto. ¿Se acuerda de Alicia? El humor, efectivamente, nos da acceso al país de las maravillas. El humor siempre ha estado y seguirá estando de parte de la fantasía, no contra la realidad, sino contra ese monopolio de la razón que recorta y empobrece la realidad. Frente al discurso racional y tiránico, frente al inflexible sistema de respuestas establecido por la razón, el humor, con sus preguntas impertinentes, ejerce una acción dialéctica paralela, liberadora. Se trata verdaderamente de otra «rebeldía metafísica». Si la imaginación es capaz de ampliar el campo convencional de la realidad, el humor sería más bien como una cuarta dimensión, una fuerza que relativiza las tres dimensiones dentro de las cuales estamos presos. Fíjese usted que el espacio donde ingresa Alicia, el mundo que hay detrás del espejo, es un mundo idéntico al nuestro pero invertido, un mundo al revés. ¿Se imagina, señor Deiró, lo que llegaríamos a descubrir si supiéramos leer al revés, de derecha a izquierda, los informes que diariamente nos suministra la razón? He ahí la misión del humor, el humor como nuevo desciframiento de la realidad, el humor como hermenéutica.

Menos que nadie un cristiano debería prescindir de esa exégesis del humor, siendo así que ella coincide con la interpretación dada por el evangelio, según la cual en el reino de los cielos todo será al revés, los primeros serán los últimos y los últimos los primeros. Lo mismo que la doctrina de Cristo, también la enseñanza del humor resulta un escándalo a los ojos de la ley y una locura para la razón, un puro escándalo para los judíos y los ciudadanos honorables, a la vez que una completa locura para los griegos y bienpensantes. Sólo un humorista cristiano como Chesterton podía relacionar ese mundo invertido que hay detrás del espejo con la visión del universo que tuvo San Pedro cuando fue crucificado cabeza abajo: todas

las criaturas colgando, por los pies, de la misericordia de Dios.

Menos que nadie un creyente debería despreciar la fantasía o hacer caso omiso de los sueños. Cuántas veces éstos han sido el medio elegido por Dios para hacer llegar al hombre su palabra, desatendida en estado de vigilia. Durante la noche alza el alma su vuelo sobre una tierra devastada por el diluvio, asolada por los mil crímenes que cometió la mente razonadora, dictatorial, engreída y lúgubre. Cualquier día, quién sabe, lo mismo que aquella paloma cuando regresó al Arca, el alma puede volver trayendo en el pico una rama de olivo, una revelación deslumbradora.

No sé si conoce usted la teoría de algunos pensadores gnósticos acerca de la naturaleza humana. Afirma que los hombres son ángeles temporalmente condenados a un cuerpo mortal. Dicha encarnación tiene carácter de castigo, pues se trata precisamente de aquellos ángeles que durante la guerra entablada entre Miguel y Lucifer prefirieron inhibirse. Cierto, no se sumaron al número de los rebeldes, y por eso no llegaron a caer en el infierno; sin embargo, ya que rehusaron formar parte de los ángeles fieles, tuvieron que ser expulsados del cielo. Y vinieron a parar a este planeta nuestro, un destino intermedio proporcionado a su pecado de tibieza. Pero tal castigo tiene también carácter de prueba. Es fundamentalmente una situación de prueba. Ahora, descartada ya toda posible neutralidad, están obligados a optar decididamente por un bando o por otro, con Dios o contra Dios. Desde luego, ellos no recuerdan nada de su vida precedente, no tienen la menor idea de su verdadera condición angélica. Cabe preguntarse, sin embargo: ¿no podría ocurrir que alguna vez, al menos alguno de ellos, llegase a recuperar la memoria?

Ya ha ocurrido, señor Deiró. Conste que yo me limito estrictamente a contar lo que me han contado, lo que me contó un caballero cuyo nombre no voy a revelar, pero que merece mi más total confianza. Llamémosle García. A causa de ciertas dificultades que hacían penosa su convivencia matrimonial, creyó conveniente someterse a un tratamiento de psicoanálisis. Ya sabe, psicología de las profundidades, averiguación de los contenidos del subconsciente. ¿Hasta dónde es posible penetrar?, ¿hasta dónde es posible descender en esa exploración del subsuelo? El tratamiento, a lo largo de las semanas, transcurría normalmente. Pero un día sucedió lo impensable. Per-

forando más y más en ese subconsciente, el psicoanalista cavó un pozo tan hondo, que vino a parar en los antípodas: terminó sacando a luz, no ya los recuerdos de la primera infancia de su paciente, no ya las vivencias de su estado fetal, sino recuerdos pertenecientes a una vida anterior, ¡a una vida celeste! Creyó en principio que se trataba de una broma o de una evasiva demasiado original, tal vez de una forma de resistencia más o menos consciente, destinada a bloquear el interrogatorio. Usted sabe que el psicoanálisis es un ejercicio sistemático de la sospecha. Cualquier cosa, pues, antes que aceptar esa confesión tan increíble, tan disparatada. Imaginemos un cuadro de Van Gogh, catalogado como tal desde finales del siglo pasado; recibe un golpe y el descascarillado revela un trozo de superficie pintada cuyos materiales, analizados químicamente, datan del siglo XVIII; el propietario, pensando que Van Gogh en su locura había pintado encima de otro cuadro, mandó raspar cuidadosamente la obra del holandés con el presentimiento de hallar debajo un Watteau. ¿Y qué ocurrió? Que debajo había un retrato del presidente Mitterrand. Bajo aquellas margaritas pintadas por Van Gogh hace más de cien años, sonreía fijamente el rostro del presidente, enigmático, intemporal... En nuestro caso ocurrió algo semejante, pero mucho más escandaloso. El psicoanalista quería simplemente llegar a América y se encontró con aquello que en vano soñó Colón, un lugar regado por cuatro ríos de jaspe al pie del trono del Altísimo. Se trataba ya de otro mundo. Al fin no tuvo más remedio que aceptarlo: había llegado al Más Allá. Fue tal su impresión, fue tan grande el desconcierto que sufrió, que se vio obligado a cerrar el consultorio.

Sinceramente, no sé qué pensar de todo ello. ¿Es al menos posible? ¿Puede haberse dado alguna vez esa existencia anterior? Platón atribuía al hombre ciertas ideas innatas, unos arquetipos o ideas matrices que el alma conoció antes de encarnarse en un cuerpo. Otros han explicado la aspiración humana hacia Dios como la «huella de una ausencia», como nostalgia, como viaje de regreso. Es verdad también que todos experimentamos nuestra indigencia natural como una desgracia, es decir, como pérdida o privación, no como simple carencia; igual que a los mutilados les duele a veces el brazo o la pierna que les amputaron, a nosotros nos duelen porciones inexistentes de nuestro ser: las alas, quizá. ¿Podría valer como explicación? He oído que la doctrina gnóstica sobre el

hombre y sus orígenes fue condenada hace tiempo por herética. Debo puntualizar, sin embargo, que el señor García nunca ha hablado de la humanidad en general; él se limita a su propia historia, él se refiere exclusivamente a sí mismo. Por consiguiente, su presunta herejía sería mínima; expresada en decimales, equivaldría a la unidad dividida por los trillones de hombres que en el mundo han sido, son y serán.

Como puede suponer, yo me precipité a hacerle muchas preguntas acerca de esa vida anterior. No recuerda nada, salvo el hecho simple, indudable, incontestable, de que él vivió anteriormente. En cierto modo resulta comprensible. El profesor Schactor, neurocientífico canadiense, ha descubierto que en el hombre existen dos sistemas de memoria totalmente diferenciados y alojados en dos zonas cerebrales distintas. Al primero de ellos pertenecen los «conocimientos declarativos», tales como nombres, fechas, explicaciones, etc.; al segundo corresponden los «conocimientos prácticos», entre los cuales se cuentan todos los hábitos adquiridos. Son dos tipos de conocimiento independientes, de tal forma que un amnésico puede seguir montando perfectamente en bicicleta y no saber siquiera qué es una bicicleta. Esto mismo le ha ocurrido al señor García, que ha olvidado por completo sus conocimientos declarativos; ni siquiera recuerda cómo se llaman las capitales más importantes del Más Allá. En cuanto a sus conocimientos prácticos, confiesa que no acierta a comportarse angelicamente en un contexto tan impropio; es como si alguien se viera obligado a andar en bicicleta sobre el agua. Por una parte, él está convencido de que es un ángel y teme incluso salir de casa, distraídamente, con la aureola puesta. Por otra parte, reconoce que aquí en la Tierra es sólo un ángel que se parece a un hombre que no se parece a un ángel. Su perplejidad, pues, resulta muy explicable. Piense usted en un estudiante que tuviera que traducir al castellano una poesía de Góngora traducida al inglés. Yo intento tranquilizarle y le digo que sus dudas me parecen lógicas, casi inevitables. También los que fueron liberados tras un largo cautiverio dudan a veces de que su libertad sea real; en prisión soñaban a menudo que estaban libres, hasta que el toque de diana les despertaba brutalmente; después, ya libres, les parece soñar que siguen prisioneros y que de un momento a otro va a sonar el toque de diana. El venerable Chuang Tzu soñó una vez que se había convertido en mariposa y, cuando despertó, ya no

sabía si era un hombre que había soñado ser mariposa o si era una mariposa que estaba soñando ser hombre. En otras palabras: el señor García ¿es un ángel que se ha creído hombre o es un hombre que se cree ángel?

12

Tiene usted razón, es una situación cómica. Al margen de cualquier otro sentimiento que pueda suscitar en nosotros la extraña suerte del señor García, el humor brota ahí espontáneamente. El humor surge en cuanto imaginamos a un ángel comiendo espárragos (correctamente, desde luego) o acudiendo a un confesonario (sin necesidad, desde luego). ¿Por qué? Hace un rato hablábamos de la «estructura de discordancia» como base muy frecuente del humor, esa colisión más o menos estridente de elementos que pertenecen a dos órdenes muy distintos, de los cuales casi siempre uno es de naturaleza espiritual y el otro de naturaleza material. Evidentemente, la existencia corporal de un espíritu puro sería un campo privilegiado para el humor.

Esta teoría de la *discordancia* permite responder a la clásica pregunta de por qué mueve a risa un orador que estornuda en el momento más dramático de su discurso. Podríamos hacer una larga lista de casos similares, citando al intrépido guerrero aquejado de flato, al enamorado que padece de halitosis, a los trémulos poetas líricos regateando su porcentaje frente al editor. ¿Y nunca ha asistido usted a una función litúrgica que el sacerdote hubo de interrumpir por causas imperiosas, inaplazables? Es preciso aludir también a esa penosa ambigüedad de las lágrimas humanas, que lo mismo pueden deberse a la contrición que al estreñimiento. ¿Por qué resulta impensable un monumento ecuestre con el heroico general en pijama? Porque nadie es heroico en pijama salvo en caso de incendio nocturno. ¿Por qué no puede un tenor de ópera cantar sentado un aria apasionada? No tanto porque le faltaría el aliento, sino porque le faltaría la compostura.

Las formas de discordancia son múltiples, pero el resultado siempre es igual, siempre favorable al humor. Basta que empleemos un estilo grandilocuente para relatar una partida

de mus o para describir la toma de posesión del alcalde de Madrid. Basta contar un chiste con aire compungido. O al contrario. En un pueblo de Orense vi a un grupo de chiquillos por la calle gritando de alegría porque disfrutaban de una vacación inesperada: «¡Se ha muerto el maestro!, ¡se ha muerto el maestro!» Es como un cortocircuito. Ya le dije, se trata simplemente de establecer contacto entre dos cosas demasiado dispares. Los surrealistas colocaban un paraguas sobre una mesa de operaciones y el efecto era muy similar.

Bergson se fijó especialmente en un determinado tipo de discordancia: lo mecánico aplicado a lo viviente, el ser vivo que se comporta como una máquina, el autómatas. ¿No le parece a usted cómica una compañía de soldados haciendo la instrucción? Eso mismo pensaba Bergson cuando los veía desde su casa con el balcón cerrado; al no poder oír las voces de mando, carecía de la clave que hubiera dado algún sentido a aquellos movimientos, en sí mismos tan absurdos. *Du mécanique plaqué sur du vivant*. También aquí podríamos confeccionar una larga lista: el hombre que se mueve como un muñeco, el maestro de escuela que habla como un libro, el subordinado que obedece maquinalmente, el soldado que marcha a la peluquería desfilando, y todos los estereotipos que fuera de lugar siguen comportándose de manera estereotipada. El desestereotipador que los desestereotipare buen desestereotipador será. Habría que incluir también a tantos profesionales que extrapolan su lenguaje especializado a otros temas o ante otros auditorios. El orador que conversa declamando, el coronel que arenga a sus hijos, el economista dedicado a ponderar los dividendos espirituales de la limosna. Fijese en esta frase: «Venimos en decretar y decretamos que hoy tomaremos el chocolate a las seis». Por inercia, por velocidad adquirida, en virtud de un automatismo ya inevitable, el señor Cardenal sigue empleando el plural mayestático en materias que se dirían más bien profanas. He oído a militares expresarse en términos de estrategia sobre el modo más eficaz de conquistar a una dama. He visto a médicos descuartizar en cuatro partes el misterio insondable del corazón humano: dos aurículas y dos ventrículos. He visto cómo teólogos aparentemente sensatos utilizaban el lenguaje académico en un sermón sobre san Martín de Porres; mucho me temo que lo empleen también en su oración privada. En todos estos casos sentí, a la vez, consternación y regocijo. El humor brotaba siempre de una discordancia.

Imaginemos otra escena. El señor está sentado a la mesa y su criado acaba de servirle la sopa. La prueba, la encuentra insípida, monta en cólera y tira el plato por la ventana. El criado le pregunta: «¿Es que el señor desea almorzar en el jardín?» Observe usted cómo la pregunta del criado, a la vez que absurda, resulta lógica. Lo que ocurre es que ha aplicado una lógica no prevista. El humor surge de esa inesperada transferencia de la atención hacia un contexto asociativo distinto, regido por una lógica distinta. «¿Cómo sacaría de un pozo de quince metros a un niño que ha caído dentro?» «Mojado.» La ley de discordancia exige que esa transposición imprevista, ese rasgo excéntrico, destaque sobre un fondo de normalidad. Lo decisivo es el contraste; sin él no podría darse el humor. Así también, en las historias de terror hace falta que el elemento terrorífico aparezca de repente en lo que hasta entonces era un relato apacible. Lo puramente truculento no asusta, sólo aburre. Tampoco la excentricidad total haría reír a nadie. Sería como un chiste de tartamudos contado por un tartamudo.

Las más socorridas técnicas del humor, al menos de un pretendido humor, pertenecen al arte combinatoria. Juegos de ideas o de palabras, *bons mots*, equívocos, anfibologías, retruécanos, variación semántica, etc. En algún sentido, formas de discordancia. El negrito de siempre ha acudido esta vez a la universidad para matricularse en Filosofía y Letras. «¿En qué rama?», le pregunta el bedel. «No, yo como los blancos, en pupitre». ¿No le divierte? Me temo que sólo divierta a los racistas más obtusos. «La mujer es maravillosa cuando uno cae en sus brazos sin caer en sus manos». ¿Tampoco le gusta? En vista de que no se ha reído, tendría que soportar a continuación la explicación minuciosa del chiste: «Se trata de dos expresiones comunes, la primera de las cuales posee un sentido literal y la segunda un sentido figurado...» Supongo que la paciencia de Job fue sometida a pruebas semejantes.

¿Realmente tiene todo eso algo que ver con el humor? Existe otra palabra mucho más idónea para designar tales agudezas: *cuchufleta*. El gracioso suele decir cuchufletas con mucho gracejo. A un articulista con fama de ameno le pregunté una vez si escribía a mano o a máquina. «A mano —me contestó—; ¿con qué cree usted que pulso las teclas de la máquina?» Igual, o mucho mejor, podría haberme contestado que escribe con los pies, pues es de suponer que no se los quita cuando se sienta a la máquina.

Técnicas del humor, teorías sobre el humor, géneros de humor... En suma, distracciones muy a propósito para una velada invernal. ¿Ha oído hablar alguna vez de química recreativa? Recuerdo que en mi colegio solía hacer el profesor, generalmente los sábados y generalmente a base de magnesio, experimentos que pretendían ser divertidos a la vez que didácticos. Otro tanto puede decirse de cualquier asignatura. Según esto, los juegos de palabras pertenecerían a la gramática recreativa, actividad verdaderamente pedagógica y filantrópica. «Defíname usted la nada», y el alumno responde: «Un cuchillo sin hoja al que le falta el mango». Esto sería una lección de filosofía recreativa, de filosofía presuntamente humorística.

Pues bien, señor Deiró, para mí el verdadero humor es todo lo contrario. Para mí el verdadero humor es el que se deriva de la filosofía presuntamente seria. Tampoco leo nunca la página de «pasatiempos y amenidades»; considero que el verdadero humor es el que impregna las restantes páginas del periódico. Ya se lo dije, lo que a mí me interesa es el conocimiento del hombre, la observación del comportamiento humano. Otra cosa es que de ahí se desprenda naturalmente el humor, que el humor sea un resultado fatal, global y constante. Cuando Plutarco se burlaba de quienes sostienen que la luna de Atenas es mejor que la de Corinto, no pretendía hacer un chiste sino relatar un suceso o, mejor dicho, poner de manifiesto un rasgo de conducta característico de la especie humana, un rasgo tan cómico como es siempre cualquier tipo de orgullo nacional.

El hombre es un animal *risibile*, no menos que racional, político o locuaz, adjetivos todos ellos esenciales, con rango de definición. ¿El único animal que ríe? No es seguro, recuérdelo. Lo que sí podemos asegurar es que es el único animal que hace reír. Porque se trata de un adjetivo ambivalente: *risibile* significa también risible, ridículo. Los demás animales sólo hacen reír en la medida en que por su constitución, sus movimientos o sus presumibles intenciones, se asemejan al hombre. Esta es la razón por la cual el pabellón de los monos suele ser el lugar del zoo donde más patente se hace el alborozo de los visitantes. Tampoco ningún objeto, ninguna cosa hace reír si no es por referencia al hombre o por el uso que de ellos haga el hombre. Una gema puede ser bella o fea, pero sólo llegará a ser ridícula si va engastada en un anillo.

Sólo el hombre es ridículo y sólo él ha podido inventar

tantas cosas ridículas. Es ridícula su vanidad y codicia de honores, la afectación, los entorchados, la pedantería, la envidia y sus tribulaciones. Añada usted las tautologías, la burocracia, las carreras de obstáculos. ¿Y puede haber algo más extravagante, más ridículo que las excepciones a una regla de ortografía? No olvidemos el fanatismo político, el fanatismo religioso, el fanatismo deportivo, el fanatismo. Las llamadas cuchufletas. El rococó exportado a Kenia. ¿Y qué me dice de los celos o de la purpurina? Es ridícula la hipocresía y no menos la búsqueda de la eterna juventud. Las caligas del señor obispo, la palabra «cáligas». La fe en los horóscopos y la incredulidad ante lo evidente. Etc., etc. Pero, cuidado, esta monótona enumeración de motivos ridículos podría engañarnos; al fin y al cabo, su ridiculez no es mayor que la de otras manifestaciones humanas, sino sólo más notoria, quizá sólo más superficial. Ninguna enumeración, por exhaustiva que sea, debe hacernos olvidar el dato fundamental, aquello que lo engloba todo: el hombre es un animal risible. ¡Oh, créame usted, no guardo ninguna animosidad contra el género humano! Cuando digo que el hombre es ridículo, lo digo con la misma indiferencia con que se enuncia toda verdad científica. Si acaso, con un poco de delectación y otro poco de autocompasión. Este ejercicio de desapego íntimo me ha llevado varios años.

Ahora bien, usted sabe que con lo ridículo se puede hacer reír o se puede hacer humor. No son dos cosas iguales, ni tienen por qué coincidir forzosamente. De hecho, muchas veces se produce la risa al margen completamente del humor y otras tantas el humor se da sin que suene ninguna risa, acompañándose tan sólo de una silenciosa sonrisa, a menudo melancólica.

La risa es más simple, el humor es más complejo. El humor es posterior a la risa. Algo así como una evolución desde el lenguaje interjeccional, el más arcaico de todos, hasta el interrogativo, el más reciente y también el más propio del humor. Primero fue la piedra tallada y después la pulimentada. ¿Una diferencia de calidad? El humor sería a la risa lo que el gourmet es al gourmand. Pienso que el humor, caracterizado por la sonrisa, incluye sin duda un elemento de moderación con respecto a la risa. Si usted le pone un tricornio a la Venus de Milo, resulta algo tan detonante, que produce risa. En cambio, una estatua de Apolo en calcetines sólo despierta una sonrisa. Para hacer reír hace falta un Nuncio que

padezca de hipo; para hacer humor con él basta que sea masón. El humor ama la mesura. Hay humor cuando al tragables se le atraviesa una espina de pescado.

¿Cabría decir que el humor es siempre un producto más elaborado que la risa? La verdad es que uno puede mirar el mundo con sentido del humor casi instintivamente, de una manera tan espontánea, tan indeliberada y tan compulsiva, como otros estallan en carcajadas ante un chiste de baturros. Digamos más bien que la risa pertenece a la física y el humor a la química. La risa suele interpretar los textos según la letra y el humor según el espíritu. El humor se sitúa siempre unos metros más allá de la risa. Imagine usted un rostro ante la cámara, un rostro que ríe; luego imagine una segunda cámara filmando la filmación, revelándonos que se trataba de un spot publicitario para alguna marca de dentífrico. Pues bien, esta segunda cámara está colocada en el terreno propio del humor. El célebre payaso Bobby Clark solía quejarse: «Cuento los mejores chistes que sé, del mejor modo que sé, y... ¿qué hace la gente? ¡Se ríe!» Pues bien, esta falsa lamentación del payaso pertenece al humor. Cuando fracasa un chiste y la gente no se ríe, un actor de talento salva la situación burlándose eficazmente de su propio chiste. Pues bien, este comentario posterior es obra del humor. El humor abarca la risa y la no risa, y la sobrepasa. Supone otra vuelta de tuerca.

13

Joseph Addison, político inglés del siglo XVIII, en gran parte forjador del modelo *gentleman*, se dedicó a estudiar el tema del humor investigando pacientemente en su genealogía. Parece ser que la Verdad fue la fundadora del linaje cuando concibió al Buen Sentido. Este engendró después al Ingenio, que contrajo matrimonio con una mujer llamada Risa, la cual pertenecía a otra rama colateral de la familia. De ella tuvo un hijo, al que puso por nombre Humor. Humor es, pues, el miembro más joven de esta ilustre progenie y, por ser descendiente de padres con cualidades tan diversas, posee un carácter sumamente versátil. A veces se presenta con aire grave y solemne, igual que un magistrado; otras veces adopta un estilo desenvuelto y viste de manera estrafalaria, igual que un saltimbanqui. Sin embargo, conserva mucho de su madre y por eso, cualquiera que sea su actuación, siempre alegra a quienes desean oírle.

Es cierto, aunque el humor no implique necesariamente la risa, sí que aporta al menos esa forma discreta de alegría, ese humilde género de dicha que sería más bien un alivio en la desdicha. Incluso el diccionario de la Real Academia, mucho más apto para definir un ave zancuda que un estado de ánimo, tuvo la perspicacia de definir el humorismo como un estilo literario donde se hermana lo alegre con lo triste. Sucede que el humor ha instalado su cámara en un punto lo bastante remoto para poder apreciar nuestro planeta en su totalidad, es decir, en su insignificancia: desde ahí se abarca indistintamente la risa y el llanto, lo cómico y lo trágico. Por eso es ejemplar el humor del Quijote, libro en el cual ambos ingredientes están admirablemente equilibrados.

En la vida las cosas se dan de modo sucesivo. Tras el coito sobreviene la tristeza de la carne y después de llorar todos nos sonamos la nariz (por cierto, señor Deiró, es ésta una fea

costumbre que desdice de la dignidad del sufrimiento humano y que debería evitarse). Dentro del humor, en cambio, los aspectos más regocijantes y los más patéticos se hallan estrechamente ligados, ya que él contempla la vida por el derecho y por el revés. No sólo ligados, sino también filtrados. Tanto en la risa como en el llanto la situación nos domina; sólo el humor nos permite trascenderla. ¿Podría decirse de él que mira el mundo desde arriba, desde fuera? Si es verdad que la vida humana constituye una tragedia para los que sienten y una comedia para los que piensan, debo aclarar que el humor posee tanta sensibilidad como lucidez. ¿Será, pues, para él la vida una tragedia y una comedia al mismo tiempo? Yo diría que una tragedia casi bufa y una comedia casi melancólica, porque el humor, más que sumar ambas cosas, demuestra su relatividad. Pero, en vez de neutralizar los opuestos, los eleva y los funde a otro nivel (Heinrich Heine hablaba de la ironía como de un champán helado). A veces el humor ríe y a veces se pone serio; sin embargo, su seriedad disimula su alegría y su risa es el antifaz de su amargura. Otras veces parece mostrar sólo perplejidad. Pero hay dos cosas que él no hará nunca: dar gritos de júbilo o prorrumper en sollozos.

Pienso que las relaciones del humor con su madre son sencillas y afectuosas. Hacia su padre, en cambio, mantiene una actitud polémica. Ya dijimos que frente a él suele comportarse como un hijo discolo, subversivo, dedicado a denunciar sus fallos, empeñado en demostrar la endeblez de su autoridad. Por una parte, el humor consiste en llevar la razón un poco más allá de lo razonable, hasta aquel punto preciso donde sus poderes quedan desenmascarados, ridiculizados e inservibles. Por otra parte, cabría decir que eso que escapa al dominio de la razón, el territorio del absurdo, al ser visitado por el humor, éste en cierta manera se lo apropia, lo convierte en algo intelectualmente accesible y más o menos habitable. En tal sentido, el humor funciona como salvaguardia de la inteligencia a la vez que como disolvente. Lo razonable y lo absurdo son dos mundos simétricos que el humor sobrevuela en días alternos de la semana, trayendo y llevando recados.

A veces notamos que se nos mueve el piso... Pues bien, esa misma sensación tenemos cuando el humor irrumpe en un texto, trasladando de repente su significado a otra escala, interpretando lo habitual en otra clave. El humor desbarata nuestras leyes de lógica, traspapela las fichas del historiador

e introduce alguna palabra de doble sentido en una declaración amorosa. Se burla de las convenciones sociales. Fustiga al presuntuoso y consuela al desgraciado. Es aficionado a los grafiti, pero no menos a los tratados de metafísica. Si se lo permitiéramos, organizaría con éxito un concurso de eructos entre los miembros de la Patronal. A veces anula la significación de un verbo con un adverbio inesperado. Gusta de caminar sobre esa cuerda floja que divide la ortodoxia en dos herejías contrarias. Saca un conejo del sombrero y un par de ideas de una gorra militar. Nos permite ver, por el ojo de la cerradura, las habitaciones prohibidas. Se presenta sin avisar y se marcha sin despedir. Nadie puede retenerlo por la fuerza.

Nadie puede conseguirlo por su propia voluntad, empeñándose en ello obstinadamente. Sería algo así como si un insomne tratara de conciliar el sueño apretando los puños. «Yo no busco, yo encuentro», confesaba Picasso. Se nace humorista como se nace pintor. Es más, yo diría que con el sentido del humor sucede lo mismo que con la humildad, la cual nunca puede experimentarse como virtud sino, al contrario, como convicción de que no se posee ninguna virtud. ¿Qué pensaría usted de alguien que anduviera presumiendo de ser humilde? El verdadero humorista practica el humor sin proponérselo, sin darse cuenta. Habla de filosofía, de política, de religión o del tiempo, e inevitablemente hace humor. Calla sobre filosofía, sobre política, sobre religión o sobre el tiempo, y la gente de alrededor empieza a notar que se le mueve el piso. En el caso de que alguien le preguntara si está hablando en broma o en serio, él no sabría qué responder; quedaría sumido en la perplejidad.

Si hay algo cierto, señor Deiró, es que el humor no se puede definir. Únicamente podemos describir sus actividades, enumerar sus obras, decir que desbarata las leyes de la lógica y traspapela las fichas del historiador. Pertenece al número de cosas que se resisten tenazmente a ser definidas. ¿Cómo definir el *duende* de Sevilla? Sólo cabe decir que la Torre del Oro tiene duende, y el rostro de la Macarena, y una tarde de abril en Triana, y el aire embalsamado de la plaza de Santa Cruz. Eso es todo. Ahora defíneme el duende, si es tan amable. Pues lo mismo el humor.

La risa sí, por supuesto. Existe una definición precisa, técnica, rotunda: la risa es un reflejo causado por la contracción de quince músculos faciales. Pero ¿el humor? Desde hace si-

glos las mentes más preclaras se han esforzado por captar la esencia de ese cuerpo tan volátil, esa sustancia tan etérea, ese ángel o demonio tan inasible, siempre en vano. No hay quien pueda definir el humor; en el mejor de los casos, lo podrá ejercitar. Cabría repetir aquí aquello que san Anselmo decía del cielo, que es más fácil de conseguir que de explicar.

Lo cual no significa que sea fácil conseguir el cielo o practicar el humor. Ya sé que no hace falta ser un humorista para saber apreciar el humor, como tampoco hace falta ser una gallina para saber si una tortilla francesa está bien hecha, pero no es lo mismo saber juzgar el humor que ser capaz de practicarlo. Se nace humorista como se nace poeta. Hacer crítica de poesía no es poético, ni tampoco lo es guerrear; lo poético es escribir la Iliada. En otras palabras, el humor no está en el análisis, que es posterior, ni en la risa, que es anterior. Así como la poesía está en el poema, el humor está en el Quijote. ¿Sólo ahí? Ya se sabe que la poesía está fundamentalmente en el aire y en la tierra, en el agua y en el fuego, en las calles llovidas, en los ojos de la amada; pues así también el humor desborda indeciblemente eso que llamamos una obra de humor. Del romanticismo se dijo que más que un movimiento estético fue una moral, una filosofía, una erótica, una forma de vivir y de morir. Sobre el humor habría que decir otro tanto. Se trata de una concepción del mundo y de la vida, una manera de sentir y de pensar, de enamorarse, de orar.

Se ha llegado a distinguir minuciosamente entre la sátira y el donaire, entre lo grotesco y lo jocoso, lo cáustico y lo irónico, etc. Divisiones y subdivisiones, he ahí cuanto han podido conseguir los más encarnizados analistas del fenómeno del humor. ¿En qué consiste el encanto de una rosa? Y responden: cáliz, corola, estambres y pistilos. Es decir, el humor no sólo rehúye toda definición, sino que acaba poniendo en ridículo a quienes intentan definirlo. Si acaso, podría ser definido únicamente por vía negativa. ¿Cómo definir el embrujo de Sevilla? Un grupo de turistas alemanes hace el recorrido convencional, visitando la plaza de Santa Cruz, la Torre del Oro, el barrio de Triana, mientras el guía repite una y otra vez la palabra «duende» para designar lo inefable, para referirse al misterioso hechizo de esos lugares. «Pero, ¿qué quiere decir duende?» El guía queda desconcertado, hace como que no ha oído la pregunta y pasa a hablar de otra cosa. Los

turistas insisten. Entonces él improvisa una definición del duende: «¿Saben ustedes lo que es una hormigonera? Pues exactamente todo lo contrario».

El humor es exactamente lo contrario de un tratado sobre el humor.

¿Ha visto a esos niños jugando? Era la estación de Utebo. Utebo y la especie humana sobrevivirán.

Se dice que el juego y la risa fueron las dos únicas cosas que Adán pudo sacar del paraíso. Yo diría que también algún hueso de melocotón escondido en los bolsillos. Es indudable: en el principio era el juego. Sabemos perfectamente que la cultura humana ha nacido y progresado a partir del juego. El juego es un ejercicio exploratorio, aleatorio, abierto al futuro. Todas las conquistas culturales, desde el álgebra hasta la gramática, poseen una raíz lúdica. El sentido profundo de la liturgia la define exactamente como un juego delante de Dios: *ludens coram Eo*. Por lo demás, bastaría coger un diccionario etimológico para convencernos enseguida de que el elemento lúdico está presente en innumerables momentos de nuestra vida: el engaño es una «ilusión», todo lo que precede es un «preludio», el «ludibrio» es un juego cruel, «eludir» significa escapar jugando y «aludir» significa bromear con alguien; etcétera, etc. El francés *jouer*, el inglés *to play*, el alemán *spielen*, son verbos que significan, en general, jugar; en concreto, pueden significar lo mismo ejecutar una música que representar una obra de teatro, y también manejar, recurrir a, valerse de. En castellano, al hecho de participar en algo lo llamamos entrar en juego. ¿Qué se deduce de esta curiosa polisemia, de esta multiplicidad de sentidos? ¿Es solamente pobreza de vocabulario? Una vez más el lenguaje demuestra una vieja y hondísima sabiduría, la misma certera intuición que condujo a los hombres a emplear una única palabra para referirse a cosas aparentemente tan dispares como el amor humano y el amor divino, esperar algo y esperar en alguien.

Toda actividad humana digna de tal nombre posee un carácter lúdico. Sería una equivocación o una restricción lamentable reservar la denominación de juego únicamente para esas

pausas en nuestra jornada laboral durante las cuales practicamos algún tipo de esparcimiento; su designio más esencial consiste precisamente en impregnar de sentido a todo lo que hacemos a lo largo del día. Es lo mismo que predicán los maestros espirituales acerca de la oración: la recitación de ciertas plegarias, el ejercicio periódico de la meditación, están destinados principalmente a crear en el alma una actitud de oración continua, incesante, ininterrumpida. Se trata, en uno y otro caso, de que la repetición de unos mismos actos llegue a transformarse en actitud permanente. En resumen, todo debe ser oración y todo deber ser juego. Resumiendo aún más, todo debe ser juego.

Insisto, lejos de constituir un paréntesis de descanso con vistas a la reanudación del trabajo, el juego representa nuestra actividad básica, el paradigma que sirve de criterio para calificar o descalificar las restantes actividades. Por eso, más que interrumpir nuestras labores, el juego viene a cuestionarlas de raíz, a poner en entredicho su pretendida seriedad. Le anticipo ya que el juego cumple respecto del trabajo la misma función que cumple el humor respecto de la totalidad de nuestra vida, sometiéndola a una crítica radical e incesante. En el principio era el juego. El *homo ludens* es anterior al *homo faber*, es el prototipo que revela al hombre su destino primordial, un destino anterior y superior. Recuerde, Sr. Deiró, el juego, la risa y quizá dos o tres huesos de melocotón... Los creyentes lo tienen muy claro: se trata de recuperar la significación que tuvo el trabajo antes de que el hombre se extravíase y prevaricase, cuando todo consistía en «cultivar el Jardín».

Podemos decir que el juego constituye la actividad improductiva por excelencia. Lo cual, lejos de suponer un reproche, significa su mayor alabanza. Efectivamente, equivale a definir el juego como actividad autónoma y soberana, en cuanto que representa un fin en sí mismo y no un medio para la consecución de otros fines. Esto apenas puede entenderse hoy, pues vivimos en un mundo desquiciado donde el criterio de utilidad prevalece absolutamente. La primera pregunta acerca de una cosa es para qué sirve. De ahí pasamos enseguida, insensiblemente, a hacer la misma pregunta referida a las personas; la valía de un hombre, como la de cualquier otro utensilio, se medirá por su índice de rendimiento. Ser significa ser útil. Saber significa saber manipular. Algo ocurre en el alma de un niño el día en que deja de preguntar ¿qué es

esto? y empieza a preguntar ¿para qué es esto? Todo tiene que servir para algo. Ya se percató de ello Pangloss: la nariz está hecha para llevar las gafas. Yo mismo sentí un gran alivio cuando me di cuenta de que la corbata sirve para limpiar las gafas. ¿Y la risa? La risa sirve para activar el diafragma. ¿Y el juego? El juego sirve para relajar la tensión, para descargar de manera inofensiva nuestra agresividad, para satisfacer aquellos deseos que, no pudiendo ser satisfechos realmente, lo son mediante simulacro o ficción. ¿Qué me dice de todo ello, querido amigo? Verdaderamente, vivimos en un mundo desquiciado y desgraciado.

Los alicates son útiles, y también las leyes de la métrica, las técnicas de oración y las reglas de juego. Pero el juego, la oración y la poesía son perfectamente inútiles. Los valores más importantes de la vida no tienen utilidad, no pueden tenerla, ya que esto supondría que están al servicio de otros valores. No tienen utilidad, tienen sentido. Es menester proclamarlo bien alto: ni el juego, ni la oración, ni la alegría, ni el amor, ni la libertad, ni la contemplación estética, sirven para nada.

¿Y el humor?

Decir que el humor sirve para hacer más llevadera la seriedad de la vida sería ponerlo al servicio del enemigo. Decir que sirve como defensa contra el infortunio o la desgracia sería lo mismo que definir el arte del mural como arte de proteger una pared contra la acción de la intemperie. No. El humor no sirve para nada porque no sirve a nadie. Sólo sirve a su propia causa, sólo nos es útil para burlarnos de los ideales de utilidad. ¿Hay algo más absurdo que convertir el hecho de trabajar para vivir en el ideal de vivir para trabajar? Ni más absurdo ni más irrisorio: cavar hoyos para plantar árboles para sacar madera para fabricar azadas para cavar hoyos para plantar árboles para... Una cadena sin fin, es decir, un motivo inagotable de humor. El humor serviría tan sólo para desmascarar ese círculo vicioso en que se desenvuelve nuestra existencia, esa profunda inutilidad de lo útil. En sí mismo, permanece del lado del juego y de la libertad estética, significa un juicio sobre las cosas desprovisto de toda evaluación de las mismas en orden a satisfacer nuestras necesidades. Según Fischer, se trata de un «juicio esencialmente desinteresado».

Sin embargo, fíjese bien, decir que el humor no tiene utilidad no quiere decir que no tenga efectos sumamente bene-

ficiosos. Es cuestión de expresarnos correctamente. No podemos decir que el sol sale *para que* maduren los tomates, aunque sí es verdad que los tomates maduran *porque* sale el sol. Ya me entiende, no se trata sólo de sintaxis, sino de respeto. Pues bien, el mismo respeto que debemos al sol lo debemos también a todos los valores superiores de la vida, y esto nos obliga a medir las palabras: habrá que decir que ninguno de ellos está al servicio de nadie ni de nada, aunque inmediatamente debemos añadir que todos ellos nos son de gran provecho. El juego hace progresar la cultura, la oración nos sitúa en nuestro lugar, la libertad nos transforma en personas, la música hace que Juan vibre de amor por Juanita, el amor de Juan y Juanita asegura la supervivencia de Utebo y de la especie humana.

¿Y el humor?

Créame, señor Deiró, también el humor nos reporta inmensos beneficios. Ayuda a demoler lo que es falso, reivindica lo que estaba proscrito, descubre la presencia del absurdo en lo cotidiano, derriba los ídolos, revela los defectos de cimentación de los grandes edificios, recupera los espacios vedados, hace preguntas subversivas y da respuestas liberadoras, destruye y construye, lo replantea todo, lo relativiza todo.

Cuando se burla de un tópico, o pone de manifiesto una incoherencia, o delata una hipocresía, o detiene su foco sobre las zonas muertas del lenguaje, el humor está ejerciendo una función crítica altamente saludable. Y cuando denuncia los métodos represivos o desmonta nuestras restricciones mentales, cuando ridiculiza tantos falsos prejuicios, el humor está contribuyendo a crear un mayor espacio vital. Al romper esos límites convencionales, ha hecho accesible otro mundo que las censuras de toda índole habían prohibido o habían declarado inexistente. El dogmatismo suele ser insensible a cualquier razonamiento, pero es muy vulnerable a la irrisión. El humor acaba siendo el único recurso polémico ante un fanatismo que sólo desea tener en frente otro interlocutor igualmente obstinado para justificarse y consolidarse a sí mismo.

El humor nos hace desconfiar de las certezas llamadas apodícticas, de las adhesiones llamadas inquebrantables, de los principios llamados inmutables, de las verdades llamadas objetivas. Pero su acción disolvente no termina ahí. Usted sabe que la moda puede ser tan tiránica como la tradición, y el tuteo tan ritual como el vuesa merced, y la ropa informal tan opresiva como un frac, y lo moderno tan antiguo como el

acné, y el adulterio, según advirtió Nabokov, una forma convencional de quebrantar otra forma convencional. Le doy mi palabra: todo ello será pasto del humor. El humor ha estado observando al iconoclasta mientras éste tiraba abajo las imágenes y después lo ha visto arrodillarse embelesado ante su propia obra, al pie de esos huecos que quedaban en la pared. Porque el iconoclasta suele ser tan dado a sus devociones como el feligrés más pío, sólo que un poco más ridículo que aquellos de quienes él se ríe. Dígame, ¿de quién se ríe Cervantes, del Quijote o de los que se ríen del Quijote?, ¿de los libros de caballería o de sus detractores? Por obra y gracia del humor, el alguacil es alguacilado y el burlador burlado. El abogado aconseja a su cliente sobre la manera de burlar a sus acreedores; acto seguido el cliente se sirve de ese consejo para no pagar al abogado. Cuántas veces el humor ha hecho sentarse al maestro en el pupitre de los doctrinos, al juez en el banquillo de los reos y al iconoclasta en un cubo de brea.

¿Ha oído hablar de las Fiestas de Locos? En la sociedad medieval existía la costumbre de que un día al año el mundo se volviera del revés: el monaguillo hacía de obispo, el mendigo de alcalde, el tabernero de magistrado. Y todos respetaban fielmente esta inversión de jerarquías. ¿Adivina usted las consecuencias? Lo de menos es que durante veinticuatro horas el orden vigente fuera trastornado; es que quedaba ya, para el resto del año, minado en su misma base, puesto entre interrogantes. El mismo resultado que, según dijimos, ha de obtener el juego sobre el trabajo: no sólo lo interrumpe, sino que lo cuestiona de raíz. Es justamente el mismo efecto que consigue el humor respecto de la vida humana en general. ¿Cómo afecta el humor a eso que llamamos la seriedad de la vida? En cierto modo invierte los términos, puesto que revela lo que hay de ridículo en lo serio y lo que hay de serio en lo ridículo. Nadie menos frívolo que él: toma las cosas muy en serio, pero sabiendo que no son serias. Respetista escrupulosamente las reglas del juego, pero sabe muy bien que se trata de un juego. En opinión de Pascal, cuando Platón redactó sus leyes políticas, lo hizo «como quien dicta un reglamento para un manicomio», a fin de moderar así la locura de quienes se creen reyes o emperadores. Platón estaba en el secreto, Platón era un humorista.

Es evidente que el humor está destinado a cumplir una importante función social. En los países democráticos hace mucho tiempo que los medios de comunicación reconocieron la

eficacia del humor, sobre todo del humor gráfico. Hoy tiene éste su lugar reservado en las páginas llamadas de opinión; a veces sustituye con ventaja a un editorial. Acostumbra ser certero e incisivo. Perich lo dijo certeramente: por el humor se sabe dónde está el fuego. Desde hace siglo y medio la revista *Punch* viene ejerciendo una implacable crítica de la vida política y social en Inglaterra. Su título es ambivalente: significa puñetazo y a la vez es abreviatura de Punchinello, la popular marioneta. Tal ambivalencia define exactamente a la revista, cuyo propósito fue siempre golpear divirtiendo y divertir golpeando.

En los regímenes totalitarios, donde cualquier crítica al poder ha sido abolida, sólo el humor permanece como forma de insumisión más o menos eficaz. Es cierto que en todas las cortes existieron bufones, a los cuales estaba permitido reírse de ministros y regidores, hasta del propio rey; pero esto sucedía porque sus burlas se consideraban inofensivas, ya que los bufones estaban clasificados entre los animales domésticos. El verdadero humor, para sobrevivir, tiene que aprender a sortear la censura impuesta por el dictador. Recurrirá a un estilo equívoco, utilizando expresiones que dicen una cosa y quieren decir otra, que incluso alaban aparentemente aquello que en realidad fustigan. Si la censura se hace más severa, un buen humorista no se volverá más tímido, sino más sutil. Entre ingenios muy refinados circula el siguiente axioma: la sátira que comprende el censor merece ser prohibida. Es probable que al final haya que repartir entre los lectores un manual de exégesis: donde dice orden público léase opresión pública, donde dice Bucarest léase Valparaíso, donde dice gutapercha léase libertad, donde dice libertad es una errata. Última trinchera de las fuerzas de oposición, el humor persiste como única voz de los sin voz, como una única defensa de los indefensos. Según Escarpit, analista del tema y antiguo miembro de la Resistencia, el humor puede ser un instrumento de lucha en la medida en que, al exorcizar el miedo, infunde valor a los combatientes y, al desacreditar la amenaza, priva al tirano de su principal arma psicológica.

No seamos ilusos, señor Deiró. El humor constituye tan sólo un recurso espiritual, por sí mismo desprovisto de poder en otros niveles. El humor derriba los ídolos, recupera los espacios prohibidos, destruye y construye... Me lo imagino riéndose tiernamente de sus panegiristas. Reyes y emperadores siempre han ejercido creyendo que el juego es de ver-

dad, y en eso consiste su error, pero también su terrible fuerza opresiva frente a los súbditos. El humor, más lúcido, más escéptico también, sabiendo que todo es juego, juega a jugar su propio juego, y ahí estriba su debilidad a la vez que su grandeza. Segismundo descubrió que la vida es sueño y se mofaba del rey que sueña ser rey; tal descubrimiento le confería un cierto poder disolvente, corrosivo, pero este poder iba a disminuir notablemente en cuanto se diera cuenta de que él también estaba soñando, de que sólo había soñado haber descubierto que la vida es sueño. En otras palabras, el gran peligro para el humor, para esa misión subversiva a que está destinado, radica precisamente en su lucidez, en su carácter disuasivo.

Por lo demás, admito que el humor pueda ser considerado un agitador incómodo, ya que de suyo resulta indomable. Desnudo y vapseado, conserva sus resortes intactos, precisamente porque son espirituales. De san Ocadio mártir se cuenta que, cuando le mandaron arrodillarse ante el emperador, replicó: «Yo sólo me arrodillo ante Dios». Lo pusieron de rodillas por la fuerza, a golpes. Cuando le dieron la orden de levantarse, contestó: «Lo siento, aún no he terminado mis oraciones». ¿Comprende? Quiero decir que rara vez el humor ha servido para alcanzar una victoria, casi siempre sirve tan sólo para hacer honrosa la derrota. En términos generales, es mucho más apto para consolar que para conceder la felicidad. Sin embargo, debo decir otra cosa en favor del humor, y es que si llega un día la victoria, esa victoria de los oprimidos y sojuzgados con los cuales él había hecho causa común, entonces pasará inmediatamente a la oposición, ya que por naturaleza sigue siendo inconformista y disidente. Respecto del pasado, respecto de aquella lucha que acabó con éxito y en la cual él colaboró tan sinceramente, a partir de ahora se encargará de ir añadiendo al margen notas irónicas en la historia oficial escrita por los vencedores.

Pero la fuerza revulsiva del humor está llamada a ser más radical, más penetrante y más honda: en un plano íntimo, personal. Justamente aquí es donde esa fuerza podría obtener los mayores resultados. Usted sabe que no siempre nuestro enemigo es el tirano que está enfrente. Existe otro dictador más peligroso, porque se halla oculto dentro de nosotros mismos, tan interiorizado y asimilado ya, que lo consideramos un colaborador más que un opresor. Me refiero a esa estructura mental que condiciona nuestros hábitos de pensar y sentir, y

que llamaríamos, sumariamente, autocensura. Todos tendemos a justificar esta autocensura, a interpretarla como control, como conciencia ordenadora. Pues bien, querido amigo, cuando no es un engaño, es una abdicación. Si algún día llegásemos a plantearnos la cuestión a fondo, descubriríamos las raíces mismas de nuestra miseria. Sucede que llevamos demasiado tiempo bajo la influencia de un difuso poder represivo que ha gravitado fuertemente sobre nosotros, imponiéndonos una concepción y hasta una percepción del mundo, originando muchas restricciones mentales, obligándonos cada vez más a vivir dentro de ese territorio acotado que es el orden convencional. ¿Por qué lo hemos tolerado? A cambio de tal empobrecimiento, de tal reducción de campo, hemos obtenido la seguridad. Y nosotros preferimos por encima de todo la seguridad, nuestra seguridad social y principalmente espiritual. Permítame que se lo diga: el hombre no ama la libertad, sólo fornicia con ella, sólo se permite algún contacto furtivo con ella. Su verdadera esposa, muy aburrida pero muy confortable, a la cual difícilmente renunciaría, es la seguridad. Preferimos, sin duda alguna, la seguridad. Lo cual acaba explicando nuestras reservas íntimas contra el humor, nuestra resistencia más o menos consciente a dejarnos afectar por él. Sabemos el grave riesgo que correríamos: a la vez que derriba todas las vallas del espíritu, a la vez que amplía el universo, el humor nos hace salir a la intemperie, destruye nuestras defensas lógicas, impone la vertiginosa experiencia del absurdo, obliga a replantear todas las convicciones. Sabemos que su acción sería saludable, pero dolorosa.

Para neutralizar un instrumento tan peligroso, nada mejor que emplearlo como medio de solaz o como prueba de talento. De este modo el humor no sólo habrá perdido su fuerza provocadora, sino que contribuirá al mantenimiento del orden. Es lo que ha ocurrido con la reglamentación del ocio: en lugar de ser un medio de liberación, está al servicio de los esquemas de dominio, no menos que el trabajo. El Sistema es astuto, el Sistema es envolvente, el Sistema es ubicuo. Para defenderse de los elementos contestatarios que la impugnan, la sociedad de consumo sólo tiene que halagarlos, satisfacer sus deseos inconfesados, y de ese modo acaba integrándolos; le es suficiente lanzar al mercado un nuevo tipo de camiseta que lleve estampado el slogan revolucionario de turno. Pues ahora aplique usted esa misma táctica al terreno personal. Sería sumamente saludable y liberador practicar el humor sobre uno

mismo, pero basta hacer de este ejercicio una muestra de ingenio, una demostración de brillantez, para trivializar enseñada el humor, para neutralizarlo completamente, para ponerlo al servicio de nuestro status de personas honorables. Poco a poco vamos perdiendo así la capacidad de tomar el ridículo en serio.

Le invito a una copa. ¿No le apetece? Quizá la necesite. Sospecho que mi teoría del humor le ha dejado con mal sabor de boca, con la convicción de que es usted un tanto cobarde, incapaz de renunciar a su seguridad para adquirir un espíritu más libre, incapaz de dejarse despojar y liberar por el humor. Perdone, señor Deiró, en realidad estaba hablando de mí mismo. Cualquier reflexión de este tipo resulta siempre más o menos autobiográfica. ¿Acaso puede decir alguien que está del todo liberado por el humor y para el humor? Decir tal cosa equivaldría a declararnos genios o héroes, dos declaraciones evidentemente exageradas. Creo que necesitamos una copa. El bar está junto al vagón restaurante.

Hay también otra cuestión sobre el humor, que tiene carácter de objeción moral. Junto a quienes lo tachan de negativo, de disolvente y contrario a todos los valores, están aquellos que lo consideran injurioso para la propia condición humana. La objeción podría formularse en estos términos: en un mundo lleno de sufrimientos, ¿no significa una ligereza imperdonable, incluso un escarnio, recomendar el humor? Imagino la siguiente escena en el patio de la cárcel: un prisionero de rostro escuálido, con traje a rayas, posa para una foto destinada al archivo de Penales; el fotógrafo, antes de disparar, dice rutinariamente: «Sonría, por favor».

¿Ginebra? Yo también. Mire por dónde, he aquí una justa respuesta a la objeción citada. En efecto, el alcohol no sólo sirve para acompañar las comidas, sino para hacer olvidar al bebedor sin fondos que ese día no ha comido. Así también el humor tiene su lugar propio y natural tanto entre gente feliz como entre gente desgraciada. De acuerdo, ¿cómo hacer humor dignamente sobre la guerra, el hambre o la pobreza? Pero al mismo tiempo ¿cómo no advertir el absurdo que envuelve esas trágicas realidades? Para el humor, el tema del

dolor ofrece dos campos vastísimos: nuestro empeño en huir de los sufrimientos inevitables y nuestra constante búsqueda de sufrimientos innecesarios. Fíjese, amigo, tan ridícula resulta la persona que va corriendo por cubierta en dirección contraria a la que lleva el barco como aquella otra que no deja de presionar con la lengua el diente que le está doliendo.

Repito, ¿cómo no advertir ese gigantesco, formidable absurdo que es la guerra entre los humanos? No me refiero a ninguna guerra pasada o futura, sino a la actual, al estado de guerra permanente decretado en todo el mundo. Conocemos detalladamente el número de víctimas: cincuenta millones de personas mueren de hambre cada año, matanza que podría haberse evitado invirtiendo en alimentos sólo la vigésima parte de los gastos militares correspondientes al mismo período. Pero lo que aquí me interesa subrayar es el absurdo, la suma de absurdos que componen ese disparate total de un mundo en pie de guerra: a) el absurdo de un armamento que, antes de poder ser utilizado, tiene que abandonarse por anticuado, pues el mismo proceso de modernización industrial lo va dejando constantemente inservible; b) el absurdo aumenta cuando nos dicen que la finalidad de dicho armamento es puramente disuasoria, puramente teórica: su destino no es hacer la guerra, sino impedirla; c) el absurdo de haber acumulado un arsenal catorce veces inútil, ya que las armas hoy existentes podrían destruir por completo el planeta quince veces.

Dígame, señor, si esta suma de despropósitos no representa una apoteosis del humor. Nuestro amigo el extraterrestre argumentaría así: para que no haya contiendas basta que no haya contendientes, basta que los ejércitos nacionales sean suprimidos y reemplazados por una policía supranacional. Pero el extraterrestre es un indocumentado. Ignora que los ciudadanos son para el Estado y no el Estado para los ciudadanos, lo mismo que el pie es para el zapato y no el zapato para el pie; por eso, cuando el zapato resulta pequeño, sólo hace falta amputar un dedo o dos, sin tener que ir a comprar otro zapato más grande. Todo obedece a la misma lógica. ¿Usted ha valorado bien la exquisita delicadeza que supone la bomba de neutrones? Es una bomba que no destruye nada, que lo respeta todo, salvo la vida de esos seres tan perecederos de por sí y a la vez tan fácilmente sustituibles que son los seres humanos.

Otra ginebra, por favor. Ya sabe cómo se inventó en física el movimiento continuo: cuando un recipiente está lleno hay

que vaciarlo, cuando está vacío hay que llenarlo. Prefiero interpretar la costumbre de beber como una manera de combatir el pecado de avaricia; aun en el caso harto improbable de que fuera una costumbre pecaminosa, la virtud saldría ganando en definitiva, como siempre que se produce alguna lucha interna entre Satán y Belzebú. Un feo pecado, sin duda, el pecado de avaricia, sobre el cual ha hablado ya extensamente el humor a lo largo de la historia. Recuerde, por ejemplo, el humor cínico de Diógenes contra los ricos de Sinope. Yo quisiera ahora referirme tan sólo a lo que ese vicio tiene de sufrimiento innecesario y, por consiguiente, de grotesco. La codicia humana es ridícula en la misma medida en que es ridículo el esfuerzo de mover un piano para acercarlo al taburete en lugar de aproximar el taburete al piano. Se trata de un viejo número de circo que yo vi por vez primera cuando tenía tres años de edad. Me hizo reír mucho, me hizo feliz, ya que, según la clásica explicación de los psicólogos, en ese momento me sentí superior al pobre payaso que no sabía lo que yo sí sabía, cuánto más fácil es mover un taburete que un piano. Hoy no estoy tan seguro. Observe que toda frustración consiste en un desajuste, en una falta de correspondencia entre lo que se pretende y lo que se obtiene. ¿Cómo evitar esta decepción, este doloroso desajuste? Hay dos maneras de conseguirlo: o bien esforzándonos en adquirir muchas cosas o bien limitándonos a desear pocas. Casi todos hemos optado por el primer método. No somos más sabios que aquel payaso.

Pero los sufrimientos inútiles se acumulan: la codicia se ve agravada por la envidia. Porque no basta poseer mucho, hace falta poseer más que el vecino. Si un día todos multiplicáramos por diez nuestra fortuna nadie se sentiría más feliz que antes, del mismo modo que si nuestro cuerpo y todas las cosas de alrededor aumentaran repentinamente diez veces de tamaño ni siquiera nos enteraríamos. Lo único decisivo es el marco de referencia, el punto de comparación. Así pues, el pobre envidia al rico, el rico envidia a Rothschild, Rothschild envidia al rey Midas. La envidia sólo puede acabar en el infinito o en la irrisión: el rey Midas enviaba al dios Plauto, el cual nunca fue rico porque nunca existió.

Pero no crea usted que ésta es la única forma de envidia. A fin de extender más y más su dominio, ella adopta formas muy variadas. Hasta el hombre más desprendido envidiará algo, aunque sólo sea la fama de desprendido de que goza su vecino y él no. Yo mismo le envidio a usted, es cierto, y le

envidia por su paciencia, por su admirable paciencia en escucharme estoicamente durante todas estas horas. Incluso usted quizá me envidie ahora a mí, por la humildad que acabo de demostrar al confesarme tan envidioso. La envidia, efectivamente, es muy imaginativa. El novicio envidia la castidad del Padre Superior, éste envidia la sabiduría del Padre Provincial, éste envidia la prudencia del Padre General. ¿Qué ocurrirá en el peldaño más alto de la jerarquía? El Padre General envidia la presunta felicidad de aquel hombre tan pobre que ni siquiera tenía camisa.

La envidia ha complicado muchísimo las operaciones propias de la codicia al sustituir la persecución de un objetivo por la lucha contra el competidor. Ha hecho muy fácil la tarea del humorista: se trata de describir el comportamiento de unos señores empeñados en jugar al golf según las reglas del hockey. Absurdo, ¿no? Al fin y al cabo, la codicia podría representar algún placer, aunque sólo fuera abstracto; la envidia, en cambio, sólo promete penalidades. Ha complicado tanto los medios que acabó complicando los fines. Es como tomar un supositorio por vía oral, pero poniéndonos cabeza abajo.

Extraña criatura, el hombre. Lo mismo que otros muchos seres de este mundo, él también sabe, ama y sufre. Pero sólo él comete a diario el desatino de creer que sabe aquello que ignora, de amar lo que no existe y de aumentar inútilmente su sufrimiento. La manera más usual de aumentarlo es multiplicarlo por el miedo. Todo sufrimiento, como todo lo real, tiene un límite, pero el miedo, como todo producto de la imaginación, no conoce límites: es capaz de producir cualquier sufrimiento imaginable. El hombre tiene miedo a caer un día en la indigencia y ese mismo miedo lo convierte en indigente. Por temor a verse privado de lo necesario, acumula bienes que no necesita; esta acumulación acaba muy pronto alterando el equilibrio de la naturaleza y causando la escasez que él temía. Su único consuelo será entonces pensar: «Yo tenía razón». Por supuesto, antes de que se produjera el desastre ha estado sufriendo constantemente, ya que el temor a un sufrimiento posible es un sufrimiento real.

Lo mismo sucede con nuestra ansia obsesiva de seguridad. Se habrá dado usted cuenta de cómo ha crecido últimamente la industria dedicada a fabricar cajas fuertes, cerraduras herméticas, sirenas automáticas, puertas acorazadas, detectores magnéticos, etc. Pero esto es sólo un episodio en nuestra his-

toria o sólo una parte mínima del problema. Si hoy existen controles electrónicos, ayer había cinturones de castidad. En todo tiempo el hombre se ha sentido inseguro y ha exigido garantías, resguardos, precintos, documentos que legalizan otros documentos. Si opta por depositar sus bienes en una compañía de Seguros, el propietario necesita cerciorarse de que ésta se halla debidamente amparada por otra compañía de Seguros y Reaseguros, la cual a su vez debe estar respaldada por... Todo es inútil. Después de haber atrancado firmemente las puertas y ventanas de su casa, el hombre sigue tan vulnerable como antes, del todo indefenso ante sus peores enemigos, esos fantasmas tan temibles que el miedo suscita en su propio corazón. Buscando obsesivamente la seguridad, ha terminado por vivir en un estado constante de alarma, es decir, de inseguridad. He aquí la sencilla labor del humor gráfico: dibujar una caja fuerte dentro de una cabina blindada en un bunker inexpugnable, el cual ha sido construido sobre la boca de un volcán.

Se diría que el hombre está mejor dotado para el sufrimiento que para la felicidad. Observe, por ejemplo, lo que ocurre en lo tocante al amor; parece ser que el amor no hace dichosos a los humanos, pero su privación sí que los hace desdichados. La desaparición de la persona amada les hace sufrir más de lo que su presencia les permitía gozar. En términos generales, el dolor suele ser la prueba más elocuente del amor; nos damos cuenta de que amamos lo mismo que nos damos cuenta de que tenemos esófago: sólo porque nos duele, sólo cuando nos duele. Observación esta que podría hacerse extensiva a cualquier otro tema. Sólo sabemos qué es el pan cuando nos falta, sólo sabemos qué es la salud cuando la perdemos, sólo sabemos qué es una madre cuando desaparece. Verdaderamente, somos más conscientes de lo que nos falta que de lo que poseemos. Nadie se siente feliz por tener dos piernas, pero todos nos sentimos desgraciados si nos duele un dedo. No pretendo, claro está, que se pongan ahora a dar gritos de júbilo todos los viajeros del tren que tienen dos piernas en buen estado; soy más bien modesto en mis exigencias con la gente. Pero no me negará usted que existe una común propensión a fijarse en lo deficiente más que en lo normal, en lo adverso más que en lo favorable, en lo negativo más que en lo positivo. Nuestro vocabulario resulta sintomático. Literalmente, *fatalidad* es aquello que viene impuesto por los hados, lo que ocurre al margen de nuestra voluntad, sea bueno

o sea malo; de hecho, sin embargo, una fatalidad significa siempre una desgracia. Decimos *sufrir* un cambio, como si toda transformación tuviera que ser necesariamente a peor. Cuando alguien mata a otro, decimos que lo *ha despenado*, como si su alma sólo pudiera albergar penas. La palabra *suceso*, que en francés, italiano e inglés quiere decir éxito, entre nosotros quiere decir lo contrario, algo siniestro o al menos lamentable, perteneciente a la «página de sucesos».

No me extraña que prevalezca el pesimismo. Un mundo finito de tormento infinito, sentenció el filósofo bajo los efectos de un cólico intestinal. El bien resulta insignificante, o mejor aún, es sólo aparente. Únicamente lo malo es real, lo bueno es ilusorio. El mundo es un paraíso imaginario con una serpiente de verdad dentro. He aquí la asombrosa, patética, irrefutable conclusión de los pesimistas.

Pero permítame decirle, señor Deiró, que los optimistas no me convencen más, simplemente me molestan menos. Optimista es quien exclama el día primero de septiembre: ¡Ya no quedan más que once meses para las vacaciones! Mi reacción ante este señor es más bien de ternura. Un vecino mío, enterado de que las herraduras traen buena suerte, colgó una en la puerta de su piso. Un día, al cerrar la puerta, se le cayó y le descalabró un pie. Cuando me lo encontré en la escalera, me dijo feliz: «Qué suerte he tenido; si hubiera puesto dos herraduras en lugar de una, ahora tendría los dos pies escayolados». Sinceramente, creo que se puede llegar a ser optimista a fuerza de pesimismo, cuando uno descubre que el mundo no es tan rematadamente malo como se creía. Instalándose en la desesperanza, el alma evita caer en la desesperación. Si le digo que la vida es tan indeseable como la muerte y usted me pregunta que por qué no me suicido, yo podría responderle: porque la muerte es tan indeseable como la vida. Me parece, sin embargo, que lo más frecuente suele ser el camino inverso, pasando del optimismo al pesimismo a través del escarmiento.

¿Se trata, pues, de estados de ánimo fluctuantes, reversibles? No crea, amigo, hay quien es optimista o pesimista de una manera estable, contumaz e irrevocable. Nació cetrino y morirá cetrino. Lo que sí hay que reconocer es que no se trata nunca de posiciones absolutas, por muy obstinadas que sean. Realmente, el optimismo no consiste en creer que todo está bien ni el pesimismo en creer que todo está mal; no tendría sentido, sería como decir que todo está a la derecha o

todo a la izquierda. Chesterton matizaba mucho más: optimista es quien cree que todo está bien salvo el pesimista, y pesimista el que cree que todo está mal excepto él mismo. ¿Quién dijo que pesimismo significa clarividencia? Algún pesimista, por supuesto. ¿Quién dijo que el pesimismo es la lucidez de los cobardes, mientras que el optimismo es el coraje de los lúcidos? Algún optimista, desde luego.

¿Y usted, señor Deiró?, ¿es optimista o pesimista? No me diga que ni una cosa ni otra, ¡no me diga que es realista! Los que se llaman realistas me recuerdan a esos individuos que dicen ser apolíticos; se engañan lamentablemente. La verdad es que todos somos, de manera irremediable, optimistas o pesimistas. O tesis o antítesis. ¿No cabría, sin embargo, alguna síntesis? Sucede que tanto la tesis como la antítesis son simplemente hipótesis, tanto el optimismo como el pesimismo son meros entes de razón, actitudes personales y arbitrarias. Por consiguiente, lejos de constituir una síntesis, el realismo sería más bien todo lo contrario, sería la convicción de que el mundo real nada tiene que ver con esas hipótesis, con esas visiones extremadas, unilaterales y subjetivas. ¿Cómo conseguirlo? Sabemos que sentido del humor quiere decir sentido de la realidad, pero sabemos también que esto significa tan sólo un desideratum, una cifra óptima. Las pasiones enturbian nuestra percepción de la realidad y no permiten otra cosa que un constante esfuerzo de aproximación por arriba y por abajo, una serie infinita de decimales. El único ideal de objetividad, de equilibrio, al que puede aspirar un hombre es ser optimista y pesimista alternativamente. Yo por mi parte trato de ser optimista los lunes, miércoles y viernes, pesimista los martes, jueves y sábados; los domingos debo descansar de tanto trajín.

Pero lo que me interesa resaltar es esto: que el fenómeno del pesimismo se debe en gran medida a lo que llamaríamos sufrimientos suntuarios o sobreañadidos. Usted está de acuerdo conmigo en que son demasiadas las penalidades que sufrimos sin ninguna necesidad. En primer lugar están las que son propias de la especie, dolencias múltiples que ella contrajo libremente, aunque hoy resulten inevitables para el individuo. ¿Por qué quiso la jirafa tener un cuello tan enorme? Ahora sufre de laringitis un día sí y otro también. Imagine a un ciempiés teniendo que someterse a cien operaciones de juanetes. Ya sabe, me refiero al desarrollo anormal de la razón, que tantos males nos ha traído. Por desgracia, hoy nada podemos hacer ya salvo ocupar nuestras horas libres en tejer larguísimas bufandas para aliviar esa molestia de garganta, razonando indefinidamente contra los excesos de la razón, elaborando argumentos disuasivos con que acallar sus desmedidas pretensiones, limpiando con paciencia las manchas que dejó el quitamanchas.

Pero luego están los sufrimientos que sí podríamos evitar y que, sin embargo, permitimos que nos sigan afligiendo inútilmente. Observe a su alrededor, señor, y de paso no deje de observarse a sí mismo; verá que una de las principales características del ser humano es empeñarse en conseguir lo imposible. Hay personas que padecen de vértigo y se han propuesto ser trapevistas, hay novilleros de cuarenta años, pirómanos que eligieron la profesión de bomberos, caballeros enamorados de una mujer inexistente, mujeres que barren la escalera de abajo arriba, frailes reumáticos cuya máxima aspiración es imitar la vida penitente de san Simón Estilita. ¿Se trata de casos muy particulares? Se trata de casos muy ilustrativos, simples ejemplos de una actitud general ante la vida. Nos agotamos dedicados en cuerpo y alma a las empresas más

absurdas. Recuerde cómo la ambición es el paradigma de los esfuerzos humanos, esa extraña costumbre de mover el piano en lugar de mover el taburete, ese propósito descabellado de lograr la satisfacción de nuestros deseos por la vía más extravagante, multiplicando los deseos, deseando lo imposible.

Verdaderamente, querido amigo, son muchos los sufrimientos que hay que calificar de innecesarios, por autoinfligidos, todos aquellos que engendra la codicia, la envidia y la obcecación, el afán de complicar las cosas, la manía de perseguir lo inalcanzable, sufrimientos todos ellos que el humor está llamado a denunciar y desacreditar. Ya sé que el hombre es un ser pensante y, como tal, doliente. Pero la tragedia consiste en exacerbar dicha facultad hasta el punto de llegar a sustituir la realidad por las ideas. Nada tan vulnerable como un ser expuesto a caer en cualquier momento, desde ese mundo ilusorio de la mente, a nuestro áspero mundo real. El humor habría funcionado ahí como un llamamiento a la cordura, una forma indolora de descubrir a tiempo la distancia existente entre lo real y lo imaginario, entre el «ser» de la naturaleza y el «deber ser» de una aspiración delirante, entre el verdadero yo y un yo idealizado y sobrestimado. Alegoría de la razón racionante, empecinada y atormentada: un individuo que pretende aumentar su estatura tirándose de los pelos. Cuando se haga evidente el fracaso, la misma tendencia del hombre a tomarse demasiado en serio magnificará su desgracia. El humor, que ama por igual a los inocentes y a los arrepentidos, podría actuar entonces reduciendo tal fracaso a sus justas dimensiones, las cuales casi nunca son tan terribles como ridículas. El humor desdramatiza todo aquello que, más que un drama, suele ser un melodrama.

Son muchos, repito, los sufrimientos que deberíamos considerar innecesarios y gratuitos. Calculo que serán dos tercios del total. Queda otro tercio, el de los sufrimientos reconocidos como inevitables. Tampoco sobre ellos el humor permanecerá ocioso.

¿Ha oído hablar del *Galgenhumor*? Significa humor de patíbulo. Por ejemplo: en el momento de subir al cadalso, el reo se da cuenta de que ese día es lunes y no puede menos de reflexionar en voz alta: «Mal empieza la semana». Otro reo, a punto de ser ajusticiado ante una selecta concurrencia de notarios y testigos, se aflige pensando: «Ya es desgracia que la única frase que ahora se me ocurre sea: no compren ustedes su televisor sin ton ni son». Usted me dirá que todo esto es

obra de un autor especialista en humor negro, el cual escribe cómodamente instalado en su chalet junto al mar. Sin embargo, no podemos descartar en absoluto que el humorista sea la propia víctima. Oscar Wilde aguardaba maniatado, bajo una fuerte lluvia, la llegada del coche de policía y se quejó amargamente: «Si Su Majestad trata así a sus presos, no merece tener ninguno». ¿Era sólo una frase ingeniosa? De suyo, el hecho de convertir el sufrimiento en una obra de ingenio no pasaría de ser algo así como convertir los guisantes en puré de guisantes. Pero los efectos pueden ser mucho más profundos y trascendentales. Tres siglos antes, santa Teresa se cayó de la mula y oyó esta voz de Dios: «Así trato yo a mis amigos»; a lo cual ella respondió: «No me extraña que tengáis tan pocos». De creer a la santa, esto le procuró gran consolación. Quiero decir que en el humor puede darse un componente liberador, un medio de sustraernos a la tiranía del sufrimiento. Es una negativa del hombre a dejarse abrumar por la desgracia, una prueba de su superioridad, la superioridad de la caña pensante y sonriente frente al universo que la aplasta.

Imagine un ladrón al que acaban de apresar; cuando lo meten en la cárcel, ve que hay rejas en la ventana y pregunta: «¿Por qué esas rejas?, ¿tienen miedo a que entren los ladrones?» Hasta cierto punto ha invertido la situación, el adentro y el afuera, y se yergue gallardamente frente a sus carceleros. Imagine que más tarde es condenado a muerte; al entrar en la cámara de gas pide por favor que cierren bien la puerta, ya que las corrientes de aire le causan resfriados. ¿Cómo lo interpreta usted? De los mansos de corazón se ha dicho que, aunque no consigan reducir a sus enemigos, al menos consiguen que la paz triunfe sobre la violencia. ¿Cabría afirmar del humor algo semejante, decir que el humor significa una victoria del hombre sobre su propio fracaso?

Ya sabe, a la gente le gusta reírse de aquello que le asusta: la administración de justicia, el ejército, la muerte, el honor conyugal, el infierno, la declaración de la renta, etc. En muchos casos, aunque sea una lucha perdida de antemano, sirve para hacer más soportable el infortunio. Pero en otros casos sirve para triunfar. Una de las cosas que más nos espantan es ese turbio mundo que todos llevamos dentro, esos fantasmas que nos desasosiegan y que no nos atrevemos a afrontar. Tobías, cuando estaba bañándose en el río, quedó aterrorizado al ver junto a él un pez enorme, monstruoso;

acudió en su ayuda el arcángel Rafael, el cual se limitó a coger el pez con sus manos y sacarlo del agua; entonces Tobías se dio cuenta de que era un pez común, pequeño y de aspecto inofensivo. El humor está llamado a desempeñar exactamente la misma función, la de sacar a flote los monstruos que se agitan en nuestro interior y que sólo son terroríficos ahí, dentro del agua, bajo el nivel de flotación de la conciencia. En aquel momento, estoy seguro, Tobías se rió.

El humor revela las verdaderas dimensiones de aquello que atemoriza o preocupa al hombre. Esta es una misión suya de carácter general, trátese de monstruos marinos, volátiles o simplemente humanos. No hay bestia más espantosa que una mosca situada a un centímetro del ojo. Cualquier motivo de inquietud o desazón adquiere unas proporciones colosales si no sabemos relegarlo a la distancia conveniente.

Señor Deiró, probemos por una vez a ser objetivos y sensatos. Basta guardar la debida perspectiva para percatarnos de que cada cosa tiene su lugar en el espacio así como su momento en el tiempo. Quiero decir que nuestros grandes motivos de preocupación no sólo son pequeños, sino también pasajeros. Le recomiendo un ejercicio muy saludable: tome su agenda del año pasado y hojéela despacio. Encontrará en ella alusiones a graves problemas de negocios, días de intranquilidad o de zozobra, y acaso también el registro cifrado de algunos encuentros muy importantes que llegaron a alborotar su corazón. Hoy sonreiría usted, porque apenas se acuerda vagamente de todo ello y porque sabe ya que en un año caben dos o tres juramentos de amor eterno.

El humor nos concede de antemano esa distancia que el paso del tiempo otorga cuando es ya demasiado tarde, esa distancia que permite en cada caso evaluar las cosas como Dios manda. ¿Qué importancia tiene una suspensión de pagos en Carballino dentro del desarrollo económico europeo? Pues bien, apliquemos a la historia individual el mismo método que a la Grande y General Historia. ¿Cuál es la significación exacta de la humillación sufrida por usted ayer tarde en el conjunto de su brillante biografía? A ambas preguntas responderá el humor con precisión, sin restar un ápice de importancia a ninguno de los dos temas mencionados. Jamás él desprecia nada, ya lo dijimos; al contrario, se esmera en apreciar todo escrupulosamente, aunque siempre, eso sí, dentro de un contexto suficientemente amplio. El humor es nuestro gran corrector de pesas y medidas. No le oculto que suele

demostrar mayor exactitud cuando emplea para cualquier asunto su marco de referencia predilecto: la evolución de la galaxia solar. Esto es precisamente lo que hizo Dios en su respuesta a las quejas del doliente Job. Pronunció un largo e irónico discurso sobre las criaturas del universo, obligando así a Job a localizar él mismo sus tribulaciones en ese inmenso retablo, junto a las hazañas del rinoceronte y el vuelo del pájaro ibis. Y Job salió consolado.

El humor consuela, el humor alivia. Porque elimina los sufrimientos innecesarios y porque reduce a su verdadera proporción aquellos que son inevitables. Desde luego, ya lo comprende usted, sería demasiado exigir del humor que lo solucionara todo. Tomar a broma una dificultad no significa vencerla, ridiculizar una objeción no significa rebatirla, reírse de un problema no equivale a resolverlo. Sin embargo, aunque el humor no resuelva este o aquel problema, sí que puede plantearlo en sus justos términos y, por consiguiente, ayudar a solucionarlo. Y otra cosa más importante: el humor nos demuestra que la mayoría de nuestras dificultades, objeciones y problemas no tienen por qué ser vencidos, rebatidos o resueltos; basta que los ignoremos, pues la mayoría de ellos son absolutamente inanes, inspirados por el demonio del masoquismo.

El humor concede distancia, enfría las pasiones, anticipa la obra del tiempo. Lógicamente, impondrá sus condiciones; nunca da nada a cambio de nada. Así como libera nuestro espíritu a costa de nuestra mezquina seguridad, así también nos evita muchos disgustos a condición de que aceptemos por adelantado una evidencia bastante humillante: que somos miserables y efímeros, tan miserables y efímeros como la mayoría de nuestras angustias. El humor nos reconcilia con nuestra pequeñez.

Observe aquella señora que está sentada al fondo. Ahora acaba de levantarse, una vez más. Desde que subió al tren se ha sentado y se ha levantado veinticinco veces. ¿Qué busca?, ¿qué quiere? Simplemente es víctima de un prurito. Digamos más bien una modalidad de ese general prurito que aqueja a todos los humanos. El hombre es un animal que no puede estarse quieto.

El hombre ha inventado la velocidad supersónica, el ajetreo incesante, la inquietud continua y el mal de Parkinson. Después de inventar la navegación tuvo que inventar la circunnavegación. La cosa es no parar. Me encanta aquel breve poema de Bertolt Brecht donde se cuenta que un viajero está sentado al borde de la carretera mientras el conductor cambia una rueda del coche; no le gusta la ciudad de donde viene ni tampoco la ciudad adonde va; ¿por qué, pues, está tan impaciente? ¿Por qué? La respuesta a la pregunta de Brecht tiene validez general: porque lo único que realmente deseamos es movernos, no estar quietos, ir de un sitio a otro, de un sitio que no nos gusta a otro que tampoco ha de gustarnos y que por eso mismo nos obligará enseguida a continuar el viaje. Esa señora ha montado en Zaragoza, quizá vaya a Reus. ¿Por qué tanta impaciencia?, ¿qué espera encontrar en Reus?

Toda pausa abre en nuestra existencia un interrogante acerca de lo que venimos haciendo, sobre su sentido o sinsentido. Pregunta terrible, porque inmediatamente adquiere dimensiones absolutas: cuál es el fin último de la vida humana, inquirían ya los presocráticos. Hay que evitar, pues, ese tiempo muerto, ese espacio en blanco, tan propicio a cuestiones turbadoras. Para ello es necesario no parar, levantarse del asiento, sentarse y volver a levantarse, cambiar de postura, cambiar de proyectos, salir a la calle en vez de quedarse en casa, hacer ruido en vez de guardar silencio, hablar en vez

de reflexionar... Sinceramente, señor Deiró, ¿le parece que hablo demasiado?, ¿seguro que no? Hace años yo mismo creí a veces incurrir en este defecto, creía que hablaba demasiado y me imponía a lo largo del día varios minutos de silencio.

Ocurre que ese movimiento incesante y alocado a que me refiero, esa impaciencia tan absurda, no sólo hace estéril la vida, sino también insípida, aunque parezca lo contrario. Nos pasa lo mismo que a aquel comilón impaciente: no disfrutaba comiendo porque no tenía ganas y no tenía ganas porque comía antes de hora. Repito, lo único que queremos es movernos, aturdirnos con el ajetreo, no dar tiempo a que se formule la tremenda pregunta, acallar esa voz impertinente que resuena en el fondo de la conciencia. Usted lo ha dicho, se trata de una huida. Estamos siempre huyendo de nosotros mismos. También esta vez el humor tendría muy fácil su trabajo: le bastaría dibujar al hombre como un perro corriendo con una lata atada al rabo.

Ahora imagine otro dibujo, imagine un hombre pequeño agachándose para pasar por una puerta grande. Ha acertado. Efectivamente, el gran tema del humor es la vanidad humana, el mundo como *Vanity Fair*. Porque la vanidad puede ser bruta o sutil, enternecedora o irritante, pero ante todo y sobre todo es ridícula. Un inglés puede ser gordo o flaco, conservador o laborista, pero ante todo y sobre todo es británico. En ambos casos se trata de adjetivos esenciales. No le extraña, pues, que los humoristas hayan meditado sobre el vicio de la vanidad con mucha más aplicación que los moralistas.

También aquí nos encontramos ante un fenómeno que es universal, una cualidad que es común a todos los miembros de la especie. Unos se envanecen de su talento, otros de su linaje, aquéllos de su riqueza, algunos de su experiencia en amaestrar pulgas. Los que no están orgullosos de su honradez lo están de su habilidad para defraudar al fisco. Y el cura que predica contra la vanidad acaba envaneciéndose de predicar bien. Hasta los viejos tenemos nuestra vanidad: cuando nos preguntan la edad, en vez de quitarnos años, nos ponemos cuatro o cinco de más. «Pero qué bien se conserva, quién lo diría». Agradecemos profundamente este halago. ¿Sabe usted cómo murió Matusalén? Murió el mismo día en que cumplía novecientos años, y murió de agotamiento por culpa de su vanidad, porque dijo que se encontraba en plena forma y se empeñó en apagar él solo las novecientas velas.

¿Quién de nosotros podría decir que está libre de toda va-

nidad? Unos se glorían de sus padres, otros de sus hijos y la señora de ahí enfrente tal vez presume de tener un cuñado que es concejal de Reus. Hay tanta vanidad entre los jugadores de petanca como en la Academia de Ciencias. Y el que no adolece de vanidad personal participa de algún orgullo colectivo. Hay quienes se sienten orgullosos de pertenecer a un cuerpo de élite y quienes se vanaglorian de haber nacido en el mismo pueblo que Sara Montiel. Desde luego, existen grupos sociales especialmente predispuestos a la vanidad. ¿Qué me dice, por ejemplo, de los políticos? Se cita siempre su ambición de poder como móvil secreto de todas sus actividades y maniobras. No niego que haya políticos que buscan el poder por encima de todo, así como también habrá otros, supongo, que lo que buscan es el bien de la nación. Pero generalmente, detrás de esa motivación inconfesada del poder, existe otra que resulta a la vez más inocente y más inconfesable. Me refiero, desde luego, a la vanidad. Imagine usted cómo descendería el número de adictos a la política si tuvieran que permanecer siempre a la sombra, innominados y desconocidos, sin poder aparecer nunca en la pantalla de televisión o en las páginas del diario local.

Por supuesto que la vanidad tiene muchos grados, igual que la modestia. Ambas resultan simétricas en gravedad o parvedad de materia, en cantidad de ridículo. Engreírse por saber tocar el tambor no tiene mayor importancia que humillarse por no saber tocarlo. ¿Cuál será la vanidad más pecaminosa, la más irrisoria? «A mí, a humildad no me gana nadie». En efecto, la mayor perversión consiste en envanecerse de ser humilde. Es verdad que normalmente tratamos de ocultar nuestros defectos, es verdad que nos tomamos más trabajo en ocultarlos que en extirparlos, pero a veces la vanidad toma un derrotero sorprendente. ¿Se acuerda de la famosa parábola del fariseo y el publicano? Todos, espontáneamente, condenamos al fariseo y nos apresuramos a ocupar el lugar del publicano. No obstante, fíjese bien, lo que hacemos en ese momento no es dolernos de nuestros pecados, sino presumir de humildes a la vez que presumimos de grandes pecadores. La vanidad es fértil en invenciones ingeniosas.

No sé si conocerá usted lo que ocurrió en cierta parroquia de Bilbao, hace ya algún tiempo. El obispo había cursado una nota confidencial a los sacerdotes recomendándoles que inculcaran la humildad a los habitantes de la ciudad, por lo visto aquejados de vanidad endémica. Al domingo siguiente, un pá-

rroco subió al púlpito y desarrolló magistralmente el tema de la humildad cristiana. Tras exponer muchas y poderosas razones, enderezadas todas ellas a demostrar la necesidad de dicha virtud, adujo en último lugar la razón más importante, que hábilmente había reservado para el final, el argumento de más peso, el argumento que acabaría convenciendo del todo a sus feligreses: «Humildad cristiana no es otra cosa que imitación de la humildad de Cristo. ¿Cabe mayor humildad que la suya? Ponderad en vuestro corazón, queridísimos hermanos, ponderad cuán humilde fue el Hijo de Dios, que nació en Belén pudiendo haber nacido en Bilbao».

La vanidad se las arregla para que todo redunde en beneficio suyo. Nadie es inmune a ella, ni el clérigo que la condena ni el humorista que la ridiculiza. Los maestros espirituales han distinguido siempre entre la necedad, que cree saber lo que ignora; la jactancia, que se finge sabia acerca de lo que no sabe, y la falsa modestia, que se finge ignorante acerca de lo que sabe. ¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad! Quien simula ignorar sólo pretende que sus conocimientos acaben brillando luego de manera más llamativa. Su postura se halla en el extremo opuesto a la jactancia, es cierto, pero no como la humildad a la vanidad, sino como la vanidad sutil a la vanidad grosera.

Todo puede terminar en vanidad, incluso la soberbia misma. Si comparamos la vanidad con un pavo real, habría que decir que la soberbia es un águila distante, autosuficiente y solitaria. Pues bien, créame, a última hora todos acabamos en el corral sólo por lucir las plumas. Con toda verdad se ha dicho que la vanidad, que es el defecto más superficial de todos, es también el más profundo. Por eso, los servicios que se le hacen, aunque sean ficticios, se agradecen siempre, y las heridas que se le infligen, aunque sean leves, no se curan nunca. Todos somos naturalmente vanidosos. A menos que se quiera llamar modestia a cierta timidez de índole más bien física y que a menudo, lejos de ser humildad, es sólo miedo a sufrir una humillación, la verdadera modestia sólo puede nacer de una reflexión sobre la vanidad, una laboriosa adquisición, una actitud en la cual resultaría muy difícil distinguir entre el esfuerzo por ser humildes y el temor a parecer ridículos. Lo explicó Bergson en su libro titulado precisamente «La Risa». Porque la vanidad es, más que nada, objeto de irritación.

Cualquiera que sea el género de vanidad, lo ridículo

estriba siempre en una *discordancia* o desajuste entre la realidad y las apariencias. Era digno de risa un snob en el siglo XVIII porque se las daba de noble siendo plebeyo: *S. nob.*, «Sin nobleza». Es digno de risa todo aquel que aparenta más de lo que es, el que habla más de lo que sabe, hace más de lo que puede o presume de lo que no tiene. Dime de qué te envaneces y te diré de qué careces. El humor se limita a decir quién es quien. Como siempre, siguiendo su método más acreditado, se dedicará a desnudar a su víctima, a quitarle las falsas vestiduras, a demostrar que el oro es oropel, el snob un pedante y el noble un pobre mortal como todos los demás.

Según la teoría clásica, la risa estalla a causa de un súbito sentimiento de superioridad frente a aquel de quien nos reímos. Pero no hace falta que sea realmente inferior a nosotros, basta que sea inferior a lo que él pretendía ser (un levanta-pesos que alardea y que falla en su intento provoca la risa de los espectadores aunque ninguno de éstos se sienta capaz de emularlo). No hace falta que sea inferior a los demás, basta que se compruebe que no es superior. Por eso, un plebeyo puede reírse de un noble cada vez que le obliga a reconocer su miseria humana, esa radical indigencia que la gente encumbra es tan propensa a olvidar. Al humor corresponde pinchar los globos, señalar con el dedo a los príncipes bastardos y recordar a los legítimos su común ascendencia digna de compasión; en suma, fustigar todas las vanidades.

Un trapero acude al Rastro con su cargamento de ropa vieja; trae también un sombrero de copa, que él se ha puesto en la cabeza sólo porque le resultaba la manera más cómoda de transportarlo. Habrá quien se ría de él porque encuentra impropia de un traperero semejante prenda de lujo. Pero el humor preferirá seguramente fijarse en otra clase de incongruencia o *discordancia*: evocará al ilustre difunto, que bajó destocado a la sepultura como todo hijo de madre. La vanidad tiene muchas manifestaciones pero una sola naturaleza, una sola raíz, esa desmedida pretensión de la condición humana como tal. Lo ridículo no consiste en que el hombre sea pequeño, sino en que se crea grande.

¿Y qué diremos, señor Deiró, de ese otro gran tema de irrisión que es la hipocresía de los humanos?

Igual que la vanidad, también la hipocresía está presente en todas partes, porque la mentira lo envuelve todo y lo impregna todo. Ciertamente, es ésta una palabra demasiado fuerte, demasiado incómoda, y por eso utilizamos otros términos más suaves y hasta honrosos. Ahí estriba precisamente la esencia de la hipocresía, ya que nunca la mentira será designada con su nombre propio sino con paliativos, mediante expresiones convencionales, distintas para cada materia. En política la mentira se llama propaganda; en economía, contabilidad doble; en investigación histórica, selección de fuentes; en comercio, publicidad; en diplomacia, patriotismo; en psicología, tendencia a la fabulación; en casuística, restricción mental; etc., etc. También aquí el humor se limitará a despojar a las cosas de sus falsos ropajes, a decir quién es quien y qué es que. Sería un excelente libro de humor un diccionario redactado con el exclusivo propósito de registrar el significado genuino de los vocablos.

Pero no vaya a creer, amigo, que yo condeno a la humanidad. Todo lo contrario, me produce una honda admiración esta doble capacidad del alma humana: su capacidad de artificio y su capacidad de inventar eufemismos. Y aparte de que llamar siempre mentira a la mentira denotaría una gran pobreza de lenguaje, ya la palabra en sí misma resulta obscena; mencionarla es una falta de educación. ¿Por qué no ver en la mentira un aspecto de la actividad creativa del hombre, un impulso positivo a cambiar el mundo, a mejorarlo, aunque sólo sea verbalmente? Ahí, en esa profunda insatisfacción del hombre ante los datos objetivos de la realidad, hunde sus raíces nuestra cultura. *Kulturlüge*, una palabra ambigua. Si la cultura es mentira, la mentira es cultura. ¿Qué prefiere usted?

Desde un punto de vista moral, los manuales suelen distinguir tres clases de mentiras: dolosas, piadosas y jocosas. ¿Será una mentira jocosa decir que todas ellas resultan en último término igualmente jocosas? Basta para ello sustituir el punto de vista moral por un punto de vista físico, adicto a un mundo en constante evolución, según el cual lo que llamamos verdad no pasaría de ser una mentira más arraigada y más generalizada, mientras que eso que llamamos mentira consistiría en una verdad aún incipiente, aún en estado de gestación.

Desde luego, todo puede perfeccionarse, todo puede convertirse en una obra de arte. Hay quienes llevaron tan lejos su hipocresía, la refinaron de tal modo, que han llegado a adquirir fama de sinceros. ¿Una contradicción? En absoluto. Esa falsa sinceridad, lejos de ser una contradicción, es uno de tantos fenómenos humanos, tan frecuentes que yo diría triviales, igual que el amor egoísta, la fe supersticiosa o la justicia meramente legal. La falsa sinceridad no es una cualidad más contradictoria ni menos corriente que el hecho de perder un imperdible. Pienso en la célebre Paradoja del Comediante, según la cual un autor será tanto más capaz de representar un personaje cuanto más se distancie íntimamente de él, quedando libre para fingir con mayor lucidez las emociones que no siente. Un verdadero hipócrita, ¿no? Originalmente, *hipokrités* quería decir eso, actor de teatro. En castellano disponemos de otra palabra que sirve indistintamente para designar ambas cosas, la persona que obra con fingimiento y la que representa un papel en el escenario: de ambas decimos que son farsantes. Pues bien, el mejor farsante será aquel que mejor simule una falsa naturalidad, el que mejor haya preparado una falsa improvisación, el que posea el arte de ocultar su arte. Diríamos que en él se da una suerte de afirmación por acumulación de dos negaciones, como ocurre en latín si empleamos dos palabras negativas o como cuando decimos que los enemigos de mi enemigo son mis amigos. De este modo llega a ser perfectamente natural quien posee la doble afectación de encubrir artificialmente su artificio, lo mismo que llegaría a ser una fiel esposa aquella que, con intención de engañar a su amante, se acostara con su marido. Dos negaciones afirman. He ahí al hipócrita redomado. Si la peor soberbia consiste en enorgullecerse de ser humilde, la peor hipocresía es presumir de sinceridad. Existen falsos amores, falso heroísmo, falsa justicia, ¿por qué no iba a haber una sinceridad falsa?

Todavía hay algo más grave. Tratamos de engañar frecuentemente a los demás, pero ¿acaso no intentamos también engañarnos a nosotros mismos? Llevo un rato desempeñando el odioso papel de moralista y usted tiene la bondad de soportarme. Estoy hablando de la humanidad en general y estoy diciendo que todos somos vanidosos y que todos somos hipócritas. Mala señal. Cuando alguien dice «todos somos culpables» es que ha tenido que ver algo en el crimen; pretende diluir su responsabilidad personal en una vaga culpabilidad común que nada significa y a nada compromete. Si todos somos culpables, nadie es culpable. Así también, cuando digo que todos somos hipócritas, estoy tratando de convencerle y de convencerme a mí mismo de que yo no lo soy, pues no hago otra cosa que vivir integrado dentro del sistema, aceptar los convencionalismos imperantes, evitar la descortesía de un comportamiento excéntrico. En definitiva, trato de engañarme a mí mismo. La cuestión no es ya decir o no decir la verdad, sino admitirla o no íntimamente. Me pregunto qué cantidad de verdad somos capaces de tolerar los humanos. Realmente, no queremos oír la verdad, sólo queremos que se nos disfrace el disfraz, que se nos disimule la mentira para poder tomarla como verdad.

Una vez más, el humor tendería a la ilustración gráfica, utilizando preferiblemente la punta seca sobre plancha de cobre: el que trata de engañar a los demás es como una señora que se maquilla antes de salir a la calle; el que trata de engañarse a sí mismo es como una señora que pide ser maquillada antes de mirarse al espejo. Tal vez usted me contestará que esta segunda mujer, aunque ignore su verdadero rostro, no puede ignorar que ese que contempla en el espejo no es el suyo propio. Yo no estoy tan seguro. La vida es teatro, pero no todos somos capaces de cumplir lo recomendado por Diderot en la Paradoja del Comediante. Puede darse una incubación tal del personaje dentro del actor, que se llegue a una posesión irremediable de éste por aquél, una suplantación definitiva del yo personal por el yo social, de la persona real por el personaje imaginario. De la ficción ante los demás se ha pasado a la ficción ante uno mismo. De un modo de estar se ha pasado a un modo de ser.

Dígame una cosa, querido Deiró, ¿por qué el hombre es así? La pregunta resulta vastísima, casi metafísica, ya que versa sobre la condición humana y su indescifrable enigma. Pero como cualquier pregunta, por enorme y abarcadora que

parezca, también ésta remite a otra anterior: ¿por qué el hombre se hace preguntas?

Por qué hay guerras, por qué hay pobres, por qué la maldada flota, por qué hace calor en verano, por qué yo soy yo, por qué el 8 viene después del 7, por qué moja el agua. A propósito, ¿tiene usted hijos? Yo tengo tres, pero están ya en edad inofensiva. Lo terrible son los nietos: por qué la Luna no se cae, por qué riñe la gente, por qué las naranjas son coloradas, por qué pinchan las agujas, por qué Nabucodonosor se llamaba Nabucodonosor. No es que tenga nada contra el afán de saber de mis nietos, ni siquiera contra el de los adultos en general. Comprendo que el llamado impulso de curiosidad, además de ser un impulso primario, es el principal factor de progreso. Pero llega un momento en que las preguntas terminan por abrumarme, las que hacen mis nietos y sobre todo, la verdad sea dicha, las que me hago yo mismo. Sólo recobro la serenidad cuando de repente me pregunto: ¿y por qué tantos porqués? Está escrito: indagar por qué el día es día, y la noche es noche, y el tiempo es tiempo, sería desperdiciar día, noche y tiempo.

La mayoría de las preguntas suelen ser inútiles, ya que no tienen respuesta o la respuesta viene incluida en la pregunta. Lógicamente, la mitad de las explicaciones son meras tautologías. ¿Por qué pican las ortigas? Porque sus hojas están provistas de elementos urticantes. Dígame si esto no es un excelente ejemplo de humor. Pues no, es una respuesta que he leído en un libro de botánica de mis nietos. Por cierto, permítame que le exponga un buen método para averiguar el sexo de las ranas, por si alguna vez le es útil. Basta frotar el vientre del animal con una mixtura de yodo y vino blanco; conviene hacerlo en movimientos circulares, primero lentos y después más rápidos; al cabo de tres minutos, si el animal se ha puesto nervioso, es una rana macho; si se ha puesto nerviosa, es una rana hembra. ¿Y qué me dice usted de la otra mitad de las explicaciones, las que no son tautológicas? A un colega, profesor de Historia del Arte, le oí explicar por qué El Greco pintaba sus figuras tan estilizadas: porque padecía un defecto de la vista que le hacía ver todo achaparrado y, en su deseo de corregir tal deformación, se excedió. Nos faltaba reseñar este otro rasgo tan específico y tan favorable al humor, nuestra extraña manía de complicarlo todo.

El artilugio funcionaba perfectamente, pero nos empeñamos en abrir la caja y sacarle las tripas. Yo soy tres, dice el

hombre pensante: yo, mi sombra y mi eco. Acto seguido se asusta de su propia sombra y cree oír en el eco la voz de otra persona. ¿Qué ha sucedido? Pues que ya no encajan las piezas. El diagnóstico más optimista diría que estamos mejor dotados para el análisis que para la síntesis. La verdad es que somos víctimas de nuestro propio afán de complicación. En vez de mover el taburete movemos el piano, en vez de ajustar nuestras ideas a la realidad nos empeñamos en acomodar la realidad a nuestras ideas. Hemos decidido que el taburete es inamovible, que nuestra lógica es sagrada. Según la lógica del progreso histórico, antes de los espejos actuales, que reflejan las imágenes en color, tuvo que existir el espejo en blanco y negro; antes de los relojes de muñeca sumergibles tuvo que existir el reloj de sol sumergible.

Es bueno que el hombre se haga preguntas, pero es peor que no pueda evitar crearse problemas. Recuerde lo dicho acerca del dolor humano, aquellos dos temas tan fecundos para el ejercicio del humor: nuestra absurda obstinación en huir de los sufrimientos inevitables y nuestra absurda manía de multiplicar los sufrimientos innecesarios. Aquí sucede lo mismo. «Mañana tengo un examen ¡y yo con estos pelos!» Para eludir los problemas reales nada mejor que inventarse problemas ficticios.

Insisto, señor Deiró, el hombre es complicado. Ya sé que el proceso evolutivo del universo consiste en una complejidad creciente, ya sé que la vida es una complicación de la materia y que el pensamiento es una complicación de la vida. Pero yo me refiero al hecho de ponerle filtro al organdí. Este afán de complicar la complicación constituye uno de los principales atributos del ser humano, tanto como su vanidad o su hipocresía. Nosotros hemos creado los verbos irregulares, los pleonasmos, las aceitunas aliñadas con aceite de oliva, los supositorios con sabor a menta, el problema de Gibraltar, el mechero para encender las cerillas sin necesidad de frotarlas, el neogótico, las patrias y el patriotismo. Al color rosa lo llamamos color vino rosado. Del verbo influir, mediante sucesivas complicaciones, hemos deducido influencia y después influenciar; mañana diremos influenciación. Añada usted otras mil maneras de rizar el rizo, como son las excepciones a las reglas de ortografía, la instancia solicitando un impreso para hacer una instancia, el hábito de buscar tres pies al gato, la tendencia a levantar el meñique cuando se coge una taza o esas otras lamentables formas de exceso que acaban convir-

tiendo lo grande en grandioso, lo precioso en preciosista. Combatimos con pastillas sedantes el efecto de las pastillas estimulantes, y viceversa. Llevamos muchos siglos tratando de alfombrar el mundo para no mojarnos los pies, cuando en realidad hubiera bastado calzarnos unas botas de goma. Contra todas las leyes de la naturaleza, que siempre son simples y correlativas, nosotros hemos establecido esa nefasta costumbre, rayana en ley, por demás enredosa y antieconómica, de que A se enamora de B mientras B, en lugar de enamorarse de A, se tiene que enamorar de C. ¿Y acaso no es una colosal complicación toda nuestra sociedad de consumo? El hombre necesita muy poco y esto lo necesita poco. Pero nosotros necesitamos cinco chaquetas y cada chaqueta necesita su solapa y cada solapa necesita un ojal, con el cual no sabemos qué hacer.

He aquí una jirafa más jiráfida de lo común. Lo mismo que otros se dedican a mover el piano en vez de mover el taburete, ella, en vez de comer lo que está a su alcance, se ha esforzado denodadamente por estirar las vértebras de su cuello a fin de poder comer las hojas más altas del árbol. No contenta con ello, se puso encima de la cabeza un sombrero y encima del sombrero una pluma. En la esencia de la comicidad —resumía Freud— hallamos siempre un exceso de gasto inútil.

El hombre se define como un ser capaz de fabricar utensilios. Pero la mayoría de ellos no están destinados a satisfacer una necesidad sino a crearla o, más modestamente, a fabricar otros utensilios más complejos. El inefable Rodolfo Wilcock se aplicó durante un tiempo a coleccionar artefactos típicamente humanos. Una bicicleta de ruedas elípticas para imitar el trote del caballo. Un ventilador de chorro intermitente para hacer ondear la bandera nacional cuando no anda viento. Una maquinilla para reparar las puntas de los mondadientes usados. Un calzoncillo elástico para perras en celo. Un silenciador total para aviones, basado en el principio de la manta acolchada. Un nuevo tipo de peluca que, en lugar de pegarse a la cabeza, se pegaba al borde del sombrero. Creo recordar también un sistema articulado de brazos mecánicos, provistos de varias pinzas, para ayudar al sacerdote a celebrar la misa él solo. Un modelo de botella con dos orificios, uno arriba y otro abajo, para facilitar el secado. Un automóvil casi totalmente de goma, contra accidentes. Un pequeño pararrayos individual para cabezas de ganado que pastan.

En su afán de complicarlo todo, el hombre ha llegado a comprometer incluso al mismo Dios. Un católico que viajaba en coche comprobó desolado, cuando ya estaba oscureciendo, que los faros no se le encendían. Como era muy creyente, requirió la ayuda de Dios; pero en vez de pedirle que remediara su avería, le pidió que detuviera el curso del sol hasta que él llegase a su destino. Créame, son individuos que están causando muchos problemas, que ponen innecesariamente en peligro o bien la armonía del universo o bien la promesa divina de atender las oraciones hechas con fe. Porque fe no les falta.

Pero la verdad es que tampoco su vida espiritual se ha librado de la complicación. En Puente Genil conocí a alguien tan humilde, tan apasionadamente humilde, que andaba buscando para sí la máxima humillación, pero dudaba entre estos dos procedimientos: o fingir soberbia para ser detestado por orgulloso o mostrar abiertamente su gran humildad para que todos sospecharan que era un embaucador. ¿Quién es más desprendido, el que renuncia a los placeres o el que se entrega a ellos privándose así del mérito anejo a dicha renuncia? Ahora que no es pecado ser socialista, ¿tampoco será pecado mentir diciendo que somos socialistas? ¿Qué ocurre con el precepto dominical cuando un viajero que vuela de San Francisco a Tokio pasa directamente del sábado al lunes? ¿Peca de sadismo quien trata con amabilidad a un masoquista? Recientemente he oído plantear esta cuestión: para desinfectar una pila de agua bendita contaminada, ¿hace falta usar cloro bendecido? Un alma deseosa de alcanzar el mayor desasimiento espiritual se angustiaba pensando: ¿cómo puede ser desinteresado mi amor a Dios si sé que cuanto más desinteresado sea, más meritorio resulta?

El hombre ama la complicación. El hombre religioso también.

¿Y qué podría decirle de los intérpretes de la Sagrada Escritura? Normalmente explican lo que es fácil recurriendo a lo más difícil. Por ejemplo, Lucas dice «bienaventurados los pobres» y Mateo «bienaventurados los pobres de espíritu». Lo natural sería explicar lo segundo a partir de lo primero, ya que todos sabemos lo que es pobreza y casi nadie sabe lo que es pobreza de espíritu. Pues no, ellos proceden al revés; como si a un niño que preguntara qué significa «anticuado» le respondiéramos: lo mismo que «obsoleto». El hombre piensa, el exégeta piensa. Se pasan la vida glosando, descomponiendo y

reelaborando los textos bíblicos, hasta que consiguen una magnolia de papel perfecta y luego le ponen perfume de magnolia. No me pregunte usted acerca del búcaro, obra exclusiva de los teólogos. ¿Recuerda lo que decíamos de los tratados sobre el humor, que son precisamente lo contrario del humor? Así también gran parte de la teología que se hace habitualmente es lo contrario de una posible mariología escrita por San José.

Me temo que seguirá siendo siempre igual, porque el hombre no muda fácilmente. ¿Cuáles cree que serán los problemas de la Iglesia en el año 3000? Supongo que también entonces ella tratará de cumplir lo mejor posible su misión, en circunstancias que seguramente no van a ser muy propicias, cuando la reproducción humana se efectúe mediante duplicados astrales y la duración de la vida dependa tan sólo del grado mortal de aburrimiento. Pues bien, lo que más inquietará entonces a algunos responsables de la Iglesia será cómo trasladar los restos de santa Gema Galgani, sin peligro de deterioro, hasta el planeta Saturno.

Los hombres son complicados. Ciertamente, hay quienes terminan por reconocer que la verdad es simple, pero siguen sosteniendo que el único método seguro para llegar hasta ella es dando muchas vueltas. De hecho, sólo a través de un laborioso razonamiento llegó Descartes a enterarse de que existía. Casi al final, minutos antes de expirar o de acceder al plano del humor, creo que aún no daba su brazo a torcer: ha valido la pena, decía, filosofar toda la vida para convencerse de que filosofar toda la vida no valía la pena. Efectivamente, un largo viaje de Madrid a Barcelona pasando por Caracas.

19

Usted pensará, y con razón, que soy un presuntuoso, que me tengo por una de esas poquísimas personas, clarividentes, capaces de comprender en toda su hondura el misterio de la trivialidad humana. Tamaña pretensión por mi parte sólo podría ser corregida con otra pretensión mayor, afirmando que pertenezco a otra especie distinta, que soy un extraterrestre en viaje de inspección a este mundo sublunar. ¿Acaso podría usted desmentirme?, ¿acaso podría demostrar lo contrario? Piense que entre mis atribuciones menores está la de poder adoptar la apariencia corporal humana con tal perfección, que nadie llegase nunca a sospechar mi verdadera identidad. En cuanto a mi alma, digamos que es inmune a todo contagio, que está puesta al baño María, a una temperatura semejante a la de los hombres pero preservada del contacto directo con ellos. Aunque mi comportamiento le haya parecido hasta ahora completamente humano, así lo espero, nada podría deducir de ahí. Hay copias que superan al original. En un concurso de imitadores de Charlot, se presentó Charles Chaplin y obtuvo el segundo accésit. Insisto, si yo afirmo ser un extraterrestre usted no puede desmentir mi afirmación. Me permito recordarle aquel diálogo que mantuvieron el maestro Subhas y uno de sus discípulos. Era verano, al amanecer. El maestro observaba el vuelo de los pájaros, el placer del vuelo a esa hora temprana. «¿Y cómo sabes —preguntó el discípulo— que los pájaros sienten placer si tú no eres pájaro?» El maestro respondió: «¿Y cómo sabes tú que no soy pájaro si tú no eres yo?»

Admitamos por ahora la hipótesis más banal, supongamos que soy efectivamente un hombre, natural de Tafalla y vecino de Madrid, con hijos y nietos, con una cierta propensión a

divagar sobre las flaquezas de la condición humana. Usted es joven, pero debería comprender que, entre los escasos placeres que nos quedan a los viejos, está el de presumir de haber vivido y, por tanto, de hablar con conocimiento de causa. ¿Se trata sólo de un placer residual o es el principal placer de la vida? Recuerde, no se viaja por viajar sino por haber viajado. En cualquier caso, ningún placer estaría completo sin este apéndice final. La degustación de un vino consta de cuatro tiempos: se huele, se paladea, se traga, se habla de él. Lo que ocurre es que hoy a los viejos no se les escucha. Antigualmente era otra cosa. Ya conoce lo que significa «senado», un congreso de ancianos, un templo de la sabiduría. Ahora, en cambio, sólo se habla de enfermedades seniles. Pero usted es un joven amable y soporta la conversación de este viejo sin muestras visibles de fatiga. Usted es un joven inteligente, deseoso de aprender, y me creerá si le digo que los hombres son criaturas sumamente extrañas.

Nada tan extraño y asombroso como un ser humano. Un animal racional, capaz de robar el fuego a los dioses y de emplearlo luego en su propia destrucción; a pesar de ser tan limitado, ha sabido elaborar la noción de infinito; se halla a la vez por encima y por debajo de su propia definición, no coincide consigo mismo. Se trata, evidentemente, de una criatura inacabada. Pero no sabemos a qué pudo deberse semejante anomalía. Quizá era nada más el borrador o proyecto de algo que debía realizarse más tarde, en otro planeta o con otros materiales más nobles. Quizá el Creador, en su deseo de hacer una cosa muy admirable, se entretuvo demasiado y le sorprendió el séptimo día en mitad de la tarea. Tal vez ocurrió lo mismo que con la torre Eiffel. Usted sabe que ésta no es sino el andamio metálico que hubo que levantar antes de comenzar las obras de la verdadera torre; los costes del andamio fueron tan altos, que se agotó el presupuesto.

Todo ello, como puede comprender, se prestaría fácilmente al humor de un marciano, al sarcasmo de cualquier criatura bien terminada, salida de fábrica sin deficiencia alguna. Imaginemos a ese ser perfecto observando lo que sucede en la Tierra. «En una habitación negra un ciego busca un sombrero negro que no está allí». Es el chiste clásico del vidente, el típico humor negro que ahora, refiriéndonos a la humanidad, en general, encontraría en boca de un extraterrestre su portavoz más autorizado.

Pero, créame, también un terrestre está capacitado para

hacer humor sobre las miserias terrenales. El *Galgenhumor* es lo contrario del humor negro, porque lo practica, no un espectador cruel, sino la propia víctima o un pariente suyo que sabe que mañana mismo él también subirá al patíbulo: no se ríe de la víctima, se ríe con ella. «Soy hombre y nada humano me es ajeno». En los aspectos ridículos del prójimo él contempla los suyos propios y practica un humor solidario. Pongámonos en lo más fácil, querido amigo, admitamos que yo también soy hombre y nada humano me es ajeno, al menos como hipótesis de trabajo, y déjeme decirle que los hombres son unas criaturas muy raras, aptas para suscitar la hilaridad de los Cielos y de la Tierra.

El hombre presume de inteligencia y es capaz de vivir engañado toda su vida. Presume de moralidad y su conducta escandaliza al resto de las especies. Ni siquiera sus virtudes son siempre tales virtudes. Observe con cuánta facilidad suele tomarse por valentía lo que sólo es inconsciencia, por perseverancia lo que es simple obstinación, por mansedumbre la cobardía y por discreción la indiferencia. Allí donde se alaba la firmeza de criterio, muchas veces sólo existe falta de sensibilidad para los matices. Lo que llamamos amor al pasado no es sino miedo al futuro y lo que se considera fidelidad no pasa de ser pura inercia. ¿Le parece que soy injusto, que soy demasiado severo con el género humano? Al menos convendrá usted conmigo en que existen muchos más célibes que castos, más limosneros que caritativos, más pacifistas que pacíficos, más justicieros que justos, más panegiristas de la virtud que personas virtuosas, más esposos faltos de oportunidades que constantes en su amor. Efectivamente, a menudo sus virtudes no son tales virtudes.

¿Y sus vicios? Le confesaré una cosa: si yo tuviera que actuar como abogado de la humanidad, no se me ocurriría poner de relieve sus virtudes, me limitaría a excusar sus defectos; pero si fuera el fiscal, no insistiría en sus culpas, simplemente impugnaría sus virtudes. Quiero decir que tampoco muchos de los pecados humanos suelen ser tales pecados. Son más bien caídas en el sentido material de la palabra, tropiezos, errores, incluso erratas, o hábitos inveterados y carentes ya de significación (recuerdo dos dibujos de Claude Serre: en el primero, una Eva fascinante y espléndida ofrece una manzana al joven Adán; en el segundo, Eva viejecita está dándole a Adán, que ya no tiene dientes, una cucharada de compota de manzana). Hacer el mal por el mal resulta un ideal inase-

quible para estas criaturas, no menos que amar el bien por el bien. Sólo Dios y Satán son capaces de tanta asepsia. El hombre es un ser menesteroso que busca su propio bien y a menudo se equivoca. No sabe resistir al mal ni tampoco complacerse de verdad en él. Seguramente está su alma más llena de miseria de lo que él cree, pero también su miseria está más llena de atenuantes de lo que él mismo piensa.

Por afición a la simetría hemos elaborado una lista de virtudes contrapuesta a la lista de vicios, y según eso decimos: contra pereza, diligencia; contra gula, templanza; etc. En realidad, bastaría establecer otra tabla de valores menos sublimes y decir simplemente: contra pereza, necesidad de sobrevivir; contra gula, colesterol; contra avaricia, inflación; contra soberbia, conocimiento de uno mismo; contra envidia, conocimiento de los demás; etc. Por lo que respecta a las virtudes, tal vez convenga destacar principalmente aquellas que yo llamaría «virtudes de omisión»: don José Martínez no es parricida, ni proxeneta, ni falsario, ni pelagiano, ni estuprador de ancianas, ni hugonote.

Todo es mediocre en los seres humanos, ¿no cree? Pero permítame, señor Deiró, quizá le moleste esta costumbre mía de hablar sobre los hombres en tercera persona. Creo que ya me referí a ello en otra ocasión y aduje el ejemplo de los médicos que, aunque sean diabéticos, explican la diabetes como una enfermedad abstracta, y asimismo los naturalistas, que aunque son todos mamíferos hablan de éstos en términos generales, con evidente desapego. Por otra parte, hace un momento le he dicho que aceptaba, al menos provisionalmente, la hipótesis de mi naturaleza humana y por tanto debo sentirme incluido en todos los juicios formulados acerca de los hombres. Sigamos, pues, hablando de ellos, que es la manera gramaticalmente más cómoda de hablar sobre nosotros. Le estaba diciendo que todo es mediocre en los seres humanos. Sus fuerzas son muy limitadas y sus sentidos sólo captan una parcela mínima de la realidad. Son incapaces de percibir tanto la presencia de los espíritus como el continuo deterioro de su propio organismo. Son seres bastante imperfectos, pero a la vez protegidos por su misma imperfección. Gracias a que su vista es deficiente, gracias a su incapacidad para detectar las muchas impurezas que contienen sus alimentos y los muchos móviles egoístas que esconden sus afectos, pueden realmente comer y amar; dotados de mejor vista, morirían muy pronto de inanición o de soledad. Todo en ellos tiene un sello de me-

dianía. Su vida no se caracteriza por el gozo ni tampoco por el dolor, sino más bien por la atonía. La atonía es el excipiente masivo donde se diluyen algunos placeres y algunos sufrimientos, propios de fechas muy señaladas. Viven siempre esperando lo mejor y temiendo lo peor, pero sólo les ocurren cosas moderadamente buenas o malas. Por cada carta de amor o cada aviso de Hacienda encuentran en el buzón treinta ofertas de un nuevo detergente.

De su vida moral hay que decir otro tanto, que se mueve dentro de una banda muy estrecha, muy lejos del sumo bien y del mal absoluto. Desde luego, ni son enteramente culpables ni son inocentes por completo, sino todo lo contrario. Es lógico sentir hacia ellos más admiración que desprecio y más piedad que admiración. Esa profunda tristeza que se adivina en el rostro de don José Martínez no quiere decir que haya asumido generosamente los sufrimientos del Tercer Mundo, pero tampoco es síntoma de su mala conciencia personal; simplemente es efecto de una úlcera de estómago. Dada su profesión, puede parecer que los jueces se creen superiores al resto de los mortales; pues bien, sepa usted que don José Martínez, que es juez, no abriga en absoluto tales sentimientos; es verdad que tampoco eligió esta profesión por puro amor a la justicia; se hizo juez sencillamente porque le suspendieron tres veces en Notarías. Las verdaderas razones, los verdaderos motivos del comportamiento humano no suelen ser muy gloriosos, pero tampoco infames.

En resumen: los hombres me parecen, más que inocentes, inexpertos, y más que culpables, insolventes. Por otra parte, todos desean ser perdonados, pero no a costa de que les digan que sus pecados son insignificantes.

El humor que de todo ello se deriva tendrá que ser por fuerza un humor benévolo. Durante la posguerra, una pareja de bailarines italianos llegó a cobrar cierta fama imitando malamente el claqué de Ginger Rogers y Fred Astaire. He ahí, diríamos, un típico pecado de *hybris*, la arrogante usurpación de un atributo reservado a los elegidos. Cuarenta años más tarde, un empresario sin escrúpulos lleva a televisión a los dos ancianos para que repitan, en las condiciones más lamentables, lo que no podía ser otra cosa que la parodia de una parodia; se trataba de algo así como un castigo por el antiguo pecado, se trataba de un humor infantil y cruel. Finalmente, Fellini idea el castigo al castigo, ridiculizando la puesta en ridículo efectuada por televisión, y nos da esa magnífica peli-

cula que se titula *Ginger y Fred*. Al mostrarnos a la pareja de bailarines en toda su inerme humanidad, no los glorifica, pero sí los redime e invita al espectador a compenetrarse con ellos. Se trata esta vez de un humor maduro e indulgente, sólo despiadado con los despiadados. Pienso en la misericordia de Dios, que los padres griegos llamaban «el juicio del juicio».

20

Como puede ver, amigo Deiró, la mayor parte de los vicios y virtudes de estas criaturas no son otra cosa que semivicios y semivirtudes. Es lógico. Piense hasta qué punto su libertad se halla restringida, condicionada, entorpecida. El espacio humano, además de ser muy estrecho, está muy contaminado de historia. Los hombres vienen todos a la vida con una herencia sumamente gravosa, víctimas de eso que suele llamarse concupiscencia, a la cual hay que sumar luego las presiones del medio ambiente, el tremendo poder de la inercia, el veto social que amenaza a toda forma de excentricidad o de santidad. Su misma inteligencia, además de ser falible, nace ya sujeta a prejuicios, a esquemas heredados casi inmodificables. Por lo general, esta gente suele tomar sus decisiones en los momentos de mayor obcecación; sus retractaciones, en cambio, coinciden con los instantes de mayor debilidad. ¿Qué grado de libertad pueden tener tales decisiones y retractaciones?

La conquista de la libertad se asemeja mucho al ejercicio de trepar por una cucaña. Todas las noches hay alguna mano alevosa que vuelve a dar jabón al poste. En el mejor de los casos, la libertad se reducirá a un proceso infinito de liberación. Es un verbo, no un sustantivo. A veces hay alguien, más obstinado que hábil, que llega por fin al extremo del palo. ¿Y qué encuentra allí, en la misteriosa bolsa del premio? No hay tal premio; dentro de la bolsa hay solamente un papel diciendo que el premio se halla en la cucaña de al lado, o cualquier otra frase igualmente humorística. El humor, en efecto, se ha dedicado siempre al tema de la libertad con especial delectación.

Nos sentimos tentados a decir con los deterministas: el destino impone los fines y el azar suministra los medios. Pero ¿qué ocurriría entonces? Si así fuera, si no existiera la libertad, familias enteras de vocablos tendrían que desaparecer del

diccionario, no sólo las derivadas de libertad, sino también de obligación, prohibición, ley, alabanza, represión, exhortación, recompensa, etc. Sólo nos quedarían unas pocas docenas de palabras: determinismo, abubilla, aguacero, alcotán... ¿Usted cree que un vocabulario tan pobre da para un viaje de Madrid a Barcelona? Digamos que hay dos extremos igualmente falsos: creer que la libertad humana lo puede todo y creer que no puede nada. Entre estos dos extremos cabe cualquier teoría sobre la libertad, la suya y la mía, por muy distantes que se hallen. Aun en las dictaduras más tiránicas todo ciudadano puede elegir entre comprar el periódico de la mañana o comprar el de la tarde; y ni siquiera el ciudadano más libre y poderoso, en la más libre de las democracias, puede comprar un yate cuyo peso sea superior al del volumen de agua que desaloja.

El hombre puede elegir, pero no puede escoger su nivel de elección. Las mimbres están contadas. Porque su futuro depende de un presente que viene dado por el pasado. Sin embargo, en todo presente hay un margen de maniobra, y esto es lo único que importa, no lo que haya hecho de nosotros el pasado, sino lo que en adelante hagamos de eso que el pasado ha hecho de nosotros. Claro está que el gravamen del pasado no es sólo físico, sino también moral. La responsabilidad constituye el reverso de la libertad, su lado enojoso. Al concepto de libertad pertenece tanto el derecho de elegir como el deber de asumir las consecuencias derivadas de la elección.

Perdone. El predicador tiende a ponerse trascendente lo mismo que la mujer tiende a quedarse embarazada. Bajemos el diapasón, renunciemos a las abstracciones solemnes, tal y como corresponde a dos viajeros de tren que acaban de pasar por Caspe. Le haré una simple pregunta. Aunque no me siento culpable de haber seguido durmiendo esta mañana cuando sonó el despertador, ya que lo paré instintivamente en cuanto empezó a sonar, ¿no seré tal vez responsable de este mismo gesto, hoy involuntario y automático, pero que algún día fue un gesto muy consciente, muy deliberado, dictado por la pereza? Los actos repetidos engendraron un hábito, el cual engendró una tendencia a seguir actuando en la misma dirección. ¿Dónde, en qué momento, debo situar mi responsabilidad? ¿Y dónde habrá que situar la responsabilidad de aquel individuo que no infringe voluntariamente una ley porque la

ignora, pero la ignora porque ha rehusado voluntariamente toda información sobre ella?

Le invito a que practique alguna vez esta clase de deporte, muy relacionado con la espeleología. Se trata de ahondar en la propia conciencia. Primero hallará el estrato de sus actos más recientes, luego otros actos inmediatamente anteriores que influyeron en éstos, después las intenciones que de forma directa los inspiraron. Siga usted descendiendo. Enseguida descubrirá que por debajo de dichas intenciones había otras más profundas que en cierto modo quedaban enmascaradas. ¿Las reconoce como suyas? Aunque pasaron inadvertidas a la hora de actuar, no por eso dejaron de influir en su conducta. Si no se hicieron presentes a nivel de conciencia fue porque estaban más arraigadas y mejor asimiladas que aquellas otras razones superficiales que aparentemente le movían. Enfoque ahora la linterna hacia esa zona del alma nunca visitada. Continúe bajando. Cada estrato geológico significa un juicio de valor sobre el anterior. Pero he aquí que en cierto momento, inevitablemente, surge una sospecha: si entonces existieron motivaciones ocultas y desconocidas que me impulsaron a obrar de cierta manera, ¿no existirán también ahora otras razones, igualmente ocultas y desconocidas, que me impulsen a enjuiciar aquéllas de cierta manera? Es como un proceso sin fin, dentro del cual el sujeto observador pasa a ser inmediatamente un objeto observado. Es como un juego inacabable de muñecas rusas. Se tiene la impresión de que un psicoanalista profundiza poco más que un dermatólogo. Vamos quitando capas y más capas, vamos alcanzando nuevas cotas de profundidad, ¿y qué conseguimos con ello? ¿Acaso la cota número 7 es más verdadera que la cota número 6? ¿Dónde está la verdad? Los griegos hablaban de la verdad como *alêtheia* o revelación, como una operación consistente en ir retirando velos. ¿Y si la conciencia fuera igual que una cebolla, compuesta nada más de sucesivas capas? Los puristas del amor se empeñan en limpiarlo de toda adherencia, suprimiendo cuanto haya en él de atracción sexual, gratitud, costumbre, alianza contra terceros, miedo a la soledad, etc.; al final ¿qué les queda en las manos? El amor ¿es la resta de todo eso o es más bien la suma de todo eso? Después de bajar a la cota de conciencia número 18, uno acaba preguntándose dónde estará exactamente la verdad, si en la cota 238 o tal vez en la 239.

Ni siquiera los más viejos del pueblo sabemos dónde está

la verdad. Es una recomendación galante y caritativa: debemos comprender cada vez más y juzgar cada vez menos. Incluso habría que tratar de comprender a los jueces y no juzgarlos. Que tire la primera piedra contra la adúltera quien nunca ha adulterado en su corazón; de acuerdo, pero también que tire la primera piedra contra los jueces quien nunca ha tenido la osadía de juzgar a su prójimo. En este sentido, la única actividad legítima sería la que desempeña un confesor: su misión es absolver; sólo debe juzgar sobre la sinceridad del arrepentimiento, y para ello tiene que creer al penitente, tiene que atenerse a su palabra. Alguien dijo que comprenderlo todo equivaldría a perdonarlo todo. Yo pienso hoy que lo más parecido a comprenderlo todo es reconocer que no comprendemos casi nada.

Si usted me preguntase cómo imagino al hombre ideal, le diría simplemente que como un hombre bueno. El señor Rupérez es un hombre bueno. Todos sabemos lo que esto significa; pero no sabemos explicarlo, pues se trata de una de esas palabras básicas, primordiales, que lo explican todo y no admiten explicación. Un hombre bueno, y basta. Bueno como san José, por ejemplo. Creo que la comparación no ha de parecerle al santo irrespetuosa, ni tampoco al señor Rupérez, si se enterase, le parecería exagerada, ya que él posee esa humildad natural, objetiva, propia de quienes nunca fueron tentados por la soberbia, una humildad digamos de orden físico, igual que la pobreza de san José, el cual nunca jamás pensó en hacer voto de pobreza. El señor Rupérez estima la bondad más que el sacrificio, la veracidad más que la valentía y la compasión más que la veracidad. De sobra sabe que las situaciones humanas nunca son simples y que los principios teóricos nunca son aplicables al pie de la letra. Si tuviera que concretar su experiencia del mundo y de la vida, se valdría de unas pocas palabras más bien modestas, nada apropiadas para el género épico: relatividad, probabilidad, suposición, rectificación, eventualidad, término medio. Siente horror a las grandes frases y le molesta profundamente cualquier forma de maniqueísmo. O esto o aquello, dicen los maniqueos. Tesis y antítesis, dicen los dialécticos. Ni esto ni aquello, ni tesis ni antítesis, piensa el señor Rupérez. Él sabe que todas las tesis y antítesis no pasan de ser puras hipótesis, productos mentales, fruto de nuestra tendencia a simplificar y exagerar. Gracias a su sentido de la realidad —así llama él modestamente a su sentido del humor— hace mucho tiempo que se

percató de que el mundo no es ni esto ni aquello, sino un discreto entramado de situaciones intermedias, de vidas mediocres, de pequeños éxitos que no autorizan ninguna euforia, de pequeños fracasos que no pueden fundamentar ninguna desesperación. Tanto la desesperación como la euforia son meros productos del espíritu. El señor Rupérez es un hombre práctico: su sentido de la realidad le impide hacerse ilusiones que acabarían fatalmente en decepción, mientras que su sentido del humor le evita el ridículo de atribuir a sus obras y a sus palabras una importancia desmesurada o un énfasis excesivo. Abomina de todo dogmatismo, habla con sencillez, prodiga los adverbios de duda. No le gusta discutir ni tampoco adoctrinar. ¿Escéptico, dice usted? Desde luego, el escepticismo difícilmente cuadraría con el ejercicio del magisterio o con la controversia ideológica; por el contrario, podría colaborar sin dificultad en una reflexión humorística. Dicen que el humor florece normalmente en épocas de decadencia, razón por la cual Cervantes fue un gran humorista y en cambio no pudo serlo el Arcipreste de Hita. ¿Ocurre otro tanto en la vida personal? Debo reconocer que el señor Rupérez padece de artrosis progresiva y que tampoco sus entusiasmos suelen ser indescriptibles. Repito, se trata simplemente de un hombre bueno. Su sentido del humor acrecienta su bondad, porque ha comprendido que el ridículo está hecho casi siempre de sufrimiento, del escarnio inherente a un yo idealizado, obstinado o susceptible en exceso. Un hombre bueno. En la escala del 1 al 10, yo le daría un 8, sólo porque él me ha enseñado que no existe el 10 ni el 9.

Pero no me pida usted que evalúe al resto de los humanos. Juzgar, comprender, reconocer que no comprendemos nada: un proceso claramente disuasivo. Si yo tuviera que clasificar a mis congéneres, necesitaría muchas más casillas que las convencionales; los dividiría en buenos, malos, regulares, nacidos en Detroit, ebanistas, coléricos, fotogénicos, castos, emperadores, etc. Tantos hombres, tantas casillas. Algo parecido a lo que ocurrió con aquel mapa de la provincia de Körech, tan minucioso y completo que tenía el mismo tamaño que la provincia. Pero si me viera obligado a resumir, dividiría a los hombres en dos grandes apartados: inclasificables y de difícil clasificación.

Tampoco puede pedirse que un pájaro sea además ornitólogo, ¿no le parece? Que venga el marciano clarividente y nos analice y nos juzgue y nos clasifique. Mejor aún, que baje un

ángel de los cielos. ¿Cuánto tiempo le haría falta para comprender que la gallina no es un águila defectuosa? Es muy probable que al principio cometiera errores de bulto. Simplemente, falta de adaptación de la retina. Pero no como si se tratara de una persona culta extraviada entre gente rústica; tampoco lo contrario. Pienso más bien en un príncipe que tuviera acerca del dinero una noción puramente abstracta, la del valor otorgado al tesoro de la Corona; imagino a ese príncipe en el trance de tener que pagar una consumición en un restaurante. La idea admite variantes infinitas. Podemos pensar que dicho ángel ya estuvo otra vez en la Tierra, pero vino exclusivamente para escribir un libro sobre los trilobites. Ahora se trata de seres humanos, seres que aparecieron en el planeta a principios del Pleistoceno. ¿Cuánto tiempo necesitará para entender lo que es la libertad humana, el amor humano, la lógica humana, el concepto humano de Dios?

Cualquiera que sea el talento de este espíritu puro, al menos se le supone un alto grado de benevolencia. Por consiguiente, a la hora de valorarnos, puesto a redactar un informe sobre estos vertebrados provistos de alma, criaturas mestizas y fluctuantes, dotadas de un espíritu mucho más imperfecto que el suyo y de un cuerpo mucho más vulnerable que el de los trilobites, yo creo que se mostraría sumamente comprensivo. Tal vez expresaría su opinión en términos muy semejantes a los que usa, para definirse a sí mismo, un amigo mío que es fontanero y ha publicado algún artículo en periódicos de su provincia: en vez de decir que es mal fontanero y mal escritor, dice que es el mejor escritor entre los fontaneros y el mejor fontanero entre los escritores.

Desgraciadamente, no ha llegado a nuestras manos ningún informe elaborado por un marciano o por un espíritu puro. Desgraciadamente, sólo poseemos muestras de humor doméstico, de humor humano.

Ya la palabra misma nos disuade de toda búsqueda inútil. «*HUMOR*: véase *Ingenio*, véase *Fluido*». Esta cita de la Enciclopedia Británica se ha hecho famosa. En efecto, decimos sentido del humor y decimos humores fisiológicos. Mejor que considerarla una palabra de dos sentidos, deberíamos ver en ella un doble sentido muy revelador. Aunque históricamente sea una palabra que se bifurcó en dos acepciones, hoy se trata de dos significados que confluyen en uno solo. La verdad es que sentido del humor implica cierta disposición de la mente a la vez que cierta constitución somática. En otras palabras, ¿el humor resultaría impensable en un espíritu puro? Bien está que lo asociemos más o menos con el temperamento fleumático e incluso con los climas húmedos, pero eso no quiere decir que el humor carezca de otras posibilidades de alojamiento y aclimatación. Las etimologías son reductoras y a menudo engañosas. Según ellas, todo candidato habría de ir vestido de blanco, todo payaso tendría que estar relleno de paja y todo pontífice debería dedicarse a la construcción de puentes. Por ahí llegaríamos hasta el absurdo, hasta negar el espíritu a un espíritu puro, ya que etimológicamente este vocablo significa respirar o soplar, dos funciones evidentemente corporales. Seamos, pues, razonables y concedamos al ángel, a la vez que el espíritu, la facultad de practicar el humor. Aunque difiera del nuestro tanto como el Cielo dista de la Tierra, su humor no puede ser tan sublime que excluya toda mención analógica, porque entonces significaría otra cosa completamente distinta, es decir, no significaría nada.

Por desgracia, sólo conocemos el humor humano, el que

practican los hombres sobre los hombres. Con frecuencia se trata de un humor agresivo, de los hombres contra los hombres. Permitame que me extienda sobre este particular; todavía nos quedan casi dos horas de tren. ¿Un cigarrillo?

«Humor se escribe con hacha», he aquí la divisa de una colección española de libros destinados al regocijo. Usted mismo lo habrá comprobado muchas veces, a la gente le gusta reírse de la desgracia ajena. Un famoso cómico inglés del siglo pasado llevó el sobrenombre de Grimaldi, palabra que viene a ser el resultado fonético de *grim-all-day*, «todo el día llorando»; era su llanto lo que más risa causaba. En cualquier manifestación de humor negro hay siempre tres personajes: un agresor, una víctima y un espectador que disfruta contemplando la agresión. ¿Y qué me dice del género satírico? Todo el mundo conoce el terrible poder de la sátira; hablamos de sus efectos demoledores o mortales, hablamos de fustigar, vapulear, herir y zaherir en un sentido más o menos metafórico, pero antiguamente la sátira llegó a ser un arma de combate en el sentido literal de la palabra, junto con las lanzas y las espadas. Entre los árabes, cuando se enfrentaban dos tribus enemigas, antes de que empezase la batalla propiamente dicha tenía lugar un duelo verbal, un intercambio de discursos satíricos, cuya finalidad era quebrantar la moral del ejército contrario. Representantes de uno y otro bando rivalizaban en asestarle mutuamente las invectivas más atroces. Muchas veces bastaba con este combate preliminar, con este turno de burlas. Tan abatido y humillado quedaba uno de los dos ejércitos, que abandonaba el campo sin haber desenvainado siquiera las espadas. Los tiempos mudan, el hombre no muda: Fernández Flórez confesó que un humorista nunca intentará matar a su adversario, sino tan sólo hacer que se suicide. Está averiguado: el humor tiene gracia, pero la tiene donde las avispas.

Lo que pasa es que hay otra clase de humor, querido Deiró, otro humor muy distinto. Cabría preguntarse incluso si se trata de un tipo diferente de humor o es más bien el único humor digno de tal nombre, en cuyo caso el llamado humor agresivo sería nada más una degeneración, una desviación o perversión. También acerca de Eros y Tanatos sabemos ya que no constituyen una pareja de valores opuestos, sino que se trata de un único valor y su contravalor correspondiente. He aquí mi pregunta: ¿sólo el humor que no es ofensivo merece el nombre de humor?

Decir que el humor nace del amor y engendra amor resulta una frase excesiva, casi hagiográfica. Desde luego, el humor nunca se dejará canonizar, a no ser para hacer luego con su corona de santo algún uso impropio o para colgarla del perchero cada vez que sale de casa. Pero sí cabe afirmar al menos que sus relaciones con el amor suelen ser muy estrechas, fecundas y recíprocas. Porque el humor no es de suyo agresivo, sino pacífico y pacificador; no hiere, cauteriza; no es mordaz, es benigno y tierno.

Entre dos personas que se aman, el humor facilita la convivencia porque permite perdonar setenta veces siete, porque ayuda a aceptar esas limitaciones que son inherentes a todo lo humano, también al amor humano. En el peor de los casos, como ocurre con la llamada experiencia de la vida, aunque no aportase nada valioso, al menos evitaría algo negativo; evitaría falsas ilusiones, y quien evita el engaño, evita también el desengaño. Porque el humor es realista, porque el humor posee el sentido de lo relativo. Concebir el éxito del amor, la historia feliz del amor, como una lenta evolución desde la rivalidad de dos egoísmos hasta la complicidad más perfecta entre ambos puede parecer una declaración de cinismo, pero puede ser también una muestra de humor inteligente. Se trata, no lo olvidemos, de criaturas muy indigentes y muy propensas al error. Además de perecedera, la carne es opaca. La carne es lo que permite allegarse por un momento a los amantes a la vez que los tiene permanentemente distanciados; es como un tabique que separa dos celdas contiguas y a través del cual, por medio de unos golpes convenidos, se comunican los reclusos que en ellas están encerrados. Siempre quedará en la persona amada un fondo de opacidad, un reducto inaccesible e inexplicable, porque las palabras humanas son equívocas o insuficientes y porque las otras formas de comunicación no son menos ambiguas. Dicho reducto el amante tiende a considerarlo como una posible plenitud de intimidad, como una tierra de promisión hacia la cual dirige sus pasos día tras día, ilusionadamente. No sabe que esa tierra es inalcanzable y es totalmente calcárea; se la han reservado los dioses para sí porque ahí sólo puede florecer el amor divino. El humor es capaz de presentir esto sin amargura alguna.

Por supuesto que el amor, que mueve el Sol y las otras estrellas, abarca infinitamente más que la relación entre dos personas. Y por supuesto que el humor tiene también ese mismo radio de acción y es capaz de manifestar en todos los

campos la misma fuerza bienhechora. En cualquier aspecto de la vida social actuará siempre como agente de paz, mitigando las tensiones y contribuyendo a relajar el ambiente. Cuando Kruschov se quitó el zapato en aquella memorable asamblea de las Naciones Unidas y empezó a golpear con él sobre el escaño, McMillan, primer ministro británico, se limitó a decir: «Lo siento, pero necesito que me lo traduzcan». El humor alivia porque desarma. Tal vez para evitar la fama de santo, que es una fama enojosa, prefiere realizar sus milagros de la manera más recatada, más laica; diríamos que sólo son juegos de prestidigitación. Amansa a las fieras, alegra a los tristes, pone sal y parece que ponga bálsamo. Posee una admirable capacidad de desarme.

No niego que en ocasiones el humor mismo pueda ser considerado y utilizado como un arma, pero solamente como arma defensiva. En términos generales, podría incluso ser definido como un mecanismo psíquico de defensa ante un medio hostil, homologable a otros mecanismos de autoconservación que existen en todo ser vivo. A veces se revela simplemente como una forma del pudor, a veces su reacción consiste en un contraataque. «Las novelas de Baroja tienen mucha miga, se nota que ha sido panadero»; a esta observación de Rubén Darío contestó Baroja: «Rubén Darío tiene una brillante pluma, se nota que es indio». No hace falta subrayar eso que resulta tan obvio, que el derecho ampara sólo a quien replica y que sólo río de verdad quien ríe el último. Un rey quiso conocer a un súbdito suyo que, según le habían dicho, se parecía extraordinariamente a él; cuando lo tuvo delante le preguntó: «¿Sabes si tu madre sirvió en palacio por aquellas fechas?» «No, Majestad, pero mi padre sí». Insisto, el humor se hallaría solamente en las respuestas, en lo que éstas tienen de culminación o inversión de una ironía. Y al contrario de lo que ocurre en el llamado humor negro, aquí los espectadores no se ríen de la víctima sino del agresor: del alguacil alguacilado. Supongo que esta explicación agradará a los hagiógrafos más exigentes, ya que exime al humor de toda culpabilidad y a la vez permite atribuirle, sin desdoro alguno para él, tantas sátiras excelentes, sin duda las mejores, que han sido y son flor y gala del ingenio humano. «¿Qué tal, cómo andas?», saludó un ciego a un cojo, y el cojo respondió: «Pues ya lo ves».

Querido amigo, todos somos ciegos y cojos. Esa es la cuestión. Si alguien dijese que el humor sólo se da entre gente sabia y honesta, a mí me parecería una exageración, pero no

tendría inconveniente en aceptarlo con tal que se entienda muy discretamente: gente que es consciente de su ignorancia y de sus defectos. Esta moderadísima definición de la sabiduría y de la honestidad amplia, por una parte, el número de posibles humoristas; por otra parte, exige un tipo de humor que se haga realmente solidario de los males que fustiga. Quien posee sentido del humor reconoce las debilidades ajenas como propias. La vanidad, el miedo, la hipocresía, los extravíos de la razón, las virtudes que no son virtudes y los vicios que no son vicios, el afán de complicarlo todo, la afectación, he ahí el tema universal y permanente del humor, todos esos rasgos ridículos que no son privativos de don José Martínez, sino extensivos a la humanidad entera, incluido el propio humorista. «El humorista corre con la liebre, el satírico corre con los perros». Humor solidario significa humor compasivo en el mejor sentido de la palabra: no compadecerse de, sino padecer con. O lo que es igual, no reírse de, sino reír con.

El humor es activo y pasivo. De hecho, lo que llamamos sentido del humor se aplica tanto a la persona que sabe practicar el humor como a aquella que sabe encajarlo. Y la modalidad más excelsa del humor tiene lugar cuando reúne ambos significados, cuando alguien sabe reírse de sí mismo. Le pondré un ejemplo. Para alejar toda tentación de soberbia, un Papa puede elegir entre estos dos procedimientos: o humillarse con sinceridad o gloriarse con humor. En su viaje a Loreto, Juan XXIII fue recibido solemnemente por el jefe de la estación, Fernando Povesi, antiguo compañero de colegio. El Papa correspondió a sus palabras de salutación confirmando las alabanzas recibidas, no declinándolas: «Veo, Nando, que los dos hemos hecho carrera».

Quien sabe reírse de sí mismo desarma a sus adversarios porque los deja ociosos, porque les obliga a dar golpes contra un colchón o porque convierte la batalla en una partida de parchís. Los chistes sobre catalanes en catalán, los chistes anticlericales que suelen contar los curas, la autocrítica irónica que firma el propio autor en la solapa de su libro, neutralizan la posible acción de madrileños, francmasones y críticos literarios. Usted sabe que los chilenos definen el superego como ese argentino pedante que todos llevamos dentro. Pues bien, Borges afirma de sí mismo y de paso responde a los chilenos: «Soy un ciudadano de la República meramente Argentina». Meramente, he aquí un adverbio que vale por todo un ejército. El humor que uno se inflige a sí mismo constituye mu-

chas veces el mejor recurso de autodefensa. Si es verdad, como decía Bierce, que el homeópata resulta ser un humorista de la medicina, creo que también la inversa es verdad, que quien se ríe de sí mismo queda ya vacunado contra ese mal que acaba de inocularse. Hay una receta de medicina homeopática que nunca me cansaría de propagar: conviene reírse de uno mismo cinco minutos cada mañana a fin de no hacer el ridículo el resto del día.

Homo est risibilis. El hombre es ridículo y es capaz de reír. El hombre es ridículo pero es capaz de reírse de sí mismo. ¿Me permite aludir de nuevo a la humildad? Si la humildad de reconocernos pecadores puede absolvernos de nuestros pecados, quizá también el hecho de reírnos de nosotros mismos nos libre del ridículo y nos convierta en personas mínimamente presentables. (Por supuesto que el símil de la humildad podría prolongarse hasta aquel aberrante extremo en que el humilde, después de confesarse reo de todos los pecados, termina presumiendo de humildad. Efectivamente, un humorista puede llegar a reírse de sí mismo y conseguir que los demás participen en la fiesta, pero tal vez no soporte que se ríen de su sentido del humor. El, que se preciaba de no tomar en serio su persona, ha caído en la contradicción de tomar demasiado en serio una de sus cualidades. Tras jactarse de ser lo contrario de un Narciso acaba siendo un Pigmalión, enamorado de su propia obra, lo cual viene a ser una forma vergonzante de enamorarse de su propio rostro. Y es que el humor, lo mismo que la conversión del alma, significa un proceso sin fin.)

Quien tiene sentido del humor sabe que es hombre y que nada humano le es ajeno. Siempre estará dispuesto a excusar los aspectos ridículos del prójimo porque en ellos contempla los suyos propios. Y puesto que se da cuenta de que en su vida hay un lado grotesco que es común a todos los mortales, no tiene mayor dificultad en perdonarse a sí mismo. No es cosa sencilla, por lo visto. Normalmente, el hombre se sobrestima o se desprecia, pero no sabe aceptarse. Se adora o se aborrece, quizá se adora y se aborrece, pero no sabe reírse de sí mismo. Le falta humor porque le falta tolerancia y paciencia consigo mismo. Está quebrantando un mandamiento muy grave: el de amarse a sí mismo como al prójimo.

El humor funciona a instancias de esa figura paterna representada por nuestra conciencia moral, cuando el superego renuncia a su papel de juez severísimo y se convierte en pa-

dre indulgente. Freud *dixit*. Por esta vez, el altisonante argentino se sienta a la mesa junto a sus hermanos transandinos y come con ellos el pan común de la humanidad. El superego se inclina afectuoso hacia un ego amedrentado y le dirige palabras consoladoras, demostrándole que sus problemas no tienen tanta importancia como él les atribuía. En efecto, sentido del humor equivale a sentido de la relatividad. Basta un nuevo planteamiento de la situación, que hasta ahora parecía angustiosa, para que todo sea distinto. El humor no miente ni disimula, no mitiga nuestra angustia corriendo provisionalmente una cortina sobre los problemas. Nunca el humor oculta los problemas; al contrario, revela su verdadera naturaleza: no es que sean grandes ni pequeños, es que son infantiles.

Esta palabra no contiene directamente ningún juicio de valor. Alude a una realidad que es más bien de orden físico, la infancia que pervive en el corazón de todo hombre. Infancia indestructible, aunque sepultada bajo ese cúmulo de cosas que los años han ido depositando encima: frustraciones, represiones, inhibiciones, desengaños, y tantos revoques sucesivos de falso embellecimiento, eufemismos, explicaciones convencionales, códigos de interpretación, todo cuanto constituye el lastre específico de los adultos. A pesar de todo ello, la niñez subiste en el fondo del hombre y de vez en cuando da muestras de vida: una repentina nostalgia, un amor sin cálculos, la fulgurante adivinación de que todo es juego, el aprecio instintivo de la bondad o del perdón, cierta forma desmañada de pecar, un acto de plena confianza en alguien, una momentánea suspensión del raciocinio. El humor resalta estos rasgos intermitentes para facilitarnos otra interpretación de la conducta humana, otro punto de vista más amplio, una explicación de segundo grado. El humor consistiría en demostrar cómo el adulto imita al niño que imita al adulto.

El día en que uno aprende a perdonarse y a reírse de sí mismo acaba reconciliándose con ese niño. Ha llegado ya a la etapa de la niñez, que no es la primera de la vida, sino la última. Camello, león y niño, los tres estadios del desarrollo humano según la terminología de Nietzsche. Primeramente, el hombre soporta como un camello la pesada carga de la ley impuesta por los otros. Cuando madura interiormente, logra sacudirse ese fardo y se convierte en ley para sí mismo; de la dependencia ha pasado a la autonomía. Se ha hecho león. Pero tiene que dar otro paso, tiene que sufrir un nuevo cambio.

Esto ocurrirá en el momento en que desaparezca la necesidad de autoafirmarse, la necesidad de demostrarse a sí mismo que es libre, y sencillamente, despreocupadamente, disfrute de su libertad. Quien pasó del «tú debes» al «yo quiero», ha de pasar después del «yo quiero» al «yo soy». Es la etapa final de la vida, esa última madurez que, por supuesto, nunca se experimenta como tal madurez, sino todo lo contrario, como ingravidez.

Señor Deiró, le diré una cosa. Las personas que no son capaces de reírse de sí mismas son profundamente desgraciadas, porque no pueden permitirse el placer de mostrarse indulgentes consigo mismas. El niño que llevan dentro está maniatado, amordazado y temblando. Un superego tiránico ocupa toda su alma y los territorios vecinos. Se avergonzarían mucho si alguna vez les viéramos enternecerse, comprar un paquete de pipas o ponerse la dentadura. Por miedo al ridículo, adoptan una seriedad excesiva que las convierte necesariamente en personas ridículas. Algo parecido les ocurre a quienes sufren de vértigo: por temor a caerse, terminan cayéndose.

¿Ha observado usted cuántas cosas en este mundo se maglogran o se quedan a medio camino por miedo al ridículo? No me refiero sólo a las autobiografías, a los usos amorosos, a las conversaciones entre soviéticos y americanos o a la posible amistad entre un padre y su hijo. Me refiero también al hecho de dejar en el plato una langosta casi desperdiciada sólo porque uno teme hacer el ridículo comiendo con los dedos.

La vida es demasiado importante para tomarla en serio. Es una vieja sentencia que evoca aquella otra según la cual la defensa del Estado es demasiado importante para dejarla en manos de los militares. Dígase lo mismo de la administración de justicia y los jueces, de la evolución del idioma y los académicos, de la energía nuclear y los políticos. Pienso también que la religión es demasiado importante para dejarla en manos de unos eclesiásticos carentes del espíritu de infancia. La gravedad es el mal por excelencia, la huella del Angel Caído entre nosotros. Satanás cayó *by force of gravity*. Con esta palabra de doble sentido designaba Chesterton la esencia del pecado.

¿Se acuerda de lo que dijimos sobre el origen histórico de la risa? Me refiero a aquel episodio que cuenta Konrad Lorenz, cuando unos hombres del paleolítico rompieron a reír, por primera vez en la historia, al darse cuenta de que era un mono inofensivo lo que ellos habían creído una terrible fiera. Escarpit reproduce esa página de Lorenz para explicar cómo la risa expresa casi siempre un desahogo después de alguna tensión emocional, el alivio de la seguridad recuperada tras un paréntesis de incertidumbre y ansiedad. Concluye que para poder reír es indispensable cierta seguridad, hace falta pisar terreno firme. Según esto, el espectáculo del absurdo sólo es divertido si se posee como referencia indiscutible un patrón de normalidad y un chiste de locos sólo hace reír cuando uno está convencido de la propia salud mental.

Me pregunto qué hará falta para encontrar risible el modo general de proceder y de pensar de los hombres. Quizá una de estas dos cosas: o bien tener una naturaleza superior al hombre o bien tener una confianza total en algo que sea superior al hombre. En cuanto a lo primero, confieso que no me es fácil concebir las carcajadas de un marciano que acaso carezca de rostro, pero esto no prueba nada contra la risa de tal individuo, sino tan sólo contra mi mezquina idea de lo que es la risa, un fenómeno para nosotros siempre asociado con la contracción de quince músculos faciales. En cuanto a lo segundo, a la necesidad de confiar en algo o alguien superior a nosotros, caben diversas posibilidades. Es posible incluso depositar nuestra confianza en la muerte misma, un poder sin duda muy superior a los pobres mortales: para encontrar risible esta vida de calamidades y desvarios bastaría pensar que la muerte acabará con ella muy pronto. Dentro de cien años, todos calvos. No sólo habrá desaparecido nuestro cabello, sino también todas nuestras angustias, nuestras peleas familiares,

nuestro reuma, nuestros fatigosos razonamientos. Me parece un motivo de consolación bastante aceptable y, desde luego, una confianza bien fundada. Sin embargo, no me negará usted que en esta materia los creyentes llevan mucha ventaja sobre los incrédulos. Su confianza en Dios, a quien además tienen por padre, les permite reírse de todo lo humano y lo divino. Estoy hablando, como ya dije antes, de los verdaderos creyentes; de los otros no hablo, ya que los otros, los creyentes puritanos, sólo se dejan ganar en seriedad por los ateos puritanos.

La fe religiosa y el humor tienen mucho en común. La fe nos enseña a contemplar la vida *sub specie aeternitatis*; el humor, a contemplarla desde un punto de vista que es lo más parecido a la eternidad, desde la constelación de Andrómeda, observatorio privilegiado para valorar certeramente no sólo nuestras insignificantes vidas de seres anónimos, sino incluso la dilatada y brillante existencia del señor Reagan. Lo mismo la fe que el humor poseen ese sentido de la relatividad que sirve para desenmascarar y poner en entredicho tantos valores considerados entre nosotros como absolutos. Dígame qué quedará de los honores mundanos, de nuestro miedo al ridículo, de la obsesión del placer o del dinero, del engreimiento de la inteligencia; dígame qué quedará de todo eso después de someterlo al agua regia del humor o de la fe. Por lo que a nuestros sufrimientos respecta, recuerde cómo el humor ayuda a relativizarlos, eliminando los que son superfluos y reduciendo a su justa medida los que son inevitables; está claro que deberían desaparecer automáticamente todos cuantos provienen de aquellas pasiones que el humor califica de irrisorias y la fe de pecaminosas. Bultmann llegó a pensar: «Tal vez el sentido del humor no sea sino una versión secularizada del sentido cristiano del dolor».

El humor acaba resultando un eficaz misionero y la fe se revela como el gran aliado del humor. Éste prohíbe a los hombres considerarse el centro del mundo o empeñarse en construir una torre que llegue hasta el cielo, los disuade de toda vanidad e hipocresía, les recomienda que amen al prójimo y se amen a sí mismos como al prójimo; es decir, sus advertencias vienen a corroborar los mandamientos de la ley de Dios. Por su parte la fe, en correspondencia a tales favores, apoyará gustosamente las tesis del humor ofreciendo una concepción del universo donde el hombre resulta ser, al mismo tiempo, criatura mínima e hijo de Dios. Por lo primero se

ridiculiza su fatuidad, por lo segundo se consolida su confianza, y por uno y otro motivo se fomenta el humor.

En esa confianza suprema, en esa fe religiosa, basan los creyentes su derecho al humor. Por muy difícil que se presente una situación, siempre existirá la certeza de un apoyo seguro, una asistencia que no falla jamás. La posibilidad de practicar el humor en un mundo lleno de penalidades des cansa, en última instancia, sobre la noción de un Dios providente. Ninguna desgracia, ninguna suma de desgracias, podrá desmentir jamás su fe en Él, su fe en una protección incesante e incondicional. ¿Justifica esto alguna clase de optimismo? Chesterton confesó que su amor a la vida tenía mucho más que ver con el patriotismo que con el optimismo propiamente dicho. Citaba el ejemplo de los romanos, los cuales no amaron a Roma porque fuera grande, sino que ésta llegó a ser grande porque ellos supieron amarla. Se trataría, en todo caso, de un optimismo activo y voluntarista. A Dios rogando y con el mazo dando, a sabiendas de que rogar a Dios es una forma de usar el mazo y que usar el mazo es una manera de hacer más eficaz la oración. No sé si conocerá usted la célebre hazaña de un tribuno militar llamado Marcelo. Frente al ejército cartaginés, Marcelo sólo contaba aquel día con unas pocas centurias diezmadas. Sus capitanes intentaron disuadirlo de entablar un combate tan desigual; todos estaban convencidos de que irían a la derrota. ¿Cómo compensar la diferencia de fuerzas y, sobre todo, cómo remediar el desánimo de sus soldados? Marcelo propuso someter la decisión al arbitrio inapelable de los dioses: si sale cara, daremos batalla; si sale cruz, desistimos. Salió cara. Y aquellos escasos hombres mal armados, asistidos de una fe ciega en el destino, lucharon y vencieron. «Ninguna fuerza humana hubiera podido alterar la voluntad de los hados», comentó a Marcelo uno de sus ayudantes durante el banquete de celebración de la victoria. Marcelo sonrió y se limitó a mostrarle la moneda que había servido para consultar a los hados: era una moneda falsa, una moneda con dos caras. He aquí un episodio que habría entusiasmado a Chesterton, porque ilustra muy bien su concepto tan peculiar del optimismo.

Ciertamente, la fe religiosa exige de los creyentes una enérgica cooperación en su lucha contra el mal. Pero lo que les pide ante todo y sobre todo es que confíen en Dios, el cual, según lo que escribió san Pablo y la experiencia histórica ha confirmado repetidamente, tiene la extraña costumbre de

elegir lo débil para humillar a los fuertes, lo necio para humillar a los sabios, las centurias diezmadadas para vencer a los ejércitos más poderosos.

Pero sus designios son inescrutables. Por consiguiente, aunque la confianza en Dios sea muy confortadora, pues el triunfo del último día está garantizado, tiene que ser a la vez una confianza muy firme, ya que los fracasos pueden ir acumulándose hasta el penúltimo día. Tanto el pesimismo como el optimismo superficial quedan descartados. Ante una misma realidad estable y precaria, el pesimista se queja: «No aumentan las vocaciones sacerdotales», mientras el falso optimista exclama, eufórico: «La crisis de vocaciones ha terminado». Palabras escritas en el agua. Sólo un humorista o un creyente de fe más honda podría hacer de esa situación la exégesis adecuada. Repito, los designios de Dios son inescrutables. Aparentemente hay razones para el pesimismo, puesto que muchos esfuerzos en favor del bien resultan vanos, muchas buenas intenciones son tergiversadas y muchas acciones generosas se hunden en el vacío. Sólo un humorista más lúcido o un creyente más sensible al humor estará en condiciones de contemplar el reverso de la medalla y podrá regocijarse comprobando con cuánta frecuencia los errores resultan más beneficiosos que las verdades, los desórdenes contribuyen a crear una armonía más justa, las excepciones son tan numerosas que invalidan cualquier regla y los fines acaban obteniéndose a través de los medios más contraindicados. ¡Oh *feliz culpa!* Es lo que suele llamarse «ironía del destino», expresión laica del humor de ese Dios que se complace en escribir derecho con renglones torcidos.

La fe relativiza todo cuanto acontece y lo pone entre signos de interrogación. El creyente puede estar viviendo una situación francamente desesperada, pero no grave. Aunque las cosas vayan de mal en peor hasta el penúltimo momento, nada modificará sus convicciones. Porque todo es provisional y todo susceptible de varia interpretación. Imagine usted que sale un día de casa y se encuentra en el suelo un billete de mil pesetas. ¿Buena suerte? Decide alegremente gastárselas en unos vasos de Chivas; al cruzar la calle, un adoquín mal puesto le hace caer y se rompe una pierna. ¿Mala suerte? Durante el tiempo que permanece inmóvil con la pierna escayolada, escucha por la radio un estúpido concurso de preguntas y respuestas; usted participa y acierta; usted sigue participando al día siguiente y acierta; al final obtiene como

premio un apartamento en la playa. ¿Buena suerte? Etc., etc. Es probable que cualquier día en ese apartamento se rompa usted el espinazo o el alma, pero ya para entonces habrá consistido de calificar su suerte de buena o mala. La confianza en Dios se refiere expresamente al último lance, el cual, sin embargo, viene a iluminar por anticipado todas las jugadas que se vayan produciendo.

Tal confianza en la suerte no está reñida con la voluntad de mejorar los naipes. A Dios rogando y con el mazo dando. Los maestros espirituales aconsejaban actuar como si todo dependiera de nosotros y confiar como si todo dependiera de Dios. Es lógico, no obstante, que en un creyente predomine esta segunda actitud. Nada más lejos del sentido cristiano de responsabilidad que las tremendas obligaciones asumidas por Prometeo. De ahí que el creyente tienda a enjuiciar a los titanes y gigantes de este mundo más enternecido que escandalizado. A los ojos de la fe, efectivamente, nadie tan apto como Prometeo para suscitar el humor, nadie excepto Sísifo.

Hay que hacer lo que Dios quiere, pero sobre todo hay que querer lo que Dios hace. La confianza deberá primar sobre cualquier tipo de actividad humana. Los cristianos saben que todo es gracia y, como la misma palabra indica, gracia es aquello que recibimos gratis. ¿De qué serviría escalar un monte cuando se trata de alcanzar la Luna? Oremos, repite el sacerdote una y otra vez. Incluso dentro de la oración habrá de prevalecer una actitud pasiva, pues lo más importante no es hablar sino escuchar, no es hacer sino dejar hacer. ¿Sabe usted cuál es la oración más perfecta? Cuando el orante, rendido de cansancio, acaba por dormirse; en ese momento todo él es pura aceptación de la voluntad divina. Indudablemente, el cuerpo sabe rezar mejor que el alma.

En la extraña economía de la gracia los verbos más decisivos se conjugan en pasiva: conquistar es dejarse obsequiar, ser fecundos significa ser fecundados, entender significa ser iluminados. Teológicamente debería decirse que el humor forma parte de la sabiduría y ésta constituye un don del Espíritu Santo. Ya sé que *Animus* tiene un temperamento activo y laborioso, mientras que *Anima* es de condición dulce, contemplativa e irónica. Ya sé que *Animus* está obligado a pensar, a razonar, a trabajar; ha de salir cada mañana para ganarse el sustento de la familia. Pero ¿qué sucede? Cuando vuelve por la tarde trayendo en el morral unos mendrugos y media docena de avellanas, se encuentra con que *Anima* ha

preparado por su cuenta una cena fastuosa. Ese momento, sin duda alguna, es un momento de humor.

La gente suele rezar pidiendo cosas, pero no existe ninguna certeza de que sus deseos se hayan visto satisfechos en una proporción superior al cincuenta por ciento, que es lo que correspondería estadísticamente. Supongo que las oraciones más gratas a Dios son aquellas en que se le pide algo espiritual, aunque mezclado con algo terrenal. «Haz, Señor, que pesque un pez tan grande, tan grande, que cuando lo cuente no tenga necesidad de mentir». Obviamente este pescador, tan deseoso de evitar un pecado, está tocando la fibra más sensible de Dios. De todos modos, una súplica bien hecha siempre tendrá éxito, ya que siempre se nos concederá una de estas dos cosas: o la realización más o menos inmediata de lo que hemos pedido o una creciente indiferencia respecto de ello. Ocurre que Dios suele contradecir nuestros deseos más insistentes, esos que conocemos y formulamos mejor porque se hallan en la superficie, y en cambio satisface plenamente nuestros deseos profundos, de los cuales apenas tenemos conciencia. ¿Quién sabe dónde está su felicidad? Pascal decía con evidente humor: la felicidad no está en nosotros ni fuera de nosotros; está en Dios, el cual está en nosotros y fuera de nosotros.

Gracias, señor Deiró. Yo no diría que soy una persona ilustrada, no diría siquiera que he leído mucho, simplemente he leído algo más de lo que suele darse como media nacional. Tuve la suerte, no sé si buena o mala, de estar inmovilizado largas temporadas a consecuencia de diversas fracturas, eso es todo. Mis lecturas han sido discontinuas, desordenadas y hasta caóticas. Ya ve, Pascal, Chesterton, Escarpit, Lorenz... Con Lorenz me une una misma pasión por las ocas. A propósito, ¿ha visto usted alguna vez un pato arlequín? Yo tampoco. Visité en vano los zoos de Hamburgo, Slimbridge, Zwinn, San Diego. Mi interés por esta familia de patos se debe al extraño nombre que le adjudicó Linneo: *Histrionicus histrionicus*. ¿Cómo será para haber merecido semejante calificación? Las láminas no expresan nada; habría que verlo en movimiento, habría que ver sus andares, sus modales, su respuesta a nuestro amor.

Perdone, ha sido una digresión, le estaba hablando de mis lecturas. Aparte de esas materias tan diversas, confieso que me he interesado también por la religión, afición que comparto con mi pariente el obispo. El está mucho más docu-

mentado que yo, naturalmente, pero sin duda yo soy más imparcial que él. De la Escritura él conoce muy bien los textos que llamaríamos apologeticos o funcionales, propios de su oficio. A mí me llaman más la atención otros fragmentos, casi siempre de carácter narrativo. Hay, por ejemplo, en el Génesis un episodio que me recuerda la teoría de Lorenz sobre los orígenes de la risa. Es una página donde queda constancia de lo que se podría denominar risa religiosa. Por supuesto que no fue la primera risa de este tipo, ya que la gente de la Biblia estaba desde siempre muy familiarizada con Dios y Este sin duda les había dado muchos motivos para reírse, al menos tantos como para asustarse. Me refiero al episodio de Abrahán y Sara. Abrahán era viejo y, cuando oyó una voz del cielo prometiéndole que tendría un hijo, «cayó rostro en tierra y se echó a reír diciendo: ¿Un hombre va a tener un hijo a los cien años y Sara va a concebir a los noventa?». Al oír tal promesa, Sara tuvo la misma reacción, estalló en carcajadas. ¿Una risa incrédula? La risa propiamente religiosa viene luego, una vez realizado el prodigio. Después que Sara dio a luz, exclamó: «Dios me ha hecho reír de alegría, y quienes en el futuro lleguen a saberlo, se reirán conmigo». He aquí un texto de enorme trascendencia. Los cristianos tienen el derecho, si no el deber, de seguir riéndose hoy junto con Abrahán y Sara. Son hijos de aquella pareja estéril, proceden de ella. Proceden todos de aquella risa.

Para reír así hace falta tener confianza en algo que sea superior a nosotros. La fe del hombre en Dios significa fe en lo humanamente imposible. Los ancianos engendran hijos, las bestias profetizan, las zarzas arden sin consumirse, las prostitutas preceden a los justos en el reino de los cielos, los primeros serán los últimos y los últimos los primeros. Todo un mundo al revés. Los olmos dan peras, las jirafas se encogen de hombros, las casas se empiezan a construir por el tejado y los sistemas filosóficos a partir de una revelación inverosímil. Los ciegos ven, los leprosos quedan limpios, los muertos resucitan. No hay risa más estruendosa que aquella que resuena dentro de una tumba vacía. La fe ha removido las losas y el humor funciona en ese juego admirable de ofertas imposibles, en ese vacío donde el único sostén que cabe imaginar son las manos de Dios. «¡Agárrate del pincel, que voy a quitar la escalera!» El pintor queda suspendido en el aire y la inteligencia se aferra a unos mínimos datos de fe. El hombre

piensa, Dios ríe. Cuando el hombre ha sabido renunciar a sus mezquinos pensamientos, ríe él también.

A juzgar por la catástrofe final de la muerte, nuestra vida, que en sus detalles aparece como una comedia, se revelaría en conjunto como una tragedia. Cada una de las partes es contingente y fútil, pero el todo resulta necesario, inapelable. ¿Qué tiene que decir ahí la fe religiosa? Al atestiguar el triunfo de Dios sobre la muerte hace posible un humor infinitamente elástico, capaz de abarcar ese todo como un detalle más y de tratar esa tragedia como parte de una representación sin fin, de un argumento cuyo final feliz consiste en no tener fin. La redención es lo contrario de la tragedia y la fe es lo contrario de la resignación. La risa estalla porque han quedado rotos los lazos de la muerte y ha caducado eso que el hombre, en sus lúgubres discursos, llamaba experiencia de la finitud. Bajo la bendición del Dios que ríe, el hombre ríe.

Su risa no se extinguirá ni siquiera en el umbral de la muerte. No hablo de la muerte como tema de humor, como tema festivo de unas Danzas Macabras para consuelo de aquellos desheredados de este mundo que siempre vieron en ella una suprema medida de justicia, un título de igualdad universal. Hablo de la muerte en sí misma, hablo del moribundo y de la posibilidad de ejercitar el humor en unos momentos tan dramáticos. Ese pintor que tantas veces se mantuvo en el aire agarrado al pincel no renuncia fácilmente a sus costumbres. Está a punto de expirar y el confesor, para animarlo, le habla del cielo con gran encarecimiento; le dice que allí podrá contemplar a Dios eternamente cara a cara. «¿Y nunca de perfil?», pregunta alarmado el pintor.

Muy poco antes de morir, recibió Juan XXIII la visita del cardenal Testa. «¿Cómo está mi amigo Roncalli?» El Papa moribundo, haciendo un gran esfuerzo, se esmeró en informarle con la mayor precisión: «Tu amigo Roncalli está francamente mal, pero he oído por la radio que Juan XXIII ha mejorado». No todos los creyentes, cuando agonizan, tienen semejante temple. Lo más probable es que el sufrimiento, incluso la angustia y la sensación de desamparo, y hasta su misma desolación espiritual, no les permitirá en esa hora tremenda ningún rasgo de humor. No importa. Todos esos motivos, sin exceptuar los más espirituales, son más bien impedimentos de carácter físico, casi al mismo nivel de la disnea, ya que nada

de eso afecta en absoluto al plano profundo del alma, allí donde tiene su asiento la confianza en Dios Padre. El humor es una concepción de la vida y de la muerte, el humor es una manera de vivir y de morir.

De mis lecturas bíblicas conservo el recuerdo de algunas frases que el evangelio atribuye a Jesucristo y que usted mismo habrá oído más de una vez. Cito de memoria, pero el sentido de las palabras creo que es exacto. No se oculta una buena noticia debajo del celemín, sino que se pone como un candelero para que alegre a toda la casa. Guardaos de los profetas de calamidades, que vienen a vosotros como lobos vestidos de ovejas, como aguafiestas disfrazados de predicadores. ¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe? Quiero que tengáis en vosotros mi propio gozo y que vuestro gozo sea completo. Si sonreís sólo a los que os sonríen, ¿qué merito tenéis?, ¿no hacen eso mismo los paganos? No atesoréis motivos de alegría que la carcoma del tiempo echa a perder y que los envidiosos podrían desbaratar; atesorad, en cambio, gozo para el cielo; donde está tu gozo allí está tu corazón. Vosotros sois la alegría del mundo, pero si la alegría se pone triste, ¿con qué la alegrarán? Esto os mando, que os alegréis los unos a los otros.

Sinceramente, querido Deiró, ¿a usted le parece que los creyentes son más felices que los que no creen? Ya sé que dicho así apenas tiene sentido, sería como preguntar si son más felices los dentistas, o los barítonos, o los domiciliados en la acera de los pares. Lo que pregunto es si los cristianos viven su religión como una religión de alegría. El mayor reproche que les hacía Nietzsche era no tener aspecto de ser felices. Hay en Roma un organismo oficial para la defensa de la fe, destinado a vigilar la ortodoxia. Pienso que hace tiempo deberían haber creado otro instituto para la defensa de la esperanza: el desaliento y la amargura son la peor de las herejías. Junto a las herejías del pensamiento, de fácil for-

mulación, como aquella que sostiene que el Espíritu Santo procede sólo del Padre y no del Hijo, existen otras más difusas, más inconcretas, herejías digamos del sentimiento, la sensación dominante, verbigracia, de que la religión es algo sombrío y funesto, neurotizante, frustrante. ¿Acaso no atañe esto directamente a la ortodoxia?

La mayoría de los cristianos, en mi opinión, no viven su fe como fuente de alegría. Sin embargo, ¿la culpa es siempre suya? No sé qué pensará usted al respecto, pero por mi parte puedo decirle una cosa: cuando oigo a los curas hablar del sufrimiento, de la desgracia y el sacrificio, los encuentro bastante elocuentes. En cambio, las contadísimas ocasiones en que les he oído hablar sobre la felicidad o el gozo carecían de toda fuerza de persuasión. ¿Por qué? No creo que sea sólo por la especial dificultad del tema, dificultad extensiva también a las artes plásticas; basta recordar las dos cabezas que esculpió Bernini, la del réprobo doliente, tan impresionante, y la del bienaventurado feliz, tan tópica, tan inexpresiva. Tiene que haber otras causas. Seguramente existen predicadores que, en su deseo de reclutar adeptos, omiten toda alusión al sacrificio y a la renuncia, o suscitan vanas esperanzas anunciando por su cuenta un éxito o una satisfacción que nunca llegará; pero hay otros que son culpables de una tergiversación peor: las promesas de felicidad que hizo Dios, cuando las exponen ellos, resultan tan poco convincentes que parecen falsas. Sería menester, supongo, todo un organismo oficial para defender la alegría cristiana contra unos y contra otros, contra los incendios y contra las inundaciones causadas por los bomberos.

Valdría la pena hacer una encuesta entre los creyentes preguntándoles qué concepto tienen de Dios, cómo se lo imaginan. Como un juez implacable, como el Altísimo o inaccesible, como un ojo que todo lo escudriña, como soberano universal o ingeniero del mundo, como un benefactor omnipotente pero arbitrario, como Motor Inmóvil, como guardián celosísimo, etc. Frente a este Dios, la reacción más natural suele ser casi siempre el temor, el deseo de fuga. Sin embargo, acto seguido, la recomendación más lógica y a la vez más inesperada sería aquella que daba San Agustín: «¿Quieres huir de Dios? Huye a Dios».

De niño, yo comprendía muy bien el miedo inicial de los gorriones al espantapájaros, pero no comprendía cómo ese miedo puede prolongarse más allá de un tiempo prudencial.

Al principio se asustan y escapan, y es natural que sea así. Pero después de algunos días deberían saber ya que ese palitroque con chaqueta es completamente inofensivo. Y luego habría una tercera fase, cuando por fin cayesen en la cuenta de que un espantapájaros resulta ser el mejor señalizador de los lugares donde encontrar alimento. La verdad, no entiendo cómo los gorriones no han llegado aún a una deducción semejante y cómo ésta no pertenece ya a la memoria genética de la especie. Tal vez sea menester que pasen algunos milenios. Pero ¿acaso los hombres son más perspicaces?, ¿acaso las generaciones humanas han logrado a través de los siglos difundir una noción más aceptable de Dios?

Péguy no salía de su asombro ante la poca confianza que los hombres tienen en su Señor. Veía que son capaces de practicar la caridad y el desprendimiento, incluso son capaces de realizar por Dios algunos actos heroicos, pero en cambio no aciertan a confiar suficientemente en Él. Tras un día de trabajo agotador, se acuestan y no pueden dormir, porque no paran de dar vueltas en la cabeza a sus miserables preocupaciones, lo mismo que un puñado de pepitas dentro de una calabaza vacía. «No me gusta la gente que no duerme», dice el Señor Dios. «Trabajar bien y dormir mal es peor que trabajar mal y dormir bien, porque la pereza es un pecado menos grave que la falta de confianza en Mí».

Se trata, pues, de confiar en Dios, de creer en su amor. Está bien que el hombre reconozca humildemente: «No soy digno del amor de Dios». Pero no es ésa la cuestión. La cuestión es darse cuenta de que tal amor, un amor inmerecido, gratuito e incondicional, ese amor sí que es digno de Dios. Porque si Dios sólo amase a los que son dignos de su amor, ¿qué mérito tendría?, ¿no hacen lo mismo los paganos?

Tras el temor debe llegar la confianza, y con ella el alivio. Desde la Edad de Piedra, desde aquel episodio del hombre prehistórico temblando en el bosque, la risa es un efecto del miedo vencido, de una seguridad recobrada. A menudo solemos reírnos precisamente con aquello que nos asusta o intranquiliza. Es una de las principales funciones del humor, exorcizar el peligro, conjurar sus amenazas. Resulta muy útil y aconsejable, lo mismo que silbar cuando pasamos por una calle de aspecto siniestro. Pero también sabemos que su utilidad es muy limitada: aunque sirva para mitigar el miedo, no sirve para alejar el peligro. Aquí es diferente. Aquí el humor se acompaña de una confianza contrastada, de una experiencia

gratificante. Los pájaros saben ya dónde encontrar alimento: lo que en principio parecía una amenaza se ha convertido en un señuelo. «¿Quieres huir de Dios? Huye a Dios».

Casi siempre, como usted sabe, el humor brota de una *discordancia*. En último término, de esa desproporción constante entre la pequeñez del hombre y la inmensidad de lo desconocido, de lo insondable. ¿No cabría rastrear ahí un llamamiento a la trascendencia, la referencia implícita a una realidad superior? Si esencialmente sentido del humor equivale a sentido de la relatividad, éste sin duda encuentra su mejor contrapeso en el sentido del absoluto.

Absoluto es uno de esos pocos sustantivos que pueden llevar indistintamente mayúscula o minúscula. Con mayúscula viene a ser una especie de nombre propio, el nombre del ser supremo que los creyentes identifican con Dios, un ser personal, no abstracto. Pues bien, la misma transposición y la misma regla ortográfica podrían ser aplicadas a aquella instancia superior de la conciencia que se conoce con el nombre de superego y que, según decíamos, se muestra a veces tolerante con las debilidades del ego, adoptando frente a él una figura paternal, comprensiva y benigna, que hace posible al hombre la práctica del humor consigo mismo. La fe cristiana habla de un Dios Padre que habita en los corazones y ejerce en ellos una incansable misericordia. Esa fe ha estabilizado el humor indulgente del superego transportándolo a otra escala.

Ciertamente, el Padre nunca deja de ser Dios, como tampoco el superego abdica de su misión moral y rectora. Pero los cristianos han aprendido a distinguir entre lo que es ley y lo que es gracia, y afirman que ellos viven en régimen de gracia, no bajo la ley. La ley exige de los súbditos ante todo una determinada conducta, por la cual quizá, si es correcta, recibirán después su premio. En el régimen de gracia, por el contrario, los preceptos morales derivan de una merced ya recibida. En el primer supuesto el hombre responde a una exigencia, en el segundo corresponde a un amor. Allí se trataría de obtener la felicidad como una conquista, aquí de disfrutarla anticipadamente como un don. Porque todo es gracia. El camello está sometido a la ley, el león está abandonado a sus propias fuerzas. Sólo el niño y el creyente se sienten a la vez libres y seguros. Viven bajo la mirada paterna.

En la encuesta citada anteriormente faltaba esa respuesta, la imagen de Dios concebido como Padre. La fe localiza lo trascendente, otorga un nombre a lo inefable y acaba dise-

ñando un rostro, un rostro capaz de reír. El hombre piensa, Dios ríe. Pero ríe especialmente complacido cuando el hombre, después de mucho pensar, acaba rindiéndose a la evidencia: cuando al fin se percata de que Dios mira con irónica ternura todos sus problemas, y que los tiene siempre muy presentes, cuidadosamente registrados junto a los problemas propios de los demás animales vertebrados. Dios reía con Sara cuando ella reía.

Pero tal vez le parezca a usted una forma inadecuada de hablar sobre Dios. Lo sé, es la clásica acusación contra los lenguajes antropomórficos. Para evitar tal reproche, la filosofía se ha esmerado siempre en manejar nociones muy neutras y asépticas, llamando a Dios Primera Causa, Ser Necesario o Ser Subsistente. Son ideas de laboratorio, como esa leche a la que, por afán de quitarle toda impureza, terminan quitándole todo sabor y poder nutritivo. La Escritura no hacía tantos remilgos. En ella se nos habla de la risa de Dios, de su ira, de su alegría y sufrimiento. Yahvé no era un ente de razón, ni tampoco un Dios remoto, como los dioses babilónicos, atareados exclusivamente en el gobierno de los astros, sino un Dios pie a tierra, el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, un Dios capaz de encolerizarse, de reír, de arrepentirse. ¿Es acaso menos exacto este lenguaje? Le diré dos cosas: primera, que también los conceptos filosóficos más alambicados son igualmente humanos, fatalmente humanos, aunque exangües y descoloridos; segunda, que esas locuciones bíblicas pertenecen al lenguaje figurado, sí, pero no por exceso sino por defecto. Me explico. Cuando llamamos hermanos a dos individuos que tuvieron la misma nodriza, estamos haciendo un uso excesivo del vocablo en comparación con los hermanos de sangre, hijos de un mismo padre y de una misma madre; por el contrario, cuando hablamos de hermanos en Cristo, el término se queda corto, resulta insuficiente, ya que la fraternidad fundada en Cristo es más profunda, real y efectiva que todos los vínculos de sangre. Por lo tanto, si oye usted mencionar la risa de Dios, multiplique mentalmente los decibelios.

La Escritura habla muchas veces del sufrimiento divino. ¿Y la impassibilidad divina, que los filósofos siempre han considerado un atributo fundamental, indispensable? Mire, señor,

si creemos de veras que Dios ama, estamos obligados a creer que Dios sufre. Porque no se puede amar impunemente. Quien ama, se hace vulnerable. Todo aquel que haya amado alguna vez sabe muy bien que felicidad y sufrimiento no son dos cosas incompatibles; lo que sí resulta imposible de conciliar es el amor y la indiferencia, el amor y la impasibilidad. Otro tanto sucede con la alegría de Dios, con su risa. «El que creó los oídos ¿no va a oír? El que creó los ojos ¿no va a ver?» El que hizo al hombre capaz de reír ¿no va a saber reír? Desgraciadamente, tendemos a una argumentación inversa. Del principio de impasibilidad han deducido los filósofos que Dios no puede reír ni llorar, y no faltará algún filósofo más estoico que de ahí concluya luego que el hombre, hecho a imagen de Dios, tampoco debe reír ni llorar. Hay teólogos que, cuando quieren explicar la vida bienaventurada, discurren de modo parecido: el cielo representa un mundo perfecto, por lo tanto no puede haber en él nada que sea risible o suscite la risa, nada que haga practicable el humor. ¿Por qué no se les ocurre pensar al revés, pensar que no puede ser perfecto un mundo donde no tenga cabida el humor, donde no sea posible reír? El hombre piensa, Dios ríe. El hombre es una caña pensante y triste.

En el principio era la risa. Dios reía con Adán y Eva en los tiempos de la inocencia. Un día éstos pecaron, y a continuación todo fue igual pero distinto. Hasta entonces estaban desnudos y de repente se encontraron desnudados, por lo cual corrieron a cubrirse con unas hojas de parra. Inevitablemente, Dios rió. Pero su humor adoptó aquel día la expresión formal del género satírico, el acento sarcástico: «¡He aquí al hombre, que se ha hecho ya como uno de nosotros!» El cronista transmite textualmente estas palabras tan mordaces. No será la única vez que quede constancia del sarcasmo de Dios. Su risa sacude y flagela a los impíos, su risa puede ser demolidora. Leemos en el salmo 2: «Se alían los reyes de la tierra contra el Señor y su Mesías; el que habita en los cielos se ríe, el Señor se burla de ellos». Su risa sarcástica retumba con frecuencia sobre los montes de Israel, quebranta las rocas de Meribá y esa peña más dura y resistente que es el corazón del hombre inicuo.

Pero hay otra risa divina, una risa bienhechora, vivificante y contagiosa. Al hijo de Abrahán y Sara, nacido en circunstancias extrañas, cuando ellos eran casi centenarios, le pusieron por nombre Isaac, forma apocopada de *Yisjaq-el*,

que significa indistintamente «Dios ríe» y «Dios es benévolo». ¿No encuentra esto maravilloso, señor Deiró? Me refiero a la equivalencia de esas dos acepciones, idénticas ya e intercambiables. Si es cosa muy de agradecer la bondad de Dios, aún es más digno de agradecimiento el que dicha bondad se configure y se manifieste bajo la forma de una risa benévola. *O dolce amor, che di riso t'ammanti*, según testimonio del Dante. Tal vez le parezca a usted una confidencia intempestiva, impropia de un compañero ocasional de viaje: sinceramente, pienso que la reprobación y la salvación consisten en que el hombre es objeto del sarcasmo de Dios o de su humor indulgente. No concibo otra desgracia mayor (su cólera me resultaría más soportable que su sarcasmo) ni otra dicha mayor (su misericordia sin humor me parecería menos completa).

En el principio era la risa de Dios. Y como era en el principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. ¿Qué ocurrirá el día del Juicio? Probablemente la nota más destacada va a ser aquel día nuestra sorpresa, nuestro estupor. Se nos ha advertido insistentemente que allí los primeros serán los últimos y los últimos los primeros, pero nosotros hemos interpretado ese aviso de una manera muy discreta, muy razonable: quedarán trastocados los criterios sociales de este mundo tan injusto. ¿Y nuestros criterios espirituales, que siguen siendo mundanos en gran medida? ¡Oh, el moralista convertido en jefe de protocolo! Para empezar, conviene saber que los méritos no representan cantidades absolutas, sino relativas: lo único que importa es la proporción entre el préstamo recibido y el capital acumulado; así consta en la parábola evangélica de los tres administradores. En España estamos acostumbrados a oír que aquí la vida es más barata que en el extranjero porque aquí una camisa, un coche o un kilo de carne cuestan menos dinero que en Holanda y en Alemania. Pero se omite el dato principal, el único que es significativo: cuántas horas de trabajo hacen falta aquí y allí para comprar dichos productos. Las pesetas, los florines y los marcos no pasan de ser cantidades abstractas; lo verdaderamente decisivo es la proporción entre ingresos y gastos, el valor adquisitivo del salario. Esto es muy importante, querido amigo, pues echa por tierra todos nuestros baremos, invalida cualquier posible código de evaluación. Aunque supiéramos (¿y quién podría saberlo?) cuál es exactamente el nivel de virtud de dos personas, aunque tuviéramos delante lo que suele llamarse un miserable y un santo de altar, nada podríamos de-

ducir de ahí, ya que se nos escapa por completo el otro término de la proporción, el número de talentos que uno y otro recibieron en préstamo. Quien entregue al final cuatro talentos tendrá más mérito que quien entregue ocho si éste había recibido cinco y aquél sólo dos.

Por otra parte, ¿qué quiere decir propiamente eso de más o menos mérito, más o menos gloria? Me parece una manera muy tosca de expresarnos; tal vez los adverbios de cantidad no tengan allí mayor sentido que los adverbios de lugar y tiempo. Puesto a imaginar un grado eminente de gloria, un grado máximo, yo pensaría en el galardón reservado a la inocencia total, la inocencia física, la misteriosa santidad de quienes murieron sin haber alcanzado el uso de razón, los niños recién nacidos, los subnormales profundos, todos aquellos cuya santidad fue obra exclusiva de Dios, sin un *minimum* siquiera de cooperación humana. Pues parece lógico que Dios no se deje ganar por nadie.

Pero ya comprende usted que todo eso no pasa de ser una especulación gratuita o una simple digresión. Lo único que me atrevo a vaticinar para aquel día es nuestra sorpresa más absoluta. ¿Recuerda la descripción que el evangelio hace del Juicio Final? Hay en ella un detalle que no podemos considerar como mero ornato retórico, sino como un elemento sustancial y muy deliberado, pues se subraya y se repite dos veces; me refiero al asombro, a la estupefacción que ahí demuestran tanto los bienaventurados como los réprobos. Parece indudable, pues, que habrá sorpresa. Anouilh lo imaginó de otra forma. Según él, Dios concede absolución general y salva a todos los hombres en masa, lo cual les parece muy injusto a los santos, que protestan enérgicamente al verse homologados con los pecadores en ese perdón colectivo; entonces Dios, ante semejante ruindad y dureza de corazón, no puede reprimir su cólera y arroja a los santos al infierno. ¿Qué le parece? Por sorprendente que sea el Juicio, no tiene por qué ser tan escandaloso. Aunque sin duda a mí personalmente me favorecería tal hipótesis, la considero insostenible, pues pienso que el corazón de Dios no sólo es mayor que el de los santos, sino también mayor que el de Anouilh.

Lo que sí parece seguro es que al final triunfará la risa de Dios. Dios reirá el último. En la lucha entre un león y un tábano, si se trata de un combate a la primera sangre, el tábano lleva todas las de ganar. Pero Dios tiene mucho tiempo por delante, y es paciente. «¡Salve, rey de los ju-

díos!», exclamaban ante Jesús, en son de burla, los soldados del pretorio; el evangelio invierte luego esa ironía y la transforma en título real; un ateo podría después fácilmente dar otra vuelta de tuerca y leer irónicamente la interpretación hecha por el evangelio... Se trata de ironías concéntricas. Pero Dios es paciente, infatigable, envolvente. Dios reirá el último.

Y mientras tanto, entre la risa del principio y la risa del final, desde el comienzo de la historia hasta su consumación, Dios no cesa de reír. Decir que Él contempla las andanzas del hombre sobre la Tierra como el ir y venir de una mosca sobre las hojas de un misal sería casi insinuar en la vida divina un elemento de tedio. Hay que concebir a Dios como un observador atento y muy interesado en las actividades humanas, seguramente extrañas desde su punto de vista. Me lo imagino, por ejemplo, presenciando una de esas discusiones donde se ventila la ardua cuestión de si Dios es galgo o podenco, quizá hojeando algún tratado de filosofía y enterándose, atónito, de que Él es un Ser Subsistente. Pero no creo que se limite a escuchar lo que los hombres dicen de Él, no creo que Dios lea con especial atención la página religiosa del periódico. A Él le interesa todo por igual, lo mismo la crónica del Vaticano que la del Congo, lo mismo las conclusiones de un congreso teológico que las conversaciones internacionales sobre desarme. Quiero decir que Dios no es tan egocéntrico que ponga mayor atención en aquellas cosas que, a nuestro juicio, deberían afectarle de manera más directa. Por supuesto que tampoco nada de eso le deja indiferente. Pienso, verbigracia, qué sentirá Él cuando la Iglesia atribuye por error a santa Felisa un milagro realizado por santa Eulalia; pienso si no sentirá cierto malestar.

Pero no hay por qué imaginarlo siempre como un espectador pasivo. ¿Usted cree que Dios, aunque sea Dios, puede aguantar todo el tiempo sin intervenir? Mire cómo va dejando recados en los buzones, cómo se cuela por la puerta de servicio, hace sonar una sirena inexplicablemente, derrama los saleros sobre el mantel, salpica de erratas un texto hasta obligarle a decir lo contrario de lo que quería decir. ¿No ve con cuánta habilidad desvía el tráfico o retarda los efectos de una enfermedad hasta el momento oportuno? Mírelo cómo desconcierta al profesor de exégesis que ahora mismo estaba escribiendo un artículo sobre los milagros bíblicos, en el cual se ha propuesto demostrar que no eran propiamente milagros, sino hechos naturales elevados a la categoría de signos; Dios lo desconcierta y lo espanta reduciendo a la nada su bolígrafo y luego volviéndolo a crear, así hasta cinco veces.

Los científicos han borrado de las tablas del reino animal a todos los basiliscos, hipogrifos y dragones. El bestiario del demonio ha sido condenado al estante de literatura fantástica. Usted sabe que hoy casi nadie cree en el diablo, lo cual para éste supone una ventaja enorme. «No creo en el diablo —afirmaba André Gide—, pero sé que el diablo desea que no crea en él.» Si ya no hay basiliscos ni hipogrifos ni dragones, ¿dónde podría encarnarse ahora el demonio, dónde podría encontrar sitio? Amigo Deiró, él no desdena ningún lugar, pero tiene sus preferencias. Quizá hoy se esconda dentro de un volumen de crítica histórica sobre mitos y creencias medievales. El diablo no es conservador ni progresista, sólo es contemporáneo.

Pero estábamos hablando de Dios, no del diablo. Aunque no se priva de actuar cuantas veces lo cree conveniente, sospecho que disfruta pasando inadvertido. «Dios no existe», dicen los ateos ateniéndose estrictamente a la evidencia. Por

Madrás corre el rumor de que Dios quería jugar al escondite con el hombre y pidió consejo a sus asesores; uno le sugirió el bosque, otro el fondo de las aguas, otro el cajón de un armario; pero el más sabio de ellos le propuso: «Escondéos dentro del corazón del hombre, es el último sitio en que éste se le ocurrirá pensar». Más que aparecerse aquí o allí, Dios prefiere transparentarse en todas partes para quien tenga los ojos bien abiertos: las *epifanías* son muy raras, la *diafanía* puede ser constante. Es verdad que alguna vez se ha aparecido en forma de mendigo, de luz deslumbradora, de aerolito; es su modo predilecto de evadirse de esa ubicuidad teórica y aburrida a la que le han relegado los teólogos. Pero ordinariamente, ya digo, prefiere ir de incógnito. No me sorprendería que se esmerase en borrar sus huellas o trucar las apariencias, incluso que se calzara los zapatos del revés para desorientar a sus perseguidores. Es maestro en el arte de dar respuestas evasivas. José Luis Cortés dibujó una serie de historietas en la revista *Vida Nueva* transcribiendo los diálogos que mantiene Dios en el cielo con sus ángeles. Uno de éstos le confesó un día: «Abba, dicen en la Tierra que tú no eres Dios, que sólo eres una figura de tebeo que dibuja un señor que vive en Madrid y que lleva gafas». Dios replicó: «¿Y qué tiene de malo llevar gafas?»

Visible o invisible, Dios controla siempre la situación y sabe cómo proceder con cada uno de los hombres y mujeres para traerlos a mandamiento. Lo mismo se vale del escapulario del Carmen que de las lágrimas de una madre viuda, o de una novela, un fracaso amoroso, un accidente aéreo, una promesa de vida eterna. Para evitar ciertos pecados ni siquiera necesita intervenir personalmente, le basta atizar la rivalidad existente entre los enemigos del alma, entre Satán y Belzebú, haciendo que se neutralicen dos vicios de signo contrario (por pereza solemos renunciar a los propósitos de venganza). Otras veces, en cambio, se ve obligado a participar de manera muy directa. Como es bien sabido, el diablo posee una rara seducción, canta con voz bien timbrada y sabe disfrazarse de ángel de luz. Frente a esas brillantes dotes de su adversario, Dios sólo dispone de su omnipotencia. De ahí que, para atraerse a la gente, tenga que emplear de vez en cuando medidas excepcionales, recursos que, a mi juicio, rebasan los límites de una competencia leal. Así ocurrió en el caso de Jonás; en vez de trabajar delicadamente su alma, mediante suaves mociones sobrenaturales, lo tiró al mar y se lo llevó,

secuestrado dentro de una ballena, hasta donde Él quería que fuese. Y así sigue ocurriendo hoy también siempre que la gente se pone demasiado terca.

Pero si hay algo cierto, si hay algo indiscutible, es que Dios no tiene prisa. Deja al hombre el tiempo suficiente para leer las obras completas de Schopenhauer o para militar durante muchos años, sin problemas de conciencia, en el Partido Comunista. ¿Quieres huir de Dios? Huye a Dios. Pues bien, cuando los hombres se niegan a esta conversión voluntaria, el humor de Dios consiste en esperarlos pacientemente. Ocurre entonces que la pobre perdiz, tras una larguísima huida en redondo, viene finalmente a parar enfrente mismo del disparadero. Es el clásico viaje de Madrid a Barcelona pasando por Caracas. Para ir de Egipto a Canaán, un trayecto que normalmente costaba quince días, los israelitas tardaron cuarenta años. Sin duda el Éxodo fue la línea más larga entre dos puntos, lo mismo que el camino de un laberinto, lo mismo que esa senda que lleva del pecado a la contrición pasando por la atrición.

Dios concedió la libertad al hombre y ordinariamente suele respetar las reglas del juego. Usted sabe que la libertad es fuente de muchos males, de muchas equivocaciones y extravíos; ya de suyo presupone el mal, lo presupone como alternativa posible. ¿Y no es la posibilidad del mal un verdadero mal? Dios no opina así, puesto que prefirió la libertad para sus criaturas. Esto quiere decir que la libertad, aunque comporta la posibilidad de todos los males, es un bien superior a la falta de libertad. Cabe, no obstante, preguntarse por qué razón quiso Dios que el hombre fuera libre. ¿Para concederle mayor dignidad? Las cosas no están claras. Creo que nuestra dignidad ya era muy grande por el mero hecho de ser bípedos. En cuanto a los méritos que pueda granjearnos el libre albedrío, me parece que todo se reduce a una cuestión de vocabulario: sólo por condescendencia divina llamamos mérito a lo que es principalmente obra de la gracia y llamamos retribución a lo que es principalmente un regalo. Es como si usted, sólo por cortesía, llamara conversación a este largo monólogo con que vengo abrumándolo desde que salimos de Madrid. Entonces, ¿por qué quiso Dios que fuéramos libres? Vistas las cosas desde su intención personal, todo resulta más lógico. Si Dios quería ser amado por el hombre, no tuvo más remedio que darle la libertad. Sólo un ser libre puede amar verdaderamente, ya que para poder amar es necesario poder

dejar de amar. Sin libertad, el hombre sería sólo una marioneta y Dios tendría que tirar de los hilos para abrirle la boca mientras se ponía en marcha una cinta grabada en los cielos: Dios mío os amo Dios mío os amo Dios mío os amo.

Dios desea ser amado de verdad. Dios desea de verdad ser amado. A primera vista parece una idea casi irreverente, algo que atenta contra la trascendencia y autosuficiencia de Dios. Sin embargo, lo realmente injurioso sería decir lo contrario, decir que a Dios no le importa ser amado, pues eso equivale a decir que Dios no ama. Efectivamente, no ama aquel a quien le es indiferente que su amor sea correspondido o no. Queda la cuestión de sus promesas, ya sé, promesas relativas a un galardón eterno que vendría a desmentir el desinterés o devoción de sus amantes, en definitiva la sinceridad de un amor que necesita de tales estímulos. Prefiero ver en ello la sagacidad de Dios que no la miseria del hombre: digamos que se trata de un hábil recurso suyo, una manera más ingeniosa de solicitar dicho amor.

¿Se acuerda del señor García? En efecto, es aquella persona de la cual le hablé, que después de un psicoanálisis especialmente profundo descubrió su verdadera identidad, averiguando que era un ángel encarnado en cuerpo mortal. Sin duda usted recuerda también lo que dijimos de cierta teoría gnóstica, según la cual los hombres son ángeles que han sido castigados a una existencia terrena para expiar su pecado de inhibición en la lucha entablada entre Miguel y Lucifer, y que ahora están en la Tierra obligados a optar irremisiblemente entre el bien y el mal. El señor García me confesó bajo juramento que ése no era su caso, que él no cometió tal pecado, pues no tuvo conocimiento alguno de semejante contienda. Al parecer fueron bastantes los ángeles que, bien por encontrarse destinados en misiones remotas o bien simplemente por hallarse distraídos, no se enteraron del motín organizado por Lucifer y, consiguientemente, no pudieron elegir bando. Comoquiera que alguna vez tenían que ser probados en su fidelidad, Dios ha decidido que la prueba tenga lugar en la Tierra, en condiciones humanas. ¿Por qué? Como tantos otros de sus designios, éste también resulta indescifrable. Sin embargo, yo me atrevería a aventurar la siguiente explicación: se trata de una iniciativa divina singularmente piadosa. Al someterlos a prueba en este mundo, ha querido colocarlos en unas circunstancias para ellos muy ventajosas, con todos los atenuantes que implica la naturaleza humana en el caso de

una eventual elección equivocada. El hombre siempre está a tiempo de rectificar; actúa como en la filmación de una película, pudiendo repetir la escena cuantas veces sean necesarias. Al contrario del ángel, el hombre es un ser histórico, en continuo proceso, un ser siempre imperfecto y por eso mismo siempre perfectible. En cuanto a aquellos otros ángeles que pudieron y rehusaron elegir, para los cuales la permanencia en la Tierra constituiría una especie de purgatorio por su pecado de neutralidad, también ellos salen muy beneficiados en esta segunda prueba. Sería algo así como acabar resolviendo a base de penaltys un partido que había terminado en empate. Y digo que salen beneficiados porque el sistema de penaltys, al ser una suerte mucho más dependiente del azar, es mucho más susceptible de manipulación por parte de Dios.

Dios, repito, acostumbra respetar las reglas del juego. Su misericordia no contradice propiamente a su justicia; al contrario, la hace más comprensiva, más clarividente, más justa en definitiva. Ella se limita a aducir tres mil quinientos testimonios de descargo. Lo que ocurre es que el abogado suele ser más trabajador, o más obstinado, que el fiscal. Por supuesto que entre los hombres hay santos y hay pecadores, verdaderos santos y verdaderos pecadores. Jamás se me ocurrirá negarlo; lo único que digo es que yo no sabría distinguirlos. Me parece mucho más difícil que distinguir entre católicos y no católicos o entre un chino y otro chino. Si me preguntaran, daría una respuesta no precisamente evasiva, sino más bien una respuesta por elevación. Me explicaré con un ejemplo. El verano pasado se rompió nuestro perro una pata. Mientras duró su convalecencia yo me ocupé personalmente de él; después de quitarle el entablillado, me seguía a todas partes día y noche. El domingo se empeñó en venir conmigo a misa; traté de disuadirlo, explicándole la índole tan particular de la ceremonia, pero todo fue inútil. En la iglesia nos pusimos detrás, en un rincón, donde nadie pudiera vernos; sin embargo, una señora que entró tarde nos vio y le faltó tiempo para ir con la queja hasta el párroco. Después me enteré de la respuesta que éste le dio; no aprobó ni condenó mi conducta, simplemente dijo: «¿Un perro? Nuestro Dios es su Dios». He ahí lo que yo llamo una respuesta por elevación. Si, como he dicho, tuviera que distinguir entre santos y pecadores, me limitaría a contestar que es mucho más lo que los une que lo que los separa, ya que es mayor el amor que Dios tiene a unos y a otros que el amor a Dios que unos

y otros pueden tener o dejar de tener. Curiosamente, muchas personas llegan a atribuir a Dios lo que no atribuirían a ningún hombre medianamente bueno, el resentimiento y la voluntad de desquite, el deseo de venganza contra los pecadores, el propósito de enviarles la muerte cuando se hallasen en estado de impenitencia. No me extraña aquella convencencia que un día hizo Dios a cierto místico sediento de justicia: «¡Por favor, que yo soy un buen cristiano!»

Hay tres parábolas en el evangelio que se han hecho célebres y que usted habrá oído más de una vez: la oveja extraviada, la moneda perdida y el hijo pródigo. Las llaman las parábolas de la misericordia. Lejos de mí negar que en ellas se inculca muy elocuentemente la idea del perdón divino y lejos de mí subestimar algo tan valioso y tan indispensable como dicho perdón. Pero me sorprende mucho que tanto los comentaristas que he leído como los predicadores que he escuchado se detengan todos ahí, en la ponderación de la misericordia divina, y no digan nada sobre ese otro punto que para mí es mucho más asombroso y maravilloso: la alegría de Dios cuando recupera a un pecador. Y la verdad es que en las dos primeras parábolas es eso precisamente lo único que cabría resaltar. Aun admitiendo que una oveja puede ser responsable de su extravío, cosa que me parece improbable, convendría usted conmigo en que una moneda no tiene ninguna culpa de haber ido a caer debajo de la cama; lo único que ahí se pone de manifiesto es la alegría, la felicidad de la mujer al recobrar su moneda perdida. En cualquier caso, aunque la alegría de Dios suponga el ejercicio de su misericordia, ciertamente añade otra cosa más, añade algo que la simple noción de misericordia no implica, algo que no es menos admirable sino más admirable: el hecho de que Dios se alegre tanto cuando un hombre vuelve sus ojos a Él, el hecho de que una criatura pueda dar alegría a su Creador. Por lo visto, tiene Dios más necesidad de perdonar que nosotros de ser perdonados. Dígame, ¿a dónde ha ido a parar la famosa impasibilidad divina?

Es innegable que Dios procura adaptarse a las definiciones que de Él se vienen dando desde hace siglos, aunque sólo sea para no desautorizar a los teólogos, que tanto trabajo se han tomado. ¿Acaso no hacen igual las estrellas, las cuales se esmeran en titilar cada noche para no desacreditar a los poetas? Por eso Él, ordinariamente, suele comportarse como un ser dignísimo, sapientísimo, omnipotente y autosuficiente. Gracias a esta condescendencia suya siguen gozando de cierta credi-

bilidad los teólogos. Lo que ocurre es que esos atributos divinos, reseñados en los manuales como cualidades esenciales e imprescindibles, trascienden infinitamente la idea que de ellos se ha hecho el hombre, pudiendo adoptar a veces el aspecto más contradictorio o más escandaloso. Digamos, en descargo de los teólogos, que la verdad de sus afirmaciones está más en la música que en la letra.

Desde luego, Dios es omnipotente, pero lo es en tan alto grado que no se siente obligado a desmentir lo que las malas lenguas han dicho de Él: por ejemplo, que no puede hacer un triángulo con menos de tres lados. Dios es el Creador, el sumo arquitecto, pero tan temerario o tan fantasioso que quiso edificar el mundo sobre el vacío y la Iglesia sobre la roca de Pedro. Dios es sapientísimo, desde luego, pero le encanta mostrarse ignorante y hacer a los teólogos, cuando no pueden conciliar el sueño, preguntas impertinentes. Dios es santo, pero lo es tan completamente, que incluso es humilde y por consiguiente no se cree santo, al menos no tan santo como san Pablo o san Agustín. Es íntegro, es absolutamente imparcial y, sin embargo, se deja sobornar por una lágrima o un avemaría. Incluso podríamos decir de Él que es impasible, ya que no le afectan los calores del verano ni los rigores del invierno, pero en modo alguno es insensible a las inclemencias que padecen tantos de sus hijos. Tenía razón la Escritura: Dios sufre, Dios se enoja; sufre con los pobres, se enoja contra los ricos. Dios es omnipresente, desde luego, pero de vez en cuando se deja localizar, y es eterno, qué duda cabe, pero le gusta celebrar sus cumpleaños. Es absolutamente perfecto, pero su perfección está más cerca de la perfección de un rostro que de la de un octaedro. Es absolutamente inmutable, pero también muy dueño de correr y descorrer las cortinas a su gusto. Y es autosuficiente, por supuesto, pero lo es en tan alto grado, que puede renunciar a su autosuficiencia siempre que quiera, y puede convertirse en menesteroso y alegrarse muy de verdad el día en que recupera a un pecador. Su alegría en ese momento parece que rebasa los límites de lo razonable. No me sorprendería que apareciese alguna versión copta o siríaca de la parábola antes citada donde pudiéramos leer esta precisión: aquella mujer, para celebrar el hallazgo de la moneda, obsequió a sus vecinas con una merienda en la que se gastó mucho más de lo que valía dicha moneda.

Vea usted cómo todos los atributos divinos quedan gravemente alterados: corregidos y aumentados. Porque Dios es

trascendente, pero lo es en tal medida, que trasciende nuestro concepto mismo de trascendencia y todos los otros conceptos que hemos forjado para Él, nuestra idea de lo que es digno o indigno de Dios. He aquí que nosotros lo hemos vestido de frac y Él se presenta en traje de labor o con un extraño manto tachonado de galaxias, tal vez de mariposas azules, tal vez de botones de nácar que llevan grabada la Historia Universal en comics. El que creó los ojos ¿no va a ver? El que creó la risa ¿no va a reír? Hay razones del corazón que la razón no debe ignorar. El *homo ludens* remite al *Deus ludens*. Se trata de una argumentación tan consoladora como legítima, «el Dios que juega», un dato que los teólogos deberían tomar más en serio a la hora de interpretar el sentido de la actividad divina en nuestro mundo. Observe, amigo, cómo el sentido del humor no es un atributo secundario en Dios, sino muy principal, muy fundamental, y esto por dos razones: porque engloba y relativiza todos los demás atributos y porque constituye la modalidad concreta del amor divino hacia los hombres. Así como el amor materno se configura como abnegación, y el amor entre iguales como amistad, y el amor al afligido como compasión, así también el amor de Dios a sus criaturas es esencialmente humor, un humor misericordioso, imaginativo e incansable. Dios es amor, Dios es humor.

El hombre piensa, Dios ríe. El hombre ha llegado a elaborar una ingente y meritoria obra teológica, basada en la revelación divina. Pero ¿qué son las palabras de Dios en comparación de su silencio? Moisés sólo pudo ver la espalda de Dios, no su cara. Las palabras de Dios son también el reverso o espalda de su silencio, el envés de esa risa hoy para nosotros silenciosa, esa música de las esferas que Dante llamaba *riso de l'Universo*, esa risa que nos trastornaría por completo si se hiciera perceptible en nuestra vida mortal. También Moisés habría muerto si hubiera visto la cara de Dios. Lo bello, decía Rilke, es nada más el grado de lo terrible que nosotros podemos soportar. Sin embargo, el que nuestros oídos no puedan por ahora soportar esa risa divina no debe impedirnos tomarla en consideración y considerar todo lo demás a partir de ella.

El teólogo piensa, Dios ríe. Pero Dios, según afirman los teólogos, ha hecho al hombre participe de su propia naturaleza; por consiguiente, también ellos, tarde o temprano, acabarán riendo algún día. Permitame que cite una vez más al Dante. En la tercera parte de la Divina Comedia, en el capí-

tulo XXVIII, da noticia de un suceso minúsculo pero memorable. Cuenta cómo san Gregorio Magno, autor de una voluminosa obra sobre el orden de las jerarquías angélicas, cuando terminó sus días y llegó al cielo, advirtió que se había equivocado completamente: los ángeles que él creía que estaban encima resulta que estaban debajo, y viceversa. «Y se rió de sí mismo». Esta risa del santo, celebrando con regocijo su propio error, me parece un elemento sustancial de la vida bienaventurada, galardón irónico y precioso que indudablemente ha de coronar los esfuerzos de tantos teólogos de buena voluntad.

¿Y qué ocurriría después con Dante, el día en que él murió y alcanzó por fin la posesión perfecta de la verdad? Me lo imagino riéndose él también de sus propias equivocaciones, de sus juicios erróneos acerca de san Gregorio Magno y temas afines. Y le diré otra cosa, querido Deiró: tampoco tengo ningún inconveniente en imaginarme a mí mismo después de muerto riéndome de todo lo que he pensado y he dicho en esta vida, riéndome de mis actuales opiniones, seguramente disparatadas, sobre los teólogos, sobre los vertebrados en general, sobre vicios y virtudes, sobre las cosas de este mundo y del otro. Le aseguro incluso que tiendo a imaginar la escena con profusión de detalles.

Próxima estación, Sans. No, yo bajo en Gracia, me cae más cerca del hotel. ¿Se quedará muchos días en Barcelona? ¿El viernes, dice usted?, ¿en el Talgo de la tarde? Entonces vamos a coincidir de nuevo. Por mi parte, encantado. Recuérdeme que tengo que decirle algo más sobre la risa de Dios, concretamente sobre ciertos ecos de esa risa (sólo son ecos, por supuesto) que alguna vez se dejan oír en el Valle de Aézcoa, en Navarra, si sopla viento sur y si el año es bisiesto. ¿De acuerdo? Es usted muy amable, señor Deiró.

Sumario

	<u>Pág.</u>
Nota preliminar	7
1. Donde da comienzo el discurso del viajero, y de sus discretas consideraciones preliminares.—Sentido del humor y sentido de la objetividad.—Copérnico, humorista insigne.—Plegaria de los liliputienses.—La sorpresa, esencial al ejercicio humorístico, es casi siempre de carácter descendente: nos hace asistir al parto de los montes.—El humor ama los matices.—Elogio de Juan XXIII.—Hay un humor rastrero que utiliza el microscopio; el humor noble se sirve del telescopio.—El viajero se disculpa por hablar de los seres humanos en tercera persona y da razón de este aparente desapego	9
2. El gran tema del humor será siempre la condición humana como tal, pues «el simple hecho de tener narices es de por sí más cómico que el tener una nariz de berenjena».—Ese nivel donde escoceses, brigadas y cornudos no resultan más ridículos o vulnerables que los ingleses, los mariscales y los adúlteros.—La especie humana y su orgullo corporativo.—Humor en cuaresma.—Hipótesis de otra vida totalmente distinta, sin relación alguna con el hidrógeno y miserias afines.—Pero nuestra imaginación es casi tan limitada como nuestra inteligencia.—Motivos de humor para un visitante extraterrestre.—Comentario a Protágoras.—El humor, corrector de pesas y medidas	17
3. Perplejidad de los ángeles.—De cómo la vida entera, incluida la vida mística, se resume en un encefalograma.—El hombre es corporal, pero también vanidoso, al menos hasta que el humor no lo doblegue.—El humor, un llamamiento a la sensatez.—Sobre la ley de gravitación.—«Nuestro amadísimo	

	Pág.
señor obispo poseía cinco doctorados y pesaba ciento veinte kilos.—El contacto de estos dos datos provoca un cortocircuito y funde los plomos.—Para desenmascarar las falsas sublimaciones, al humor le basta poner, junto a un desnudo griego, un griego desnudo.—Cuando las sátiras se llamaban <i>anatomoías</i> .—Ante la ridiculez de lo solemne, la risa es un efecto primario; el humor sería la reflexión que ahí subyace o se impone.—Justicia papal	23
4. Prosigue la misma materia y se subraya esa sutil diferencia entre el mono, que es prognato, y el hombre, que es ortognato.—Esmero de los moralistas en marcar la diferencia.—Humor en el siglo xxx.—Hay un humor complaciente, trivial, que se ríe del pasado para halagar al presente, y hay otro género de humor más objetivo, lo bastante lúcido para captar la persistencia del mal y de la estupidez humana a través de los siglos.—Los sucesivos pisos de la torre de Babel.—Almas con un cincuenta por ciento de inocencia indestructible.—Vehementes sospechas acerca de la existencia de polizones en el Arca de Noé.—Una frontera imperceptible, tal vez permeable.—Objeciones a la teoría de Lorenz sobre el origen de la risa y de la literatura cómica.—Exhortación bíblica a la solidaridad entre las diversas clases de vertebrados ...	29
5. Ilusiones ópticas y otras ilusiones.—El conspicuo filósofo, sujeto y objeto del humor.—La razón y los sentidos, o diálogo entre mentirosos que, además, son sordos.—El silogismo bicornuto es sólo una página de humor en los tratados de lógica, pero la lógica es un tema muy frecuente en las antologías del humor.—Principal utilidad del lenguaje: ejercitar los órganos de fonación.—El humor es pródigo en consue- los.—Por qué la jirafa tiene ideas tan elevadas	39
6. Hacia un escepticismo más coherente.—La modestia de los sabios y la humildad de los santos.—Recuperación de la inteligencia en cuerpo glorioso, por obra del humor.—Un humor <i>semper maior</i> , capaz de trascender sus propias limitaciones, capaz de reírse de sí mismo como de toda otra actividad terrenal.—Ante la existencia humana, el humor es nada más un cierto énfasis, una cierta insistencia, la tendencia a poner cualquier frase entre signos de exclamación.—Parodia de la parodia.—El hombre piensa, Dios ríe	47

	Pág.
7. Con todo respeto, el viajero pregunta a su interlocutor si le molestan las alusiones religiosas.— <i>Las Meninas</i> y el humor involuntario de la teología negativa.—De cómo muchos teólogos se interesan más por la teología que por la fe propiamente dicha. Sus obras no saben a café, saben a cafetera.—Igual que el gato de Alicia, Dios se ha vuelto inexistente de puro transparente, hasta que no queda de Él sino una sonrisa irónica.—«Cuando un dedo señala la luna, los imbéciles se quedan mirando el dedo». La buena teología es solamente el dedo que señala la dirección correcta hacia lo inexplicable.—Donde se demuestra que la fe tiene mucho que ver con el humor. Relación entre ironía y pregunta.—El humor es subversivo porque señala los agujeros, porque revela lo absurdo detrás de lo razonable, porque hace preguntas impertinentes	53
8. El humor o «lo sublime al revés».—Tímidas propuestas para la elección de un Papa.—El humor y la libertad de palabra. ¿Humor irreverente? Sobre Inglaterra hacen humor los ingleses, los anglófilos jamás.—Oración de santo Tomás Moro pidiendo a Dios sentido del humor.—La posición del humor frente al legalismo conservador o revolucionario de los viejos fariseos y de los nuevos zelotes.—¿Cabe una teología aliada con el humor, corregida por el humor, inspirada en el humor? —Esa irónica reticencia que subyace al lenguaje analógico y a la paradoja, las dos formas menos inadecuadas de hablar sobre Dios.—El humor como «ascética del sabio»	59
9. Unos creen lo que no ven, otros creen que ven.—El irresistible candor de las ciencias exactas.—«¿Qué vino prefiere, tinto o blanco?» «Me da igual, soy daltónico». Para algunos agnósticos resulta indiferente que Dios exista o no, ya que la inteligencia humana es daltónica al respecto.—Ingenioso artificio para demostrar la existencia de Dios.—El racionalismo tiene razones que la razón ignora.—Dos muestras de humor absurdo: utilizar la biblia como un libro de ciencia e invocar un libro de ciencia como si fuese una biblia.—Marxistas del sector Groucho.—Sobre el modo de buscar a Dios y de buscar las gafas	67
10. Donde se prueba que no es mayor milagro dar de comer a cinco mil hombres con cinco panes que mantener el mundo en funcionamiento; es sólo un milagro más insólito.—El	

humor de Dios desconcierta por igual a sus adversarios y a sus devotos.—Curiosa teoría según la cual Isaac se libró de morir porque era ventrílocuo y sabía imitar las voces del cielo.—A Dios sólo hay que pedirle cosas imposibles.—¿Qué es más difícil, convertir el agua en vino o transformar el corazón humano?, ¿multiplicar los panes o repartir los que ya existen?—Un león vegetariano y humorista.—Milagros realizados el 30 de febrero.—El humor consiste en agitar el frasco.—La memoria, una rama de la imaginación, un abuso mayor de la imaginación 75

11. De cómo la razón humana ha reducido el mundo hasta identificar lo verdadero con lo verosímil.—El humor, otra forma de «rebeldía metafísica».—De la estrecha colaboración entre el humor y la fantasía.—Aproximación al misterio.—Segismundo sueña haber descubierto que la vida es sueño.—«Al otro lado del espejo» o lo que podríamos averiguar leyendo los textos al revés, de derecha a izquierda.—El humor, escándalo para los judíos y locura para los griegos.—Un psicoanalista capaz de sacar a luz los recuerdos de otra vida anterior.—Recuperación de la naturaleza angélica o el caso del estudiante que debía traducir al castellano una poesía de Góngora traducida al inglés 83

12. El humor y la «estructura de discordancia».—El lenguaje académico en la oración.—Lecciones de gramática recreativa.—La pura excentricidad se anularía a sí misma, igual que un chiste de tartamudos contado por un tartamudo.—El hombre, único animal que hace reír.—La risa y el humor, o la evolución desde el lenguaje interjeccional al lenguaje interrogativo.—El humor contiene ciertos elementos de moderación. Para hacer reír hace falta un Nuncio que padezca de hipo; para hacer humor con él basta que sea masón.—La risa pertenece a la física y el humor a la química.—El humor exige una segunda cámara para filmar la filmación 91

13. Árbol genealógico del humor.—El humor funde lo cómico y lo trágico; contempla la vida por el derecho y por el revés.—Tanto en la risa como en el llanto la situación nos domina; sólo el humor nos permite trascenderla.—Una tragedia casi bufa y una comedia casi melancólica.—El champán helado o la conciliación de los opuestos.—De cómo el humor resulta

ser un terrible corrosivo de la inteligencia a la vez que su mejor salvaguardia.—Entre dos herejías opuestas.—Presumir de humildes.—Ese ángel o demonio tan inasible, que rehúye toda definición.—Una manera de pensar y de sentir, de enamorarse, de orar 97

14. Donde se demuestra que el *homo ludens* es anterior y superior al *homo faber*.—Oración, humor y juego.—Evocación del paraíso.—El humor, «un juicio esencialmente desinteresado».—El humor derriba los ídolos, recupera los espacios prohibidos, lo replantea todo, lo relativiza todo.—El alguacil alguacilado o el iconoclasta arrodillado.—El humor revela lo que hay de ridículo en lo serio y lo que hay de serio en lo ridículo.—Función social del humor. *Punch*. Pero el viajero no se hace ilusiones; sabe que raras veces el humor ha servido para alcanzar una victoria, casi siempre sirve tan sólo para hacer más honrosa la derrota.—La debilidad del humor estriba en su lucidez, en su carácter disuasivo.—Nuestras reservas íntimas contra el humor, nuestra resistencia más o menos consciente a dejarnos afectar por él. 103

15. En un mundo abrumado por el dolor, el humor reivindicada para sí dos grandes temas: el empeño del hombre en huir de los sufrimientos inevitables y su constante búsqueda de sufrimientos innecesarios.—Luchas intestinas entre Satán y Belzebú.—De la codicia o manía de mover el piano en vez de mover el taburete.—De la envidia o el extraño propósito de jugar al golf según las reglas del hockey.—De cómo el temor a un sufrimiento posible constituye un sufrimiento real.—El ansia de seguridad y sus delirios: una caja fuerte dentro de una cabina blindada en un bunker inexpugnable, el cual ha sido construido sobre la boca de un volcán.—Optimismo, pesimismo, sentido del humor 113

16. La jirafa y su incurable laringitis.—*Galgenhumor*, humor de patíbulo.—Convertir los sufrimientos en una obra de ingenio o la manera de convertir los guisantes en puré de guisantes. Superioridad de la caña pensante y sonriente frente al universo que la aplasta.—Un humor más apto para aliviar las penas que para otorgar la felicidad.—Así como los mansos de corazón, aunque no consigan reducir a sus enemigos, al menos consiguen que la paz triunfe sobre la violencia, así también el

humor significa una victoria del hombre sobre su propio fracaso.—El humor nos libera de los fantasmas.—Qué da el humor y qué exige a cambio.—El humor nos reconcilia con nuestra miseria	Pág. 121
17. Hay que afrontar las últimas preguntas.—De la vanidad humana o un señor pequeñito agachándose para pasar por una puerta grande.—Los humoristas han reflexionado sobre el vicio de la vanidad con más aplicación que los moralistas.—Lo pecaminoso y lo ridículo.—Las distinciones de los maestros espirituales.—La risa y el sentimiento de superioridad.—De cómo todo suele terminar en vanidad, incluso la soberbia misma.—Los dos niveles del humor.—Vanidad del individuo y vanidad de la especie	127
18. La hipocresía y su léxico.—El diccionario como libro de humor.—Paradoja del comediante.—Engaño y autoengaño.—Dos dibujos de humor sobre plancha de cobre.—La señora que pedía ser maquillada antes de mirarse al espejo.—Humor en los textos de Ciencias Naturales.—Para eludir los problemas reales, nada mejor que inventarse problemas ficticios.—El reloj de sol sumergible no es una ilustración de humor, sino un producto de la lógica.—Más capacitados para el análisis que para la síntesis.—El afán de complicación, principal motor de la actividad humana.—Los tres pies del gato.—La costumbre de rizar el rizo o las excepciones a las reglas de ortografía.—En la esencia de la comicidad hay siempre un exceso de gasto inútil.—La complicación en la vida espiritual	133
19. En un concurso de imitadores de Charlot, se presentó Charles Chaplin y obtuvo el segundo accésit.—Humor marciano.—El abogado y el fiscal.—Quizá el hombre esté más lleno de miseria de lo que él cree, pero también su miseria está más llena de atenuantes de lo que él mismo piensa.—Mediocridad moral y mediocridad física.—El humor restablece las verdaderas dimensiones humanas.—Más que inocentes, son inexpertos, y más que culpables, insolventes.—Todos desean ser perdonados, pero no a costa de que les digan que sus pecados son insignificantes.—Humor pueril y humor adulto	141

20. Prosigue la misma materia y se recomienda encarecidamente un humor indulgente.—La libertad como hipótesis.—Expurgo del diccionario.—La exploración de conciencia, un deporte muy relacionado con la espeleología.—El juego interminable de las muñecas rusas.—Comprender cada vez más y juzgar cada vez menos.—Comprenderlo todo equivaldría a perdonarlo todo. Pero lo más parecido a comprenderlo todo es reconocer que no comprendemos nada.—El humor, ¿propio de las épocas de decadencia? —Incompatibilidad del humor con el entusiasmo indescriptible.—Los hombres se dividen en inclasificables y de difícil clasificación.—Nuevas anotaciones sobre el humor marciano	Pág. 147
21. Humor: véase <i>Ingenio</i> , véase <i>Fluido</i> .—«Humor se escribe con hacha».—Humor pacífico y pacificador. Su capacidad de desarme.—De cómo el humor rechaza modestamente toda fama de santidad.—Humor compasivo, humor solidario.—El satírico corre con los perros, el humorista corre con la liebre.—La modalidad más excelsa del humor.—El humor, como la conversión del alma, es un proceso sin fin.—El hombre se sobrestima o se desprecia, pero no sabe aceptarse; se adora o se aborrece, pero no sabe reírse de sí mismo.—Evolución del <i>superego</i> hacia el plano del humor.—La gravedad, pecado por antonomasia	153
22. Donde el humor acaba resultando un eficaz misionero y la fe se revela como el gran aliado del humor.—Sentido de lo relativo y sentido del absoluto.—Razones para practicar el humor en un mundo lleno de penalidades.—Cara y cruz de una moneda falsa.—La «ironía del destino» o la costumbre divina de escribir derecho con renglones torcidos.—Nadie tan apto como Prometeo para suscitar el humor, nadie excepto Sísifo.—Verbos conjugados en pasiva.—Humor de <i>Anima</i> frente a <i>Animus</i> .—La risa religiosa de Sara.—El pintor que se colgaba del pincel o la inteligencia aferrada a los datos de fe.—El humor, una concepción de la vida y de la muerte	161
23. Breve relación de textos bíblicos citados de memoria.—No parece que los creyentes sean más felices que los no creyentes.—La doble empresa del humor cristiano: contra los incendios y contra las inundaciones causadas por los bomberos.—De cómo un espantapájaros llegó a convertirse para los	

gorriones en el mejor señalizador de los lugares donde encontrar alimento.—Función esencial del humor: exorcizar los peligros, conjurar sus amenazas.—Un llamamiento a la trascendencia.—La fe transporta a otra escala el humor indulgente del *superego*.—Perfecta homologación de los problemas del hombre y los problemas de la jirafa 171

24. Objeciones a la tesis de la impasibilidad divina.—Según el viajero, la reprobación y la salvación consisten en que las almas son objeto del sarcasmo de Dios o de su humor misericordioso. El viajero no concibe otra desgracia mayor (la cólera divina resultaría mucho más soportable que su sarcasmo) ni otra dicha mayor (la misericordia sin humor parecería menos completa).—Equivalencia de las expresiones «Dios ríe» y «Dios es benigno».—El moralista convertido en jefe de protocolo.—La vida bienaventurada y los adverbios de cantidad.—De las ironías concéntricas o el humor del último día.—Dios asiste, estupefacto, a una discusión teológica.—Crónicas del Vaticano y del Congo 177

25. El diablo no es conservador ni progresista, sólo es contemporáneo.—De las imprevisibles apariciones de Dios o sus pretextos para evadirse de esa ubicuidad teórica a la que le han relegado los teólogos.—Frente a la admirable sagacidad del diablo, Dios dispone nada más de su omnipotencia.—Nueva comparecencia del ángel psicoanalizado.—Los atributos divinos, corregidos y aumentados.—Donde se demuestra que el sentido del humor no es en Dios un atributo secundario, sino muy principal.—*Homo ludens*, *Deus ludens*.—Sobre la música de las esferas o «risa del Universo».—Humor de rectificación.—El viajero promete seguir hablando de la risa de Dios en su viaje de regreso a Madrid 183